

política

Corretjer

Corretjer

Corretjer

Juan Antonio Corretjer

La patria radical

“Que la independencia de Puerto Rico es para mí una verdad, una realidad y la he vivido, porque yo soy libre. Los yanquis no son amos míos”



Juan Antonio Corretjer

La patria radical

5^{TA} EDICIÓN - CIALES, PUERTO RICO - 2000
(1^{RA} EDICIÓN A CARGO DE CASA CORRETTJER)

6^{TA} EDICIÓN / PDF - CIALES, PUERTO RICO - 2005

Contenido

Aclaración prologal	5
Parte I: Retraimiento (1960)	9
La Patria Radical	35
Parte II: Advertencia Revolucionaria (1971)	37
Introducción	37
Las elecciones coloniales y el boicot electoral	39
Orígenes del plebiscito (1967)	54
¿Y después de las elecciones, qué? (1961)	58
Memorándum del Doctor Julio J. Henna (1949)	64
Un nuevo peligro para el independentismo (1971)	67
Atlanta: oferta y rechazo (1949)	70
Parte III: Golpe revolucionario... Guerra popular	73
La intención malvada	73
Relación: Chile	79
DeGaulle y las naciones oprimidas por Francia en Europa	86
Lo que prueba la Argentina	89
La experiencia tupamara	92
Las organizaciones revolucionarias "legales"	95
La huelga universitaria de 1948	97
La hermandad de veteranos	100
Un manual para derechistas	102
Milicias obreras (1975)	108
Coincidencia con Thaelman	113
Golpe de estado revolucionario y guerra popular	115
 <i>Apéndice</i>	 117



Portada original diseñada por el camarada Efraín García Osorio

*Esta edición de **La Patria Radical** estuvo al cuidado de:
Casa Corretjer 3 de marzo de 2000
Calle Betances, esquina Corretjer Ciales, Puerto Rico (787) 871-1668*

*El débil, para vencer necesita
librar una larga guerra*

Bolívar

Aclaración prologal

Por apremiante mandato de la Liga Socialista Puertorriqueña aparece esta cuarta edición, muy ampliada, de *La patria radical*. Pien-san los compañeros de nuestra organización que estos escritos fue-ron beneficiosos para la conciencia revolucionaria puertorriqueña y pueden volver a serlo.

Al decidir reditarla, se me solicitó que la ampliara. Así a rajatablas, para que circule durante los dos meses anteriores a las elecciones próximas. Pero también pensando en aquellos que, pa-sada la ridícula galerna del estridentismo electorero, vuelvan, tras el suspiro derrotista, o el disimulo falaz, al reposado pensamiento y la serena reflexión. Frente al escándalo de la farsa electorera estas notas, que ciertamente no aspiran a ser un recetario definitivo para el triunfo patriota, responden a una necesidad evidente: suplir un deshollinador político contra la falacia imperialista-colonial de la función sufragista.

El sistema electoral reafirma la colonia en la conservación de dos decisivas plataformas: en la de la estructura económica y en la confianza popular en el sistema mismo que políticamente la doblega.

Puerto Rico es, jurídicamente, una colonia clásica: todo el po-der político reside en la metrópolis. Al cambiar el estilo de do-minación para conservar la colonia, el imperialismo no pudo evitar

que la transformación de Puerto Rico en base de operaciones de sus fuerzas armadas lo obligara al montaje de un elemento de pacificación fundado en la industrialización del país por su propio capital monopolista. La colonia, jurídicamente clásica, deviene la primera colonia industrial-militar en la historia. Como contraproducto, aparece en el pueblo puertorriqueño un proletariado, cumbre en todas partes del proceso de diferenciación de las clases trabajadoras. Ese hecho repercute en todo el ámbito nacional. Cualquier aprendiz de sociología puede explicarlo.

Se manifiesta actualmente en la creación de una elite obrera manifiestamente negativa. Pero a la vez destinada a ser la fuerza motriz de la independencia y el socialismo. Lo primero es el efecto del miedo burocrático que su salario, aparentemente, alto infiltra en sus entrañas junto a la vinculación directa con el estado colonial de importantes sectores: Fuentes Fluviales, Acueductos y Alcantarillados, por ejemplo; y a la relación directa de éstos con la planta petrolera, que las traba a todas con el aparato militar imperialista. La segunda, es mandato histórico.

Frente a cambio tan profundo y brusco la intimidación empuja anchos sectores independentistas a la estrechez patrióticamente paupérrima del sistema electoral. Decididamente, ni siquiera como el más desesperado recurso, puede ser ese mecanismo demoledor imperialista beneficioso para el desarrollo de la lucha por la independencia y el socialismo.

Sacarlo de esa trampa es lo primero para dar a las fuerzas patriotas punto de partida hacia un porvenir más fructífero.

Contribuir, aun mínimamente, a esa reorientación y reorganización de los independentistas y socialistas intenta esta publicación. Ese problema —la reorientación, la reorganización de las fuerzas patriotas— no se resuelve con solamente sacar la independencia de las urnas imperialistas, morbosamente coloniales, yankizadoras. Pero es primordialmente importante. Sería un factor tan decisivo para la unificación táctica de nuestras fuerzas que ese hecho, de por sí, debe hacer reflexionar a los que por hábito de obediencia colonial; o por momentánea fascinación; o por intimidación; o por miedo burocrático; o por cualquiera otra razón, o racionalización posible, zambullen en esa pocilga sin fondo hecha disponible a su suicidio por el congreso de Estados Unidos.

Un factor de inmediatez apresuró esta nueva edición de *La patria radical*. Crece, en la conciencia de amplios sectores independentistas socialistas, afiliados y no afiliados, la idea de que solamente la manifestación más constante y explícita de un movimiento antielectoral, salvará el honor de la independencia, arrasando al vertedero por las cunetas electorales.

No están fuera de previsión las consecuencias posibles postelectorales de ese hecho.

Guaynabo, a 16 de agosto de 1976
Juan Antonio Corretjer

Parte I: Retraimiento

Retraimiento (1960)

(Conferencia de Juan Antonio Corretjer la noche del 9 de diciembre de 1960, en la sala de conferencias de Acción Patriótica Unitaria, en Santurce. Repetida en la FUPI, de Mayagüez, en enero de 1961.)

Compañeras y compañeros,

¿Es académico hablar de retraimiento ahora? Estamos en 1960. No habrá elecciones hasta noviembre de 1964. Pero ni ustedes ni yo tenemos que contestar esa pregunta. La han contestado para nosotros ya, la Asamblea del MPI en Caguas el 27 de noviembre y la del PIP en Arecibo el 4 de los corrientes.

No es académico hablar de retraimiento en diciembre de 1960. No lo es por razones que expondremos inmediatamente.

Confusión

1. No hay duda que existe entre los independentistas de Puerto Rico gran confusión en cuanto a lo que es el medio electoral y a lo que es el medio retraimientista. Las elecciones son un medio

para sostener el status colonial; el retraimiento, uno para intentar independizar a Puerto Rico.

2. Hay una gran ignorancia acerca de lo que es retraimiento. Se debe a estas razones:

A. Falta de ilustración. Los que hemos sostenido el retraimiento no hemos podido hacer una campaña sistemática de ilustración sobre lo que el retraimiento es. Ello se debe a que la persecución contra el Partido Nacionalista ya había entrado en su etapa de mayor crudeza y criminalidad, cuando ese partido adoptó el retraimiento en 1935. La violencia de la persecución contra los nacionalistas evitó que su liderato pudiera hacer esa campaña de ilustración popular. Los principales líderes del Partido Nacionalista fueron pasando de la tribuna a la cárcel y a las cárceles en el destierro yanqui, en sucesión, durante 16 años; y muchos de ellos están presos en estos momentos mismos.

B. Aprovechándose de esta ventaja, el enemigo imperialista, y sus cómplices los reformistas coloniales y los anexionistas, ventajeros del electoralismo colonial, han dado al retraimiento el contenido caprichoso y mendaz que les ha convenido darle en perjuicio de la lucha por la independencia.

C. La prensa de masas, la radio y la televisión han sido inaccesibles, mediante los controles de las agencias de anuncios y la Autoridad Federal de Comunicaciones, a una campaña de educación masiva acerca del retraimiento.

Por lo tanto, hay en el fondo de las actitudes independentistas sobre el retraimiento un peso muerto muy grande puesto en éstas por el contenido negativo dado a este medio por los enemigos de la independencia. Hay también gran ignorancia acerca de lo que el retraimiento verdaderamente es.

3. Recuérdese que los partidos políticos ya establecidos, con larga experiencia en los manejos electorales, y aun el partido político en el poder, inician sus campañas electorales no menos de un año antes de las elecciones. También es cierto que, cuando un partido político nuevo se organiza, necesita comenzar su propaganda mucho antes de las elecciones; mucho antes que comience el año anterior a las elecciones. Acabamos de ver al PIP, que es un partido viejo con su franquicia electoral perdida, empezar su reorganización hace unos días, con miras a participar en las elecciones de 1964.

Pues bien; los partidos electorales no tienen ante sí los obstáculos con que tropieza la organización del retraimiento. En primer lugar, el retraimiento es una forma de lucha superior a las elecciones. Requiere, por lo mismo, una preparación más concienzuda y cuidadosa. En segundo lugar, la participación en las elecciones es parte de la inercia colonial; parte del hábito colonial creado a los puertorriqueños por el Congreso de Estados Unidos. Se celebran elecciones en Puerto Rico porque el Congreso de Estados Unidos así lo ha ordenado por fuerza de una ley suya. En cambio, el retraimiento va contra esa costumbre colonial, contra ese hábito del coloniaje; va dirigido a romper esa parte de la inercia colonial.

Se le hace necesario a los retraimentistas, por lo tanto, disponer de más tiempo para esclarecer la mente y vigorizar la voluntad del pueblo para un acto masivo que requiere mente más despejada y voluntad más fuerte que las necesitadas para ejercer el automatismo electorero creado por el Congreso de Estados Unidos.

Es por todo esto que es necesario hablar del retraimiento ahora y desde ahora.

Sobre la naturaleza en el medio

La naturaleza de un medio de organización y de lucha ejerce sobre ese medio una influencia insuperable.

Por ejemplo: trátase de destruir una roca con un martillo de goma. No será posible superar la naturaleza del martillo; y no importa cuánto se le pegue a la roca con el martillo de goma, seguirá intacta la roca. En la lucha por la independencia las elecciones son el martillo de goma que, no importa cuánto se le usa deja intacto el coloniaje. Ocurre así, como está más que comprobado, por la razón insuperable de la naturaleza del medio electoral.

No creó el genio político el medio electoral para cambiar el statu quo. Eso no se refiere a Puerto Rico únicamente. Se refiere a la naturaleza misma del medio electoral. El sistema de elecciones lo inventó el genio político para sostener el statu quo donde quiera que se le ponga en uso. La intención única que movió al hombre a crear el medio electoral de lucha fue sostener y mantener un statu quo. Las elecciones son el *modus operandi* para sostener y mantener un statu quo. Con el uso de las elecciones se logra mantener

inalterado el statu quo en todos los países en los que se las celebra; se logra mantenerlo sin que se le añada la más mínima reforma.

Pero cuando ya las tensiones en el complejo general de una sociedad determinada indican que pueden acumularse hasta producir un estallido, entonces las elecciones sirven al mantenimiento del statu quo como instrumento de un gradualismo reformista propio para evitar el estallido, para mantener el statu quo, reforzándolo con reformas.

De modo que las elecciones son eso, el medio electoral es eso: un medio que garantiza la conservación del statu quo, sin reformas, hasta donde es posible; y con reformas, cuando es necesario. De modo que las elecciones son eso: un medio para evitar el advenimiento de un pueblo a un nuevo status; una manera de garantizar que un pueblo no adquiera un nuevo status.

De modo que por su naturaleza misma las elecciones no sirven para ir más allá del statu quo; no sirven más que para conservar el status presente.

De modo que las elecciones no sirven, por eso mismo, en Puerto Rico, más que para sostener el statu quo, el status colonial.

De modo que las elecciones no sirven para independizar a Puerto Rico; de modo que las elecciones son un medio inútil, equivocado, para luchar por la independencia de Puerto Rico. Las elecciones son martillo de goma con relación a la lucha por la independencia.

Se cansan dándole papeletazos electorales al imperialismo y el coloniaje, y éstos, claro, como si no fuera con ellos. Las elecciones son como la cucharilla con la que se quiere vaciar el mar. Se cansan metiendo la cucharilla-papeleta en las urnas imperialistas-coloniales, y el imperialismo y el coloniaje tan campantes, como si no fuera con ellos. Las elecciones no sirven para hacer la independencia. Luego, ¿para qué usarlas si son inútiles? ¿Para qué organizar partidos con el fin de perder elecciones?

Las elecciones han funcionado muy bien en Puerto Rico, en beneficio de los imperialistas, de los reformistas coloniales, de los anexionistas y asimilistas. Han funcionado bien porque les sirve para mantener el statu quo, que es para lo cual el genio político ideó las elecciones. En todas partes sirven para lo mismo. Las elecciones coloniales son para conservar la colonia.

Algunos Ejemplos Históricos

En 1912, Estados Unidos intervino militarmente en Haití. Intervenida la República, Estados Unidos logró que un político haitiano, Dartiguenave, aceptara formar un gobierno pelele y celebrar elecciones. El resultado fue prolongar la intervención hasta 1934, cuando por razones diferentes, se efectuó la evacuación. En 1914, Estados Unidos intervino militarmente en Nicaragua. Usando a políticos como Chamorro, Moncada y Sacasa, Estados Unidos logró el apoyo de un gobierno pelele y la celebración de elecciones. El resultado fue que, a pesar de la guerra heroica de Sandino, la ocupación se mantuvo hasta 1932. La desocupación se llevó a cabo solamente cuando Estados Unidos se comprendió obligado a cambiar su política latinoamericana.

En 1916, Estados Unidos ocupó militarmente la República Dominicana. Ofrecieron al prócer Federico Henríquez y Carvajal la Presidencia de la República intervenida. El grande hombre contestó áticamente: “Yo no soy Dartiguenave y espero que ningún dominicano lo sea”.

Consecuentemente, los nacionalistas dominicanos organizaron el retraimiento; el cual combinado con una hábil e intensa campaña internacional, logró la desocupación en seis años.

Filipinas

El caso de Filipinas, la emancipación de la India, son dos hechos históricos tergiversados a favor de los reformistas, electoralistas, posposicionistas, antiretraimientistas y contrarevolucionarios de toda laya. Se dice que Filipinas ganó su independencia mediante elecciones. Pero es mentira. Las elecciones pospusieron la independencia de Filipinas. La independencia costó a las heroicas Islas de Rizal ríos de sangre.

Cuando, en 1898, los yanquis invadieron a las Filipinas, el archipiélago ardía en las llamas de la insurrección libertadora. Rendidos los españoles, los patriotas filipinos rehusaron deponer las armas hasta que Estados Unidos reconociera su independencia. Cuando éstos rehusaron, prosiguió la guerra. Y no se depusieron las armas hasta que el Congreso de Estados Unidos reconoció a Filipinas el derecho a la independencia, cuando se comprometió

oficial y públicamente a reconocer eventualmente la independencia. Tal es el sentido de la deposición de armas por el General Emilio Aguinaldo.

Depuestas las armas, se organizó el sistema electoral. Y, a pesar de no haberse fundado partido alguno contrario a la independencia, las elecciones fueron posponiendo la fija de fecha para la organización de la República. La demora fue tan larga y peligrosa que obligó al más celoso patriotismo a alzarse en armas en mayo de 1935. Al mando del General Monasterio, y del líder campesino Luis Taruc, ardió la guerra.

La insurrección campesina de mayo de 1935 forzó la aprobación del Proyecto Tydings de 1936, que organizó la Mancomunidad Filipina como antesala de la República. Esta debía establecerse en 1946. Pero en 1941 los ejércitos imperiales del Japón invadieron las Filipinas. La defensa yanqui se desmoronó ante las bayonetas japonesas. Los nacionalistas filipinos se dividieron entonces en una difícil combinación. Unos se pusieron al lado de los japoneses, intentando así asegurar la independencia filipina en caso de una definitiva victoria japonesa. Otros se colocaron al lado de los yanquis, queriendo así obtener el cumplimiento de la independencia reconocida para el 1946 por el Congreso en Wáshington. Luis Taruc no hizo ni lo uno ni lo otro. Enarbolando la bandera de la Revolución, organizó las guerrillas en las montañas.

Poco después de echados los yanquis de las Filipinas, el gobierno japonés reconoció la independencia. Un gobierno filipino colaboracionista se hizo cargo de la administración civil. Fue este un paso habilidoso de la diplomacia japonesa, que contribuyó a comprometer aún más a Estados Unidos a reconocer la República de Filipinas en 1946.

Terminada la Guerra, Estados Unidos victorioso, quiso a pesar de todo, retardar el reconocimiento de la independencia. Pero Taruc desapareció de Manila y semanas después reaparecieron las guerrillas. Entonces Wáshington cedió. No era políticamente posible encararse a una guerra general con el patriotismo filipino, pues la verdad es que todos los patriotas filipinos se aprestaban ya a sumarse a las guerrillas de Taruc. Esta es la verdad histórica; no la fábula grotesca de la liberación electorera de las Filipinas.

La India

Otra fábula es la de la emancipación electorera y pacífica de la India. Los que tal fábula proclaman lo hacen maliciosamente, como parte de la argumentación cipaya, colonialista, reformista-electorera, posposionista, contraretramentista y contrarevolucionaria. Los que se la creen de veras no saben la verdad histórica.

Antes que Ghandi asumiera el liderato nacionalista hindú la India tuvo otro gran jefe patriota: Tilák. Los ingleses aborrecían a Tilák, como los españoles aborrecieron a nuestro Betances y los yanquis detestan a Albizu Campos. Tilák no les daba cuartel. Era un insurreccionalista. Pero perdió la vida en la lucha. Más tarde apareció Ghandi. En general, se conoce en parte su ideología pacifista. Lo que no se conoce es la verdad de la lucha independentista en la India. No se conoce el verdadero significado de esa palabra—SATRAYARA—cuya traducción, bastante imprecisa al castellano, ha sido “resistencia pasiva”.

Mejor pudiera traducirse “resistencia heroica no agresiva”. Y aún así no corresponde fielmente a su sentido. Quien lea la obra de Shidrarani sobre este tema, quien lea la historia del movimiento ghandiano, jamás volvería a pensar que la táctica ghandiana y el sacrificio de sus seguidores corresponde en Puerto Rico al oportunismo, simulación, demagogia y sumisión de los del posposionismo electoralista.

En primer lugar el movimiento hindú fue fundamentalmente anticolaboracionista. Allí nadie vitoreaba la independencia con un cheque del enemigo en la mano. Los patriotas hindúes no se pelearon entre sí por un presupuesto de minoría. Tampoco le tomaron subsidios electorales al imperialismo. Tampoco montaron un aparato propagandístico de mentiras, medias verdades, simulaciones y vanaglorias. La autobiografía de Ghandi, la de Nehru, son catecismos vívidos de educación en la escuela, difícil, de la desnuda verdad. El sacrificio era la verdad vivida cada día. La táctica de lucha de masas, la desobediencia civil era, en verdad, prueba terrible. Detener el avance de los tanques ingleses oponiéndole una alfombra humana, en nada se parece a la orgía de fiambreras de los electoralistas puertorriqueños.

En 1935, en la provincia de Bengala, los ingleses desarmaron a los campesinos. Los bengaleses opusieron la resistencia pasiva; se dejaron desarmar. Pero desobedecieron la orden de transitar bajo la protección del ejército imperial. El resultado fue que más de 2 mil bengaleses fueron comidos por las fieras ese año. Aquí, por el contrario, las fieras son los electoralistas; y los devorados, los ideales de redención de nuestra patria.

Así, oficiando en aras del sacrificio personal y masivo, fue a la independencia la India.

El caso ejemplar de Cuba

El caso de Cuba es, mejor que ningún otro, ejemplar para Puerto Rico. Cuba fue convertida en semicolonía de Estados Unidos. Hay una diferencia entre el coloniaje y el semicolonía. Esa diferencia no es poca. Por ejemplo: bajo el coloniaje, la educación está enteramente supeditada a los exclusivos intereses de la asimilación.

El educado de la escuela colonial es victimado hasta el último aliento de su espíritu patriótico. Es educado para la sumisión colonial; es deformado hasta hacer irreconocible al ciudadano natural de su país. No es así en el semicolonía. En Cuba semicolonial el cubano era nutrido en el alma de su patria. Era educado para ser cubano. Cuba ha tenido la tradición revolucionaria mejor eslabonada de toda la América.

Aún cuando como nación cuaja a mediados del Siglo XIX, como ocurrió a Puerto Rico, su tradición revolucionaria tiene una continuidad más cerrada y estrecha que la de las naciones americanas formadas a fines del Siglo XVIII y a principios del XIX. A pesar de tales ventajas, que Puerto Rico no tiene, en Cuba semicolonial ningún partido político de recta intención cubana podía ganar elecciones. Para que un partido político pudiera ganar elecciones necesitaba de antemano el visto bueno de la Embajada de Estados Unidos. Más aún. Cuando un partido cubano tuvo ya en sus manos el poder, e intentó usarlo para hacerle bien positivo a Cuba, un bien que trascendiera los intereses de Estados Unidos en tierra cubana, el imperialismo se lo impidió. Cuando fue necesario, derrocó el gobierno.

Para no remontarnos a un pasado remoto, vamos a buscar el ejemplo en el último ciclo de la historia cubana. Por ejemplo: en

los años de la Segunda Guerra Mundial y los primeros de la guerra fría, el capitalismo cubano dio grandes pasos de avance. Durante el gobierno de Grau San Martín y el de Prío Socarrás, se consolidaron múltiples capitales nacionales. El Banco Nacional fue creado. Una gran corporación para la fundición de altos hornos fue organizada. Avanzó la industria metalúrgica. Nació el Banco de Fomento Nacional. Nada de esto entraba dentro de la franquicia electoral que Estados Unidos había reconocido al PRC. Fue contra esos proyectos, para detener ese progreso del capitalismo cubano, que la victoria próxima del Partido del Pueblo (ortodoxo) habría de ir aún más lejos, que el Pentágono lanzó a Batista.

Las elecciones no sirvieron para salir de Batista. Las elecciones únicamente habrían prolongado el status semicolonial de Cuba. Así lo comprendió el pueblo de Cuba. Y su líder de mayor sensibilidad política de mayor profundidad histórica, planteó a su pueblo la redención por las armas. Condenó igualmente que las elecciones, el golpe de estado y la conspiración fraccionalista. Predicó y practicó la lucha de masas, usando para desarrollarla tres de sus medios: la guerrilla campesina y suburbana, la resistencia activa y la huelga.

A sangre y fuego liquidó Fidel Castro la dictadura militar impuesta por el Pentágono.

Mas la victoria sobre el ejército del Pentágono que comandaba Batista no bastaba para liquidar el semicolonialismo. El primero de enero no dejaba atrás el semicolonialismo. Solamente había ganado Cuba la primera de las grandes victorias en ese camino: la liberación del espíritu del pueblo. Faltaba toda la obra de destrucción y reconstrucción necesarias para cambiar el status semicolonial en plena independencia.

El imperialismo, inmediatamente, se percató del peligro que tenía por delante. Sus agentes, y los cubanos sin bastante visión para darse cuenta de lo que ocurría, lanzaron la consigna de las elecciones. A pesar de toda la vocinglería seudodemocrática, lo único antidemocrático que pudo haber hecho Castro entonces habría sido llamar a elecciones. Las elecciones habrían consolidado nuevamente el status semicolonial. No era ése el proyecto que Castro llevaba en el silencio de su cerebro.

Crecía en él el propósito de independizar a Cuba para siempre de las garras del imperialismo yanqui. Siguió adelante, haciendo

caso omiso de los cantos de sirena de la “democracia representativa” del imperialismo y el semicolonajaje.

Experiencia Puertorriqueña

La experiencia histórica de los puertorriqueños, desde que el país desarrolla su conciencia política, demuestra que sus grandes pasos de avance se han dado sin que para ello hayan sido necesarios los partidos políticos electorales, ni las elecciones. Al contrario, demuestra igualmente que han sido los partidos usando las elecciones, los que han hecho retroceder a Puerto Rico en su camino hacia la plenitud de su derecho nacional.

En el Siglo XIX se producen en Puerto Rico dos grandes movimientos masivos: el abolicionista y el autonomista. Ninguno de los partidos coloniales electoreros sirvió al país para abolir la esclavitud o ganar la autonomía.

La subversión betanciana con el Grito de Lares forzó la Corona a comenzar inmediatamente la abolición gradual de la esclavitud. La amenaza de la Revolución forzó la Corona a conceder la Constitución Autonómica de 1897. El Partido Autonomista, la gestión de Muñoz Rivera y el Pacto con Sagasta lo que hicieron fue reducir al mínimo la autonomía que el mismo Baldorioty predicó. Sobrevenida la invasión yanqui, las gestiones de Hostos, el prospecto revolucionario implícito en las Partidas Sediciosas; las pedreas populares contra la soldadesca yanqui en las calles de San Juan; la huelga de Carolina; sin que para ello interviniera ningún partido electorero obligaron a Wáshington a reconocer la ciudadanía puertorriqueña en la Ley Foraker.

En cambio el Partido Unionista sirve al imperialismo para liquidar el liderato independentista cuando la traición se hace predominante en sus cuadros dirigentes. El pueblo es arrastrado a la doble deshonra de la ciudadanía yanqui y el servicio militar obligatorio con la Ley Jones.

En los últimos años del siglo XIX y en las dos primeras décadas del XX, nace y desarrolla en Puerto Rico el movimiento obrero, gracias a grandes huelgas obreras; y parece a manos del Partido Socialista cuyas combinaciones electorales lo llevan a la liquidación.

Entre 1934 y 1938, de la lucha nacionalista y de grandes movimientos huelgarios, surge nuevo y potente otro movimiento obrero.

Posteriormente el Partido Popular Democrático lo vuelve a entregar al socialimperialismo del sindicalismo yanqui, sirviente del Pentágono. En 1930 se inicia una nueva etapa de lucha por la independencia, bajo el liderato del Partido Nacionalista y con la dirección de Albizu Campos. Desde la tribuna nacionalista, libre de compromisos electorales, revolucionaria e insurreccionalista, se producen grandes movimientos masivos que, además, resultan triunfadores.

Desde la tribuna nacionalista se denuncia el alto e injusto precio de la gasolina, se agita a las huelgas contra las gasolineras, la huelga se produce. El tránsito queda paralizado en todo Puerto Rico. El mismo alcalde de San Juan, Don Jesús Benítez Castaño, va a su oficina a caballo. La huelga se gana. Desde la tribuna nacionalista se denuncia la pésima calidad de las harinas enviadas a Puerto Rico por el monopolio yanqui; se denuncia además el alto y desconsiderado precio del pan. Se agita para una huelga contra la calidad de las harinas y contra el precio del pan. La huelga se produce y se gana.

Desde la tribuna nacionalista se denuncia la inmoralidad administrativa del Gobernador Coronel Teodoro Roosevelt, sin que se celebren elecciones, ni haya cambio administrativo en Washington, se substituye al gobernador Roosevelt.

El mismo partido que lo nombró gobernaba en Estados Unidos, y gobernaba el mismo presidente; y el mismo partido colonial estaba en el poder cuando él llegó a Puerto Rico y a lo largo de toda su gobernación. Pero sin necesidad alguna de elecciones el movimiento popular de repulsa fue lo bastante poderoso para lograr la substitución del General Winship.

¡Costó sangre! Pero se fue.

La fuerza del pueblo está en sí mismo; no en los partidos coloniales ni en las instituciones creadas por el poder invasor enemigo de la independencia.

Y el retraimiento, ¿Qué es?

¿Y el retraimiento, ¿qué es?

Antes de entrar al tema, a la contestación de esa pregunta, es indispensable señalar que no fue la adopción del retraimiento por el Partido Nacionalista en la Asamblea de Caguas en diciembre de 1935 lo que atrajo contra éste la represalia imperialista.

La Asamblea de Caguas se celebró cuando ya la persecución

contra los nacionalistas había llegado a los niveles de la criminalidad. Por ejemplo, el asesinato de sus dirigentes Ramón S. Pagán, José Santiago Barea, José Rodríguez Nieves y Pedro Quiñones, había ocurrido meses antes.

Otra aclaración. No fue el Partido Nacionalista al retraimiento por derrotismo. El Partido había entrado nuevamente en una etapa de auge. La crítica hecha a Albizu Campos entonces, y a la dirección del Partido en general, fue no haber llevado el Partido a elecciones cuando había un auge nacionalista y la elección de su jefe, a la legislatura, y aún de otros líderes, era cosa realísticamente presumible.

Fue el conocimiento de que las elecciones, por su naturaleza, son inservibles para cambiar el status, lo que llevó a la Resolución retraimientista del Partido Nacionalista en Caguas en diciembre de 1935. ¿Qué es, pues el retraimiento? El retraimiento es la desobediencia civil, la desobediencia ciudadana. Se celebran elecciones en Puerto Rico en obediencia a una ley del Congreso de Estados Unidos. Sin embargo, el voto no es obligatorio.

No votar no es ilegal, desde el punto de vista estricto de la ley. La ley del Congreso yanqui ordena celebrar elecciones. Exige que se vote, pues si no hay elecciones no hay gobierno. ¿Qué gobierno no hay? No hay gobierno colonial. Esta es la primera fuerza del retraimiento. Con esa fuerza, ejerciendo el retraimiento, se supera, se deja atrás una sumisión psicológica, un complejo de esclavitud, que mueve al puertorriqueño a obedecer irreflexiblemente el llamado hecho por el amo extranjero. Y si se ejerce, además, se elimina el gobierno colonial: todo ese aparato de mentira democrática, de libertad ilusoria que quiebra las fuerzas anticoloniales, que autoriza al imperialismo y a la traición nacional, a proclamar los méritos del coloniaje, a negar que aquí hay coloniaje.

Enfrentado con las condiciones que el retraimiento le crearía, eliminando el gobierno colonial, Estados Unidos se vería obligado a:

1. Establecer un gobierno militar monarca y londo, o
2. Entrar en negociaciones para reconocer la independencia.

Si hiciera lo primero, ocurriría que:

1. En las condiciones del mundo de hoy, si los patriotas nos mantenemos firmes y combatientes por nuestra independencia, sin transacciones de clase alguna, en breve tiempo Washington ten-

dría que ceder y entrar en negociaciones para reconocer la independencia; o . . .

2. Lo que es lo más probable; obligado por la situación internacional, la cual cada día le será más adversa, se vería obligado a reconocer la independencia.

Pero, opondría el empedernido electoralista o el posposicionista: si los independentistas no votamos, votan los colonialistas y anexionistas; votan los populares y los estadoístas.

Contestamos:

1. Cuando hablamos de retraimiento hablamos del retraimiento de los independentistas primero, y

2. De la mayoría de los electores de Puerto Rico sin distinción de partidos.

Pues el retraimiento, como desobediencia civil, tiene varios aspectos.

1. Si únicamente no votamos los independentistas y

2. Si no vota la mayoría de los electores.

En el primer caso, ésta sería la ganancia mínima:

1. La parte más sana del pueblo puertorriqueño se habría definitivamente librado de la sicosis colonial, del complejo de esclavitud, de la sumisión psicológica que la ha hecho obedecer la voz del amo y correr a las urnas. Tal liberación del espíritu del pueblo cuajaría necesariamente en una vanguardia patriótica capaz de llevar a cabo mayores tareas.

2. En el plano internacional se reproduciría la situación existente durante los primeros tres años de las Naciones Unidas. Entre 1945, año en que se organiza la ONU, y noviembre de 1948, en que el PIP pierde sus primeras elecciones, cuando la delegación yanqui decía a los delegados de la India, a los del Ecuador y otras naciones delgaciones amigas nuestras que solamente “una minoría insignificante favorecía la independencia en Puerto Rico”, nuestros amigos contestaban con palabras para las cuales no tenía Estados Unidos respuesta: ¿Cómo lo saben ustedes si los independentistas no votan?

Reproducir esta situación es de gran importancia para la lucha por la independencia. Pero, con toda su enorme importancia, la primera de estas dos últimas cuestiones es la de mayor importancia.

En el segundo caso; en caso que el retraimiento incluyera la inmensa mayoría del electorado, sin distinción de partido: se plantearía la situación ya examinada. Estados Unidos, sin gobierno colonial en el que apoyarse, recurriría a implantar un régimen militar que en las condiciones mundiales de hoy, no podría sostenerse mucho tiempo. Tendría que reconocer la independencia; o entrar inmediatamente en negociaciones para reconocer la independencia.

Mas, aparentemente, el objetante lo que tiene en mente es que no se puede contar con un retraimiento total. En primer lugar, tampoco hay una concurrencia total a las urnas. Y, esto es lo importante—movilizar hacia el retraimiento las masas de los otros partidos es tarea de la vanguardia patriótica. Dudar que sea realizable es desmentir lo que sabemos: que la mayoría de los puertorriqueños es independentista. Negarlo, a base de resultados electorales, equivaldría a afirmar, por ejemplo, que en Puerto Rico no hay mas católicos que los que votaron por el PAC. (Partido Acción Católica, organizado por el obispo McMannus para debilitar al PPD en beneficio de los estadoistas. Fracaso ridículamente.)

Esta movilización de las masas de otros partidos por una vanguardia patriótica no es cosa que no haya sido lograda. El retraimiento es camino que se abre a los movimientos a los que no se les permite ganar elecciones. Ese es el caso del movimiento independentista.

En la Argentina, por ejemplo, al nacionalismo progresista no se le permitía ganar elecciones. La alianza de la oligarquía con el imperialismo inglés obstruía su camino. Entonces, Hipólito Irigoyen, cambió de rumbo; desechó las elecciones y organizó el retraimiento. El retraimiento llevó a Irigoyen a crear las condiciones políticas necesarias para romper la oposición oligárquico-imperialista. Así llegó Irigoyen a la presidencia de la Argentina.

Logró movilizar, mediante el retraimiento, a las masas que habían estado osificadas en la matrícula de los otros partidos; y estuvieron con él en el retraimiento los que en los otros partidos le votaban en contra. Esa experiencia puede repetirse en Puerto Rico.

Retraimiento y Huelga

El retraimiento es una huelga de votos. Como huelga de votantes es tan efectivo como es la huelga como instrumento de lucha de la clase obrera. Tal y como la huelga general paraliza la economía

de un país, la huelga de votos paraliza su función política.

La función política en Puerto Rico es exclusivamente función colonial, política colonial. Paralizarla es un bien; paralizarla es necesidad para la transformación política de Puerto Rico. La colonia tiene que morir para darle paso a la independencia.

El retraimiento debe crear las condiciones que produzcan un nuevo movimiento obrero, tan patriota como obrero; de un patriotismo tan profundo como son profundas las necesidades de la clase obrera.

El problema fundamental que el movimiento obrero enfrenta en Puerto Rico es la ausencia de un vertebrado y vigoroso movimiento de independencia. La historia ha probado que en las colonias el movimiento sindical es fuerte en las etapas de auge del movimiento independentista; y débil, en las etapas de repliegue del independentismo.

Un libro del escolasta hindú Kumal Goshal, *Los pueblos coloniales*, lo prueba hasta la saciedad. Pero un repaso a nuestra propia historia tampoco deja lugar a dudas. De la integración de a principios del Siglo XIX salen nuestros primeros gremios. Es Betances quién organiza el movimiento abolicionista; es en la Revolución de Lares que se decide finalmente la abolición y en la que se liquida el odioso sistema de las libretas de jornalería. ¿Y qué es el proceso abolicionista sino un gran movimiento de trabajadores esclavizados? El movimiento obrero como tal, como movimiento sindical, ¿no se organiza con aliento betanciano e ideas de Marx a fines del Siglo XIX, cuando la magna conspiración del 97 madura; cuando en manos de obreros tremola por primera vez la bandera puertorriqueña en las calles de San Juan? Es cuando está en su apogeo el independentismo dieguista que la Federación Libre de Trabajadores hace una gran organización de obreros en marcha. Es en cambio en los períodos entreguistas de la Alianza y la Coalición que el movimiento obrero decae y se desmoraliza.

Es en la gran alzada patriótica del Partido Nacionalista, cuando el magno vozarrón de Albizu Campos desbarata en la década de los 30 la relación de fuerzas coloniales, y se gana con su liderato, la gran huelga cañera de enero de 1934, como se han ganado antes la gran huelga popular contra el alto precio de la gasolina y la huelga contra el usurero precio del pan y contra las malas harinas. Es en el alza independentista de 1938 que se da la gran huelga de los mue-

lles, generadora de la próxima CGT. Es con el deterioro colonialista de Muñoz Maín y el PPD que la CGT se desmorona.

El movimiento de independencia necesita la adhesión de los obreros. El movimiento de liberación nacional cobra fuerza cuando la idea de independencia penetra en la masa obrera y campesina. A su vez, el movimiento obrero en las colonias como lo es Puerto Rico, no adelanta sino en las etapas de auge del movimiento de independencia. Un vínculo irrompible los une: la lucha de clases en medio de una crisis económica.

Pues el retraimiento, en su índole de desobediencia civil, por múltiples movimientos de flanco, al llevar al independentismo a una nueva etapa de auge, iniciará por necesidad una nueva etapa de auge en el movimiento sindical. Y esta nueva etapa de auge, por iniciarse en un nivel más alto en el campo político, necesariamente reorganizará el movimiento obrero en un nivel más alto de lucha.

De modo que en un momento determinado, ambas fuerzas pueden coincidir en hostigar al imperialismo y a todas sus afinidades en el país; la una desde abajo, operando directamente sobre la economía colonial, la otra sobre las funciones políticas del coloniaje para producir la huelga general, cuyas fuerzas mismas, y cuyas mismas instituciones, convoquen a la asamblea constituyente de la República.

Cuba y Venezuela ofrecen buenos ejemplos de este procedimiento.

La insurrección popular que en Caracas derroca el 23 de enero de 1958 al dictador Pérez Jiménez ocurre cuando el pueblo se ha abstenido de votar en el plebiscito auspiciado por el dictador. A la abstención electoral en masa corresponde la huelga general. Ambos procesos convergen, lógicamente; se transforman revolucionariamente y Venezuela se libra de la dictadura.

A fines de 1958, el pueblo cubano se abstiene de concurrir a las urnas electorales a las que Batista llama. La farsa se viene al suelo. El pueblo responde entonces al llamado a la huelga general. La dictadura se desmorona. El ejército, su único sostén, aislado entre un pueblo hostil, se lo juega todo en Santa Clara. Guevara lo hace trizas. La Revolución ha triunfado.

El Golpe de Estado

El “golpe de estado” es uno de los medios más abominables que la reacción ha usado en nuestra América para torturar a nuestros pueblos, derrocando los gobiernos de entraña popular, y frustrando por lo tanto las oportunidades de liberación que éstos ofrecían. También ha sido usado frecuentemente por un grupo de reaccionarios contra otro; pero siempre en perjuicio del pueblo. Los protagonistas habituales del “golpe de estado” han sido los militares. Pero ha habido también conspiraciones de civiles para restaurar la reacción al poder, o para desplazar hacia otro grupo reaccionario los órganos del poder. El “golpe de estado” en nuestra América sin embargo, haya venido de un grupo o de otro, jamás ha tenido carácter democrático, naturaleza popular, propósito libertario.

El “golpe de estado” ha sido, consistentemente, reaccionario, antipopular, antidemocrático y contrarevolucionario. Pero he aquí que hay un instrumento democrático de lucha popular, el cual si se usa como un primer paso en la técnica del golpe de estado, quita al golpe de estado toda su entraña antipopular, antidemocrática, contrarevolucionaria. Ese instrumento democrático de lucha popular es el retraimiento, pues la organización masiva del retraimiento desbanca toda oportunidad de fundar exclusivamente en una conspiración los propósitos revolucionarios.

Hay que tener mucha fe en el pueblo, mucha confianza en el pueblo, para creer en el retraimiento. Quien tenga miedo al pueblo, quien desconfíe del pueblo, quien piense en engañar al pueblo; jamás creerá en el retraimiento, pues a un pueblo que ha aprendido las lecciones organizativas que el retraimiento enseña; que ha ganado, practicándolo, la experiencia de lucha y la confianza propia que tal experiencia ha de darle; a un pueblo que ha sabido actuar desentendido de todo el aparato restrictivo del estado; a ese pueblo ya no se le puede engañar tan fácilmente como se engaña al pueblo que participa en las elecciones, lleva a sus elegidos al poder, y al otro día queda enteramente separado, dejado atrás por aquellos mismos a quienes el día antes le dio en las urnas sus votos.

El retraimiento da la oportunidad de participación activa al elemento popular amarrado políticamente a la maquinaria de estado. Su fuerza de arrastre y sus métodos de organización y lucha

ofrecen al elemento de pueblo, partidario de la independencia y el gobierno popular, pero ligado al gobierno por necesidades de vida, ocasión de servir activamente ayudando a paralizar las funciones burocráticas en los momentos precisos en los que la huelga de votos triunfa, cuando la huelga política popular se generalice. El retraimiento debe transformarse entonces, por concentración, por densificación de su desdoblamiento en las masas, en verdadero democrático y popular golpe de estado que, en su noble acción catalítica, demuele la resistencia del estado y hecha los cimientos de la organización independiente.

En una palabra, sienta las condiciones para que se convoque, a través de los órganos de lucha popular, a la Constituyente de la República.

El Problema de la Selección de las Formas de Lucha

Se ha lanzado al seno de las agrupaciones independentistas la consigna de lucha en todos los frentes. Es una buena consigna, una consigna correcta. Pero no basta con que la consigna sea correcta en sí. Es necesario además que sea lanzada con la intención recta y correctamente. Por la forma en que se ha venido agitando tiende a incluir todas las formas legales de lucha menos el retraimiento. ¿Se están usando formas nuevas, formas jamás antes usadas, en la lucha por la independencia en Puerto Rico? Veamos. Hace muchos años que los independentistas piqueteamos La Fortaleza, al Gobernador, al Presidente Truman. Aún hay personas en Mayagüez—jamás lo olvidarán!—que recuerdan todavía como íbamos a piquetear al Presidente Roosevelt al desembarcar aquí en 1934. De 1948 a 1950 funcionó en Guaynabo la Escuela Betances, una escuela independentista, de capacitación política para capacitar cuadros de lucha y para enseñar a leer a analfabetos. Esa misma Escuela funcionaba en cinco barrios rurales y en la zona urbana de Jayuya, y en el Barrio Sumideros de Aguas Buenas. Hace unos doce años que el profesor Cabrera ideó una empresa que quería llegar a ser una universidad nacional privada, con orientación independentista. El Gobierno, con sus reglamentaciones, la hizo fracasar. Antes, la policía había saqueado la Escuela Betances de Guaynabo. Y José de Diego había intentado, con mucha anterioridad y con igual suerte lo que después el profesor Cabrera.

La huelga ha sido de uso importante en la lucha por la independencia. Los motines, la insurrección, el desacato judicial, el sufrimiento en las prisiones; el patíbulo; las conspiraciones; las gestiones internacionales desde principios del Siglo XIX, todas esas formas de lucha por la independencia han sido puestas en práctica. Tal y como se dice ahora, pero con toda la seriedad del asunto decimos que sí, que es necesario batirse en todos los frentes, usar todas las formas de lucha . . . revolucionarias.

Lo que nosotros queremos añadir, a todas esas puestas ya en práctica, una que nunca en la lucha por la independencia ha sido puesta en práctica: el retraimiento organizado para ser llevado a efecto. Es por lo mismo que deseamos esta noche profundizar en el tema de la ya mencionada consigna de “combatir en todos los frentes”. El motivo que nos hace elaborar este asunto es que la consigna ha sido lanzada especialmente para impresionar a algunos jóvenes, y así impresionados, volverlos a la vieja ruta de la noria electorera. Para lograr impresionar a esos jóvenes la cosa se le ha contrabandeado como marxismo.

El marxismo, desde luego, ha examinado a fondo este asunto de la selección de las formas de lucha. La ha examinado correctamente. Tomemos en cuenta a Lenin, el gran estratega de la revolución soviética. Dejemos que sea Lenin quién plantee el asunto. Dice Lenin:

“¿Cuáles son las principales exigencias que todo marxista debe hacer al examinar este asunto de las formas de lucha? En primer lugar, el marxismo se distingue de toda forma primitiva de socialismo porque no amarra el movimiento a ninguna forma particular de lucha. Reconoce las más variadas formas de lucha. Mas aún: no las inventa; simplemente las generaliza, organiza y usa conscientemente estas formas de lucha de las clases revolucionarias que espontáneamente surgen en el desarrollo del movimiento.

“El marxismo, completamente hostil a toda formulación abstracta, a todo recetismo doctrinario, demanda que la atención más cuidadosa le sea dada al proceso de lucha de masas, el cual, según crece el movimiento, según la conciencia masiva aumenta, y a medida en que las crisis políticas y económicas se agravan, producen nuevos y variados métodos de defensa y ofensiva.

“El marxismo, por lo tanto, no repudia ninguna forma de lucha. El marxismo jamás se confina a las formas de lucha que son posibles y que son usadas en un particular momento; percibe que,

nuevas formas de lucha, desconocidas en un momento determinado, deben inevitablemente surgir en la cambiante situación social. En este respecto, el marxismo aprende, si uno así debe expresarse, de la práctica de las masas; y está bien distante de reclamar que enseñe a las masas formas de lucha inventadas por ‘sistematizadores’ de salón.

“En segundo lugar, el marxismo incondicionalmente, exige que la cuestión de la selección de las formas de lucha sea juzgada históricamente. Quien juzgue este asunto sin relacionarlo con una concreta situación histórica ni siquiera entienda el ABC del materialismo dialéctico.

“En momentos diferentes de la evolución económica, y dependiendo de cambiantes condiciones políticas, nacionales, culturales y de otra índole social, formas de lucha distintas se hacen prominentes, se convierten en las principales formas de lucha, a tiempo que otras, secundarias y suplementarias, cambian de aspecto. Quien acepta o rechaza un medio de lucha sin minucioso examen de las condiciones concretas de un momento determinado en una etapa específica del desarrollo de la lucha ha abandonado enteramente el terreno marxista”. (*Strategy and Tactics*, International Publishers, N.Y., pags. 29-30. La traducción es nuestra.)

Estos son, por lo tanto, los primordiales principios tácticos que han de servir de guía.

1. Una forma de lucha ni se acepta, ni se rechaza, absoluta e indiferenciadamente.

2. Se demanda, incondicionalmente, que la cuestión de la selección de las formas de lucha sea examinada con todo rigor, históricamente.

Entremos en el primer punto. Sostenemos que la organización del retraimiento es la forma adecuada para reorientar organizativamente el movimiento independentista. No sostenemos que es la única ni amarramos a esa única forma de lucha por la independencia de Puerto Rico. Estamos alerta a las nuevas formas, que el desenvolvimiento de la lucha traiga. A lo que nos oponemos es a que se mantenga amarrado el movimiento a la tesis electorera enseñada por el imperialismo a los políticos coloniales y que éstos pasan a la masa. Nos oponemos a que no se diga claramente al pueblo que ha sido engañado cuando se le ha dicho que puede

ganar elecciones coloniales y de ese modo instrumentar su independencia. A lo que nos oponemos es a que se le diga al pueblo que aún cuando no puede ganar elecciones para hacer su independencia debe organizar un partido electoral independentista con el cual perder elecciones.

A lo que nos oponemos es a que se presente, por entero o a medias, el medio electoral como forma de lucha por la independencia. En una palabra: la experiencia de 50 años ha probado que las urnas coloniales no son medio para luchar por la independencia, y nos oponemos a que se le siga diciendo al pueblo que lo son. Esa es nuestra posición.

En segundo lugar, creemos y sostenemos que un examen minucioso de la concreta situación histórica de Puerto Rico prueba que las elecciones no son forma de lucha por la independencia: al contrario, son el centro de control de masas por el imperialismo, y la polea de transmisión de toda la depravación política colonial. Prueba además que ha llegado la hora de abandonar para siempre ese camino. Y prueba también que ese es el deseo verdadero de la masa independentista.

Nosotros no estamos sacándonos de la cabeza abstracciones instrumentales. No somos “sistematizadores de salón”. No somos intelectuales abstraccionistas. Ni periodistas rompehuelgas. Nos hemos formado en la lucha por la independencia de Puerto Rico. En nosotros, Puerto Rico está por encima de TODO. Cuando de Puerto Rico se trata, no tenemos otra cosa que patria por libertar. No tenemos más que pueblo por el que combatir: ese mismo pueblo del cual somos parte. Hemos estudiado, viviéndola, la realidad puertorriqueña. La hemos estudiado acuciosamente, minuciosamente: con amor y con interés: de lo que hagamos sus hijos amorosos dependerá su próxima historia. Si nos equivocamos, los primeros en pagar, y bien caro, seremos nosotros. Sostenemos, a base de estudio, de observación, de experiencia, que la situación de Puerto Rico, históricamente estudiada, aconseja reorientar la lucha por la independencia totalmente fuera de las elecciones. Un político práctico, sin espejismos ideológicos, libertado ya de sus compromisos de partido y sin necesidad de mentir, como Luis Archilla Laugier, lo dijo casi con las mismas palabras que un marxista sincero e inteligente lo habría dicho. Esto al comentar las elecciones pasadas y retirarse de la política.

No es que nosotros, petulantemente, estemos en plan “de enseñar a las masas”. Es que la experiencia de las masas puertorriqueñas, como hemos probado anteriormente, nos ha convencido que la lucha por la independencia debe ser reorientada fuera, totalmente fuera, de las elecciones. Sabemos, además, que ya los independentistas en su mayoría no quieren saber de elecciones coloniales.

Si alguien tuvo anteriormente dudas, doce años de PIP debieron abrirle los ojos. Pero si alguien aún se siente atraído por el presupuesto de minorías; por el subsidio de 75 mil dólares anuales que para propaganda y organización—cabe decir, para su depravación—les dio el gobierno a los partidos de oposición; si alguien quiere llenar su complejo de inferioridad con la “distinción” de “senadurías” y las “representaciones” coloniales; si quiere todo eso, no tiene ciertamente para lograrlo que agarrarse de la palabra independencia. Si alguien sinceramente es independentista, pero no quiere adoptar formas de lucha que desagraden al gobierno, porque no es ése su temperamento, o porque no quiere darle que sentir a amigos suyos que están en el gobierno colonial, o a parientes, o por motivos familiares, o económicos, o porque la delicadeza de su conciencia le prohíbe participar en, o aconsejar, o dirigir, actos que puedan redundar en daño personal de terceros—entonces deje que ese conocimiento de sí mismo le indique su puesto en la lucha y coopere desde ese puesto según el máximo de sus virtudes, de su capacidad y de sus recursos. Eso también es patriotismo.

A partir de 1939, el militarismo yanqui, al transformar a Puerto Rico en base de operaciones de sus fuerzas armadas, creó y perfeccionó un aparato electoral que escribe con cheques mensuales la cifra de los cuatrenios electorales. Para llenar sus necesidades bélicas ha hecho instalaciones costosísimas, las cuales requieren una inmensa cantidad de energía eléctrica. Consecuentemente, ha prohijado la electrificación del país: con el sobrante de electricidad extiende su red por los campos y mueve las fábricas que hace trasladar de Estados Unidos.

Con ambos medios, y muchos otros, amansa voluntades electorales. Tiene absoluto dominio del crédito, bancario, comercial, hipotecario, rindiendo con estas gruesas baterías los últimos reductos de la burguesía y la pequeña burguesía. Protege sus instalaciones militares: eso es todo. La base de operaciones es un instrumento

de poder que necesita rodearse de una población pacificada. Esto constituye el aparato quirúrgico con el cual el imperialismo castra políticamente a Puerto Rico. Las elecciones son el yugo con el que se pone a arar al pueblo ya castrado. Ante tal realidad es necesario usar un aparato de lucha de masas que funcione contra esa corriente. Que rompa la inercia colonial. El retrainimiento es un instrumento de lucha popular apto para empezar la tarea que urge llevar a cabo. No es ilegal. Pero tampoco está santificado por el régimen. Trabas constitucionales de Estados Unidos han impedido e impiden su ilegalización en Puerto Rico. Sostenemos que si el sistema electoral es el veneno contra la masa, el retrainimiento es su antídoto. No olviden los que claman por lucha en todos los frentes que la formulación acerca de la selección de las formas de lucha no fue todo lo que escribió Lenin. No es toda la táctica marxista. Lenin también escribió:

“Los sucesos políticos son siempre muy embrollados, muy complicados. Pueden compararse a una cadena. Quien quiera romper la cadena tiene que acertar el eslabón. No puede escoger artificialmente un eslabón”.

Estamos ante un principio fundamental de liderato táctico. Acertar el eslabón pertinente en la cadena, es cuestión al centro mismo de la selección de las formas de lucha. Hablar de usar todas las formas; hablar de batirse en todos los frentes, sin mencionar, sin tener en cuenta este principio fundamental de liderato táctico—el eslabón principal de los sucesos—es hablar a ciegas.

Solamente personas que de táctica marxista saben cosas frívolamente oídas se expresan de esa forma. Ningún marxista que se respete a sí mismo habla de “batirse en todos los frentes”, de “usar todas las formas de lucha”, sin tener en cuenta que las formas de lucha quedan determinadas, condicionadas, a la selección del eslabón principal de los sucesos. Es esto lo que Lenin tiene en mente cuando dice:

“En momentos diferentes de la evolución económica, y dependiendo de cambiantes condiciones políticas, nacionales, culturales y de otra índole social, formas de lucha distintas se hacen prominentes, se convierten en las principales formas de lucha, a tiempo que otras, secundarias y suplementarias, cambian de aspecto”.

Pues para acertar al escoger el eslabón principal hay que mirar con la mirada larga; es indispensable abarcar un periodo determi-

nado de tiempo, de desarrollo en perspectiva. Es necesario concebir estratégicamente ese proceso que en el tiempo se mueve. Y es necesario que la táctica sea subalterna de la estrategia.

“Los comunistas luchan por lograr sus fines inmediatos; por los intereses momentáneos de la clase obrera; pero en el movimiento del presente ven y cuidan el futuro del movimiento”.

Este fundamental principio táctico—que incluye las más amplias previsiones estratégicas—aparece ya en el Manifiesto de 1848. El re-
tramiento es una forma de lucha; pero marcha a la movilización de todas las reservas, directas e indirectas. Su selección oportuna, con tiempo por delante, es una necesidad. No puede ignorarse. Hemos de disponer de tiempo para preparar, adiestrar políticamente nuestro centro patriótico, nuestra vanguardia de trabajo. Usaremos todas las formas de lucha para ir consolidando tácticamente las fuerzas estratégicas que han de lanzarse a la lucha final.

El eslabón en la cadena imperialista en Puerto Rico, el eslabón que hemos de agarrar para romper la cadena es el sistema electoral. Rompiéndolo, romperemos la espina dorsal del mecanismo político colonial. Sin elecciones, se verá la naturaleza verdadera del régimen colonial; se vendrá abajo la farsa “democrática”. Usaremos tácticamente todas las formas de lucha, para ir conduciendo las masas a tomar posiciones propias para la lucha final. Los elementos tácticos se dirigen a un fin con la estrategia. Aprenderemos a maniobrar las reservas; a avanzar; a retroceder; a sacrificar, cuando así sea necesario, victorias tácticas en aras de la prospectiva victoria estratégica. Ya que estamos en esta cuestión de “las formas de lucha”, que ha impresionado a ciertos jóvenes porque se la han pasado envuelta en papel seudomarxista, será bueno plantear algo de importancia teórica y aclarar ciertas posiciones. Todo marxista sabe que el movimiento de independencia nacional es de naturaleza burguesa. Como las ideas suelen vivir más que las realidades que las engendran, un movimiento nacionalista suele seguir siendo ideológicamente burgués cuando ya el imperialismo ha destruido sus capitales nacionales y cuando la burguesía colonial ha vendido su alma al diablo. Tal es el caso en Puerto Rico.

Todo marxista lo sabe, con respecto al pasado y al presente. En los países coloniales, “la tarea principal—decía ya el programa de la Internacional Comunista, Cap. VI, parte 2—es organizar independientemente a los obreros y los campesinos . . . librarlos de la

influencia de la burguesía nacional, con la cual acuerdos temporales pueden hacerse sólo con la condición de que ésta, la burguesía nacional, no obstaculice la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos, y que ésta, (la burguesía) lleve a cabo una genuina lucha contra el imperialismo”.

Pero he aquí que en Puerto Rico el capital monopolista yanqui ha deshecho a la burguesía puertorriqueña; que de lo que ésta sobrevive va de capa caída y es absolutamente incapaz de tomar acción política independiente de la donante burguesía imperialista. Además, ni la puertorriqueña, ni ninguna otra burguesía, permitiría jamás, cruzada de brazos “la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos”. Y con la pequeña burguesía, con la clase media, ¿qué hacemos? En ella sobreviven, como fantasmas flotantes, las ideas burguesas. Será por algún tiempo todavía dieta principal del independentismo. Pero, unas veces vacilante y otras veces exaltada, jamás llegará a desempeñar otro papel político positivo que el que le asigne la clase obrera, que llegará el momento en el que sea la clase obrera la que ejerza la hegemonía en el independentismo. Al tratar de la utilización de todas las formas de lucha es indispensable recapacitar sobre un problema sobre el cual las derechas siempre han jugado su mala carta. Es un problema sencillo de explicar, no obstante.

Todo movimiento político tiene sus principios y todo el mundo entiende que éstos no pueden ser alterados sin caer en la traición. También tiene su objetivo, y tampoco puede ser abandonado sin que su abandono equivalga a la traición. Pero tiene además una estrategia y una táctica, y se sostiene que no es cometer traición cambiar de estrategia y de táctica.

Eso depende. Si un movimiento revolucionario cambia su estrategia y su táctica por otras igualmente revolucionarias no hay traición. Pero si las cambia por una estrategia y táctica reformistas, contrarrevolucionarias, sí la hay. Porque no se puede dirigir la lucha por principios revolucionarios y por un objetivo revolucionario con una estrategia y una táctica reformista o contrarrevolucionaria, sin que se afecten los principios y el objetivo mismo sea afectado. La independencia es un objetivo histórico de Puerto Rico.

En cuanto a lo que significa rompimiento total con su pasado colonial es un objetivo revolucionario. Requiere por lo tanto su conquista una estrategia y una táctica igualmente revolucionarias.

La patria radical

“Ser radical es tomar las cosas por la raíz—y la raíz del hombre es el hombre mismo”.

No viene el puertorriqueño de la podredumbre burocrática vividora de las elecciones. Viene de su hondura histórica, anterior a toda concepción electorera colonial. Elector es cierto número de boricuas una vez cada cuatro años. Puertorriqueño se es todos los días. Ni siquiera los renegados, los descartados, los pitianquis de la peor ralea, pueden dejar de serlo. Sus mayores esfuerzos culminan, grotescamente, en ser malos puertorriqueños. El coloniaje ha traído al pueblo puertorriqueño a una angustia mal sofocada, a la violencia más inútil del homicidio y el suicidio, a la hipertensión más dañina. No es necesario salir del país para saberlo.

Basta con conocer ciertas estadísticas puestas al conocimiento público por órganos oficiales, o semioficiales. Señalemos uno. Altísima como es la tasa de homicidios en Puerto Rico—medida de violencia acumulada por las hipertensiones que al pueblo producen el imperialismo, la opresión nacional y el yugo de clase—hay otra dislocación más alarmante y reveladora: nuestra tasa de suicidios más que duplica, y casi triplica, la de homicidios. Es ésta la manifestación más trágica de la crisis de identidad a que Estados Unidos somete al pueblo puertorriqueño. El gobierno de Estados Unidos, y todos sus colaboradores, desde el asimilista más soez al posposionista más fatuo, son responsables de esta sangrante tragedia colectiva. La patria radical forcejea al fondo de esa sangre. Es necesario transformar en voluntad heroica el pálito angustioso. Tal insigne transformación no es posible llevando el pueblo, de frustración en frustración, por el camino delincuente y necio—trillo pisoteado de burro en la noria—de las elecciones coloniales.

Al contrario: Lo primero, para salvarlo, es sacarlo de ese camino por el cual criminalmente, se le lleva al suicidio nacional. Puesto que las elecciones son esencialmente anexionistas, asimilistas, antindependentistas, reformistas y contrarrevolucionarias.

Parte II
Advertencia
Revolucionaria
(1971)

Introducción

El título y la publicación de este folleto lo justifica la situación actual del país y dos elocuentes documentos, no por importantísimos, no por razonables, no por antiguos, menos desoídos. Que lo desoyeran costó a Puerto Rico carísimo. Y no sería muy exagerado decir que haberlos deliberadamente ignorado ha influido decisivamente en los destinos puertorriqueños. El primero de estos documentos es una nota secreta entregada por el Secretario de la Guerra a los generales Miles y Schafer con instrucciones político-militares a seguir en la invasión de Puerto Rico y Cuba en 1898. Se reproduce aquí la parte referente a Puerto Rico. La política y el carácter anexionista del plebiscito y del sistema electoral quedan descritos como instrumentos de división, discordia y destrucción de los puertorriqueños. Este documento no era conocido por los puertorriqueños a la hora aciaga de 1898, aunque ello no excluye la falta de visión, de rectitud y de patriotismo que acompañaron trágicamente a los líderes políticos de la época. Es necesario añadir que se hizo público hace tiempo bastante. Pero si aquel

documento lo era, no fue secreto el Manifiesto del Doctor Henna. Su contenido, expuesto en la carta dirigida al Capitán Rivero que aquí reproducimos, llegó sin hacer eco a todo el liderato político del país, ni aún en quien debió dejar mayor constancia: el Doctor Barbosa y sus subalternos.

El estudio más somero de estos documentos deja a las claras que el partido anexionista lo organizó el espionaje norteamericano en Puerto Rico en pleno régimen español. Demuestra a las claras la penetración del independentismo por dicho espionaje. Y prueba hasta el aburrimiento que el sistema electoral es un proceso plebiscitario continuado para llevar a Puerto Rico a su liquidación nacional.

Se publican además algunas reiteraciones antielectorales con nueva actualidad. No creemos que el porvenir inmediato de la lucha por la independencia deba ser jamás cedido al elemento aleatorio, y mucho menos en condiciones, armas, lugar y fechas escogidas por el enemigo. Hemos de recordar por millonésima vez que se dan en toda política cuatro elementos indispensables: principio, objetivo, estrategia y táctica.

Nadie se atreve negar que no se pueden alterar los principios sin traicionarlos. Pero a la estrategia y la táctica se les echa encima toda clase de justificaciones. La estrategia es la ciencia de movilización de las reservas de un movimiento.

Por lo mismo, la estrategia de un movimiento revolucionario para la conquista de su objetivo puede ser alterada sin que obligatoriamente se traicionen los principios, o se renuncie al objetivo, si se ha cambiado por otra estrategia igualmente revolucionaria. Lo mismo, y con mayor razón, puede decirse de la táctica. La táctica se basa en la ley de auge y repliegue del proceso revolucionario. Va sin decirse que por lo mismo el margen de alteración es aún más amplio y justificado en la táctica que en la estrategia. Por lo mismo, debe vigilarse cuidadosamente, para que cualquier cambio táctico se mantenga estrictamente dentro del campo revolucionario.

La división entre estrategia y táctica en el arte y ciencia de la guerra ha sido siempre muy clara. Pero en política su delimitación definitiva se da a partir de Lenin. Lenin fue un maestro en ambas, no solo en su delimitación teórica, también en su práctica. Pero Lenin jamás cambió de una estrategia o una táctica revolucionaria

a otra que no fuese igualmente revolucionaria. Nunca cambió una estrategia o una táctica revolucionaria por una estrategia o una táctica reformista. Si lo hubiese hecho habría, con ello y por lo mismo, traicionado sus principios marxistas revolucionarios y alterado su objetivo revolucionario: la dictadura del proletariado.

Las elecciones constituyen en elemento táctico para mantener el statu quo: para sostenerlo en su estado presente o prolongarlo mediante la introducción de reformas. Es un sistema reformista y contrarevolucionario en su esencia.

Las elecciones coloniales son el sostén del coloniaje; no son instrumento para destruirlo. Alejan la independencia y no la acercan. No son bisturí para extraer a la patria el maligno tumor del coloniaje. Son ventosas. Son tranquilizantes.

Estamos aun a tiempo de evitar la repetición de errores. A eso van dirigidas estas advertencias.

Las elecciones coloniales y el boicot electoral (1949)

En anterior capítulo explicamos como el imperialismo, apoderado por la fuerza de las armas de nuestro territorio nacional, usó la miseria sembrada en el país por el atraco del canje de la moneda para lanzar a los puertorriqueños los unos contra los otros. Como subsuelo de la división de los puertorriqueños en fraticida lucha electoral está la quiebra de nuestra economía a manos del imperialismo. Pero otros factores se interrelacionan en la consecución de la catástrofe. Señalaremos uno de determinante importancia.

Los apologistas de la democracia parlamentaria hacía muchos años que propagandizaban en Puerto Rico la virtud ciega del sistema electoral yanqui. La creación y estabilización de un sistema electoral amplio era en Puerto Rico, como en toda la America Latina, una necesidad y una aspiración del pueblo. Los yanquis encontraban un núcleo de opinión favorable a la sistematización electoral. Pero el pueblo, desorientado por sus líderes, no veía, desgraciadamente, que se jugaba su vida histórica a unos dados cargados que cada vez que se tiran dan colonia. Arrastrado por su falso liderato a correr ilusionado tras el cruel espejismo democrático, el país se

lanzó a la jugarreta yanqui con el ímpetu suicida con que el toro embiste la espada del lidiador.

Mas la columna que sostiene a la democracia parlamentaria es la soberanía nacional. Sin soberanía no hay tal democracia.

Los yanquis ganaron una partida de largo alcance. El sistema electoral, fundado por ellos para garantizarse su ocupación del país, sigue en pie todavía, con tanto éxito, como que, hace solamente unos meses, un núcleo puertorriqueño llevó a las urnas a un partido político hechizado con la ilusión de que estaban dando una batalla por la independencia.

Las ganancias que el imperialismo devenga cada vez que los puertorriqueños, desoyendo la voz de nuestra historia, de la experiencia y el desinterés patriótico, van a votar en las elecciones coloniales que el congreso yanqui ordena que se celebren en Puerto Rico cada cuatro años, montan, en metálico, a miles de millones de dólares. No vamos a entrar en esas estadísticas ahora. Pero vamos a señalar las enormes ganancias políticas que el imperialismo devenga de la concurrencia a las elecciones coloniales.

1. La consigna de todo imperio para mantenerse sojuzgado a un pueblo es siempre la misma: divide e impera. Con la implantación de la lucha electoral el imperialismo dividió a los puertorriqueños y los mantiene divididos hasta tanto los puertorriqueños le rompamos la máquina uniéndonos para combatirlo fuera de su maquinaria electoral. Las elecciones constituyen por excelencia el arma de dominación política de Puerto Rico por el imperialismo yanqui.

Al aceptar la concurrencia a elecciones los puertorriqueños aceptan esa dominación de Estados Unidos sobre su patria.

2. El gobierno de Estados Unidos sabe que la conciencia moral y la sabiduría jurídica del mundo entienden que se apoderó de Puerto Rico por un acto de fuerza y violencia, y mantiene a Puerto Rico en sumisión colonial mediante el uso de la fuerza y violencia organizadas en todo su sistema imperialista colonial fundado en el poder de su economía al amparo de sus fuerzas armadas. Es decir que el gobierno de Estados Unidos sabe que no tiene derecho a gobernar a Puerto Rico. La responsabilidad de este acto brutal de imposición imperialista es enteramente suya pero, velando por su prestigio internacional desea descargar sobre los puertorriqueños

la responsabilidad de su esclavitud. Al concurrir a las elecciones los puertorriqueños dan a Estados Unidos la excusa para reclamar que los puertorriqueños son esclavos por propia determinación.

3. Como Estados Unidos sabe todo esto, y no quiere que haya lugar a dudas sobre el consentimiento de los puertorriqueños a que Estados Unidos los gobierne, ha determinado que cada cuatro años los puertorriqueños ratifiquen la autoridad de Estados Unidos a seguir gobernando a Puerto Rico.

4. Como la ciudadanía es el sello de la nacionalidad que Estados Unidos impuso a los puertorriqueños, mediante una ley de congreso, una ciudadanía yanqui-colonial, para negar así, con la negación la yanquización de los puertorriqueños. Cuando los puertorriqueños votan en las elecciones, en obediencia a una ley del congreso yanqui, votan no como puertorriqueños, sino como yanquis, de lo cual devenga el imperialismo ganancia de que cada elector que vota es un elector que niega la ciudadanía puertorriqueña, y acepta con ese voto su yanquización.

5. Para gobernar a Puerto Rico, el imperialismo creó mediante una ley de su congreso, una corporación llamada “El Pueblo de Puerto Rico”. Ese pueblo de Puerto Rico no es el pueblo de Puerto Rico del cual todos nosotros somos parte natural, no es este pueblo que nace y que renace, que canta y sufre y lucha y nunca muere. Ese “pueblo de Puerto Rico” es el nombre de una persona jurídica creada por el congreso de Estados Unidos, es una corporación yanqui. Dentro del cuerpo de esa corporación se contienen todos los artículos que crean las instituciones imperialista-coloniales que el imperialismo necesita para mantener a Puerto Rico en esclavitud.

Pero la institución imperialista colonial clave, sin la cual todas las demás se vienen abajo, es la concurrencia electoral mediante las elecciones el imperialismo mantiene a los puertorriqueños divididos en partidos políticos en lucha por el presupuesto. Con ellos se aseguran ya la dominación, puesto que citado y conocido es ya el lema de todo imperio: divide y vencerás. Mediante las elecciones el imperialismo bebe nuevas energías cada cuatro años para seguir despotizando a Puerto Rico.

Esas nuevas energías se las da el propio pueblo puertorriqueño concurriendo a las urnas. Mediante las elecciones el imperialismo obtiene que el pueblo puertorriqueño acepte que se descargue

sobre sus hombros la responsabilidad de su coloniaje, ayudando al prestigio internacional de Estados Unidos, robusteciendo la fuerza política mundial de su dominador extranjero no sólo sobre sí mismo sino también sobre los pueblos latinos de América y los demás pueblos del mundo amarrados a la cadena mundial del imperialismo, y a cuya cabeza está Estados Unidos.

Mediante las elecciones Estados Unidos obtiene que el pueblo aparezca negando su natural ciudadanía, aceptando, con la aceptación de la ciudadanía yanqui, que no son puertorriqueños y sí yanquis, y negando la nacionalidad puertorriqueña. Con la concurrencia de los puertorriqueños a las elecciones el gobierno yanqui obtiene que cada cuatro años ratifiquen el “derecho” de ocupación de Estados Unidos sobre Puerto Rico, ratifiquen su coloniaje, y le extiendan un nuevo plazo para seguir despotizándolos. Las elecciones constituyen pues, el centro de vida política del imperialismo en Puerto Rico, el nudo gordiano trenzado alrededor de nuestro destino, el nudo que hemos de cortar de un solo tajo.

6. Debe añadirse a todo esto la ganancia neta que obtiene el imperialismo con la concurrencia de los puertorriqueños a las urnas y que se contiene en la absoluta inutilidad puertorriqueña de las elecciones. Es decir que, siendo las elecciones el centro del cuerpo de las instituciones imperialistas-coloniales en Puerto Rico, y conteniéndose ese cuerpo de instituciones dentro de una corporación creada por el congreso de Estados Unidos, brutal y autodeterminadamente erigido en depositario de la soberanía puertorriqueña, desde luego que el poder político que en Puerto Rico rige no reside en el pueblo puertorriqueño sino en el Gobierno de Estados Unidos, por lo cual el poder político nunca entra en controversia en las elecciones.

Esto determina la absoluta inutilidad, la vacía necesidad de la concurrencia de los puertorriqueños a las elecciones coloniales, en la que se disputan la adquisición de un poder político que no está envuelto en la controversia electoral, que está muy lejos de las urnas coloniales, muy lejos, en Wáshington. Por ello los puertorriqueños que concurren a las urnas electorales, persiguiendo los ideales que quieren perseguir, están haciendo el doloroso y ridículo papel del burro en la noria.

Pero de esta misma inutilidad de las elecciones para los puer-

torriqueños devenga el imperialismo otra ganancia más, y de impar importancia. Se trata nada menos que del momento en que el periodo eleccionario y las elecciones en sí sirven como tubo de descarga de las energías anímicas puertorriqueñas que pasan al basurero de la historia, frustradas, inútiles, dejando el espíritu puertorriqueño desquiciado. Con ellas también se desperdician nuestras energías físicas y nuestros recursos financieros. El imperialismo queda asegurado en su puesto, lozano y rozagante, cuando toda la amenaza que para él representa la pugnacidad imaginativa de nuestro pueblo se ha descargado en el vacío.

Hemos ya delineado, esquemáticamente, las ganancias que para el imperialismo esclavizador significan las elecciones coloniales. Queremos señalar por lo menos dos falsas posiciones de los puertorriqueños, con las que se justifican para concurrir a las elecciones coloniales.

1. Tenemos—dicen algunos—que concurrir a las elecciones, aunque reconocemos que ése no es el mejor camino, por que si nos abstenemos de las urnas, si no votamos, entonces el gobierno es copado por los elementos más antipatrióticos y más reaccionarios del país, y por yanquis, mientras el pueblo queda huérfano de la relativa protección que le garantiza la intervención en el gobierno de la colonia, del elemento patriota y progresista del país.

La falsedad de esta posición salta a la vista releendo el examen del contenido de las elecciones coloniales que acabamos de hacer. Esa es una posición reformista colonial denigrante, absurda y criminal, fundada en un desconocimiento absoluto de la capacidad y la fuerza revolucionaria del pueblo puertorriqueño, y de su potencialidad mundial; es una posición fundada en un desprecio insultante al pueblo puertorriqueño. Partiendo del punto de vista de que nada puede hacerse si no conformarnos con lo que el imperialismo yanqui nos dé, y tallando con esa situación lo mejor que podamos, ese juicio lleva a la posición de esclavitud permanente predicada y mantenida por todos los reformistas criollos a cuya cabeza andan hoy Luis Muñoz Marín y sus partidarios. La experiencia de la historia nos demuestra, tal y como el examen histórico que hemos hecho prueba, que tal posición lleva a la destrucción de todas nuestras posibilidades y nos invita al mediar el Siglo XX a la liquidación de la nacionalidad puertorriqueña, tal y como en

1897, con Muñoz Rivera y los autonomistas, nos empujó a la frustración del proceso revolucionario histórico del Siglo XIX y la degradación de la ocupación yanqui.

Toda la tragedia del país estriba en haber el pueblo puertorriqueño aceptado la guía de esa posición reformista, desde Celis Aguilera y Pedro Gerónimo Goyco, hasta Luis Muñoz Marín. La historia está a la vista, escrita en el rostro de los puertorriqueños y rubricada por las cadenas coloniales que todavía arrastramos.

2. Otra falsa posición de algunos puertorriqueños frente al problema de la concurrencia a elecciones coloniales es ésta: Necesitamos concurrir a elecciones porque no podemos ir a la revolución. Esta posición funda en el derrotismo, en la ciega desconfianza en la capacidad revolucionaria del pueblo, en falta de fe en las masas, en confundir lastimosamente el triunfo circunstancial de la propaganda imperialista-colonial con la enorme, inconmesurable potencialidad revolucionaria del pueblo puertorriqueño.

Para sostener esa falsa posición sus mantenedores pasan a una argumentación histórica que es a todas luces una interpretación errónea de antecedentes históricos.

Arguyen estos puertorriqueños que la independencia de Puerto Rico puede lograrse por medios pacíficos (léase electorales) “en paz y armonía” con el pueblo de Estados Unidos (léase con el asentimiento del imperialismo yanqui). Por lo cual no únicamente es innecesario, sino además lesivo, a los intereses de la independización de Puerto Rico, todo planteamiento revolucionario del problema.

He aquí el primer falso argumento en favor de su tesis. Ciertamente cuando la flota de guerra yanqui bombardeó nuestra capital sin aviso en mayo de 1898, los puertorriqueños no habíamos hecho violencia alguna al gobierno yanqui. Cuando entraron a tiros por Guánica, ninguna violencia le habíamos hecho los puertorriqueños. La retención de nuestro país en sus manos por la fuerza de las armas, el secuestro de nuestra soberanía, el atraco del canje de la moneda, la destrucción de nuestra economía, el atentado contra nuestro idioma y nuestra cultura, son actos de violencia cometidos por el imperialismo.

La prisión de los periodistas puertorriqueños a raíz de la invasión; el azuzamiento de la guerra civil entre federales y republicanos primero, y entre patronos republicanos y unionistas después, y

entre patronos, policías y obreros durante la etapa ascendente del Partido Socialista más tarde; el terrorismo oficial de las épocas de Reilly y de Winship, son testigos de que es el imperialismo el que recurre a la violencia, el asesinato y la masacre, la prisión, el destierro cada vez que los puertorriqueños inician una nueva etapa de lucha seria en defensa del país. Con estos elocuentes testimonios sacados a un vuelo de pluma de la historia de nuestra patria bajo el imperialismo yanqui, no hacemos sino señalar un hecho conocido; la naturaleza rapaz y agresiva del imperialismo, que no le permite rendirse a las requisitorias de derecho de un pueblo sojuzgado sin contestarlas con la fuerza y la violencia. De manera que el grupo de puertorriqueños que se plantea independizar a Puerto Rico por “medios pacíficos” (léase electorales), anda muy equivocado.

Pues a la larga, o contemporiza convirtiéndose en otra brigada de lacayos del imperialismo, o se le viene encima la represión violenta del imperialismo, lo que lo obligará a desbandarse, puesto que el espíritu de sus seguidores, ilusionado con una conquista “pacífica” de la independencia, no estará preparado para encararse al enemigo, ni tendrá preparación material alguna para la contingencia; o, haciendo de tripas corazones, caerá seria y correctamente en el campo revolucionario, que sería terminar alocadamente por donde cuerdamente se debe empezar.

Estos compañeros del campo “pacífico”, del planteamiento de “en paz y armonía”, para que en un futuro quizás cercano adquieran la necesaria capacidad para ser realmente útiles a la patria que pueden, si quieren, ayudar a libertar, tienen que comenzar por deshollinarse el cerebro de todo ese ilusionismo desdichado de la posible obtención de la independencia con palabras y papeles, táctica “pacífica”, electoral, diplomática, exclusivamente legalista que equivale a decir reformista en su esencia. . . fracasada ya en la experiencia histórica de nuestro pueblo y también superada en nuestra conciencia política dirigente.

Otra argumentación errónea de precedente histórico que estos mismos amigos plantean es la llamada “transformación de las instituciones coloniales en instrumentos de independización”. Según este argumento se da por sentado que un partido político defensor firme y honesto de la independencia concurre a las elecciones coloniales y “pacíficamente”, “en paz y armonía”. Entonces trans-

forman las elecciones esclavizadoras en elecciones libertadoras, pues se apoderan del aparato administrativo de la colonia, se apoderan del presupuesto colonial, y usan aquéllas y éste para luchar políticamente contra el imperialismo.

En primer lugar, los que esto plantean, además de caer en todo el ilusionismo sobre la naturaleza del imperialismo que ya dejamos señalado, se olvidan que no votaron como puertorriqueños, si no como yanquis, y para votar tuvieron que firmar bajo juramento un “affidavit” en el cual se reafirman fieles y leales ciudadanos yanquis, con lo cual bastaría para que el imperialismo no tuviera ni siquiera que recurrir a las armas para liquidar su primera tentativa independizadora, si no que, operando el imperialismo dentro del mismo marco legalista por él creado y aceptado por estos “libertadores”, le bastaría un simple enjuiciamiento por perjurio para hacerlos aterrizar—y sin paracaídas—en las mazmorras del presidio.

Pero es que aún admitiendo que les permitieran ganar las elecciones, y que no los encarcelaran por perjurio; ni la Suprema Corte en Washington, ni el Congreso yanqui; ni el Presidente de Estados Unidos, intervinieran por decisión, resolución, o decreto declarando nulas las elecciones (como pueden hacerlo dentro del marco legal imperialista-colonial en que estos “libertadores” se han metido como dentro de una camisa de fuerza) , aún admitiendo todo esto, que es desde luego imposible admitir, el planteamiento resulta falso por la falsedad del precedente histórico en que se funda.

Para darle validez de experiencia histórica estos amigos recurren a dos hechos históricos bien conocidos. Pero al examinar ambos procesos históricos citados veremos que el paralelismo con la situación puertorriqueña es absurdo.

En primer lugar los mantenedores de esta posición afirman que así se produjeron los pueblos hispanoamericanos a principios del Siglo XIX, logrando finalmente su independencia.

Efectivamente, los pueblos hispanoamericanos hoy independientes, usaron las instituciones coloniales de los virreinos y las capitanías generales—especialmente los cabildos—para luchar políticamente por la independencia. Y se independizaron del Imperio Español posteriormente.

Pero tal suceso feliz no es aplicable como precedente a la situación puertorriqueña presente. Cuando los hispanoamericanos empezaron a usar las instituciones coloniales para luchar política-

mente contra el imperio español, no tuvieron que lanzarse a una lucha política previa con la bandera de la independencia en la mano para conquistarlas primero y volverlas luego contra el Imperio. Los hispanoamericanos estaban en ellas por concesión de la Corona.

Tal hecho en sí altera todo el cuadro en comparación con la posición de este grupo de independentistas boricuas que tiene primero que declararse por la independencia y después lanzarse a conquistar las posiciones coloniales proclamando a los cuatro vientos que las van a usar para combatir contra el imperialismo.

Cuando los hispanoamericanos empezaron a usar las instituciones coloniales que tenían en sus manos por concesión del Imperio a su lealtad, España se había quedado sin gobierno a manos de Napoleón, que había secuestrado a Fernando VII y ocupado militarmente la Península. Tal situación desde luego facilitaba y precipitaba el proceso separatista hispanoamericano. En esa etapa de formación del movimiento libertador los hispanoamericanos ni siquiera se enfrentaban a un gobierno español . . . pues éste no existía.

Resulta ridículo afirmar que no es ésa la situación que espera a los puertorriqueños que hacen el planteamiento que venimos discutiendo. Ni Estados Unidos está ocupado militarmente por el Brasil, ni Truman está prisionero en Río de Janeiro.

Y ni qué decir que, al fin y al cabo, no fueron los cabildadores los que independizaron a nuestra América con discursos y papeleñas si no los bravos revolucionarios que mandaron a los cabildadores al infierno y se cruzaron a tiros con los regimientos españoles luego de despertar la conciencia revolucionaria del pueblo.

El otro caballo de batalla para establecer un precedente histórico a la teoría electoral, de los “medios pacíficos” y “legales”, de la “paz y armonía”, de “la paz y el orden”, es Filipinas.

Según estos defensores de la independencia el caso de Filipinas es elocuente y aleccionador. Los filipinos no ganaron su independencia peleando con Estados Unidos, sino en lucha política, pacífica en “paz y armonía”, con los yanquis. Así los filipinos, funcionando en partidos políticos separatistas, ganaron elecciones, usaron las instituciones coloniales y el presupuesto para luchar por la independencia por lo cual el “decente, bondadoso, paternal, democrático”, imperialismo yanqui, no reparó en reconocer la independencia de las Filipinas.

Esa es leyenda propagada por el Departamento de Estado del gobierno de Estados Unidos. No debe ningún patriota puertorriqueño hacerse eco de ella. La Historia de la Independencia de Filipinas es otra, y por lo mismo, no sirve de precedente histórico al planteamiento en Puerto Rico.

Cuando los yanquis desembarcaron en las Filipinas, los filipinos luchaban a mano armada por independizarse de España. Al darse cuenta de que la intención yanqui era substituir al dominador español los filipinos se les enfrentaron con los armas en la mano. Azorados por lo que la tenaz y heroica defensa filipina pudiera costarles en el prestigio internacional los yanquis hicieron una proposición a los filipinos, la cual éstos, a punto ya de quemar su último cartucho heroicamente, tuvieron que aceptar: tal proposición incluyó el reconocimiento público del gobierno de Estados Unidos del derecho de Filipinas a organizarse en nación libre, soberana e independiente en el futuro, y el compromiso formal del gobierno yanqui a reconocer la independencia de Filipinas y a ayudar a los filipinos en el camino hacia la organización de su independencia. He aquí el sentido de la rendición de Aguinaldo. No ocurrieron así los hechos en Puerto Rico a fines del siglo pasado. Los reformistas de aquella época mandados por Muñoz Rivera, habían minado el campo revolucionario, poniendo al país a disposición de los nuevos amos. El pueblo puertorriqueño no se insurreccionó. Muñoz Rivera hablaba en “latín de Barranquitas”, no en el idioma de fuego patriótico de los filipinos.

Por lo tanto, Estados Unidos no fue obligado a contraer un compromiso de esa índole lo cual explica la desfachatez y el cinismo con que afirman “Estados Unidos no ha prometido a Puerto Rico nada que no haya cumplido”. Pero aún después de este formal compromiso Estados Unidos hizo lo indecible por deshacerse de él. Lejos de ayudar al pueblo filipino en el camino de la independencia, penetró su economía y degeneró cuanto filipino fue susceptible de degeneración para volverlo contra su patria.

Dice mucho sin duda la firmeza del liderato filipino en general para mantenerse alerta sobre la hora de su independencia. Y dice más aún la firmeza patriótica del pueblo filipino que no permitió que su liderato en general se descaminara.

Mas no fue por gusto y gana, ni por bondad, ni decencia del imperialismo que en 1936 el congreso yanqui aprobó la Ley que

organizaba la Mancomunidad Filipina como paso transitorio hacia la independencia, fijada a diez años plazo. Todo este regimen de transición, toda esta espera cruel de 10 años, impuestos al pueblo filipino, eran imposiciones del imperialismo logradas mediante la penetración de la economía filipina, mediante penetración en las filas del liderato filipino, pero que constituían cesiones del imperialismo al pueblo filipino que hacía repercutir desde el fondo de sus entrañas su impaciente rugido patriota.

Efectivamente, la gran crisis del capitalismo yanqui había repercutido hondamente en el pueblo filipino formando un fermento revolucionario que era amenaza tanto para el imperialismo como para los grandes ricachones criollos que engordaban a la orilla de los cañaverales mientras los obreros y los campesinos dialogaban con el hambre. En las montañas de Luzón y Mindanao hervían químicas muy peligrosas. Y por sus entrañas se buscaban el gran pueblo una mente estelar, como Rizal, o el brazo de un Aguinaldo incapaz de transacciones. Efectivamente, en mayo de 1935, el imperialismo yanqui ahogó en sangre una insurrección patriótica.

Y aún detrás, perfilándose amenazadoramente en un horizonte histórico que fatalmente describiría forma meteórica en Pearl Harbor, levantaba una figura de acorazado de guerra el Imperio de Hirohito. Así, lucha esquineadora del liderato político, fermento revolucionario y amenaza insurreccional, más miedo internacional, obligaron a Estados Unidos a fijar una fecha para el establecimiento de la República de Filipinas.

Mas después de todo esto, y después que el pueblo filipino pagó, con increíble prueba de heroísmo e insospechable cuota de sangre, el precio de su independencia peleando aliado a los yanquis contra los japoneses—y no pelearon los filipinos, como creen algunos necios, por salvar la “democracia americana”, si no para asegurarse su independencia—aún recordamos los hipócritas preludios con que los imperialistas yanquis comenzaron a sondear la opinión filipina por ver si posponían el reconocimiento de la independencia. Fue después de toda esa lucha, de todo ese heroísmo, de toda esa sangre, que los yanquis le reconocieron a los filipinos la independencia que ahora tienen. Esa independencia que ahora tienen la ganaron los filipinos con las armas en la mano, no pacíficamente, no “en paz y orden”, no “en paz y armonía”.

Tampoco es comparable la situación filipina con la puertorriqueña, en la parte de desarrollo histórico ocurrida después del prólogo insurreccional de Aguinaldo.

En 1936, cuando los filipinos ganaban la fijación de fecha para su independencia, Puerto Rico luchaba heroicamente por la suya. En ese mismo año, los entonces independentistas “pacíficos” de “en paz y armonía”, frustraron la plenitud del proceso independizador traicionando la causa revolucionaria en la Asamblea Liberal de Yauco y, dividiendo las fuerzas del pueblo separatista en las elecciones de 1936, entregaron al país nuevamente al disfrute de “la paz y el orden”, léase dominación política y explotación económica del imperialismo.

Puerto Rico necesita de paz y armonía para hacer su independencia, pero es de paz y armonía consigo mismo, de esa paz interior que asegure ese sereno y capaz mando revolucionario que brota de la gran armonía de las masas en acción. Y necesita desenvolver su vida para siempre en paz y orden, pero es en la paz de su independencia lograda y en el orden dirigente de su revolución libertadora, que debe realizarse en el entendimiento clarísimo de que no hay estado de libertad que no sea infinitamente superable.

Tales condiciones de bien puertorriqueño, de independencia lograda y posibilidad de función para los puertorriqueños como superadores constantes de toda libertad lograda, presuponen, necesariamente, la previa destrucción revolucionaria de “la paz y el orden” presentes, que son “la paz y el orden” del imperialismo esclavizante explotador.

El fondo esclavizante de las elecciones, y la experiencia que con ellas ha vivido nuestro país, aconsejan severamente abandonar la concurrencia a elecciones y adoptar el retraimiento electoral y el boicot, como táctica política de lucha por la independencia. Resuelto ya retraerse de las urnas coloniales el movimiento de independencia verá cómo le fluyen naturalmente de su resolución las formas de organización, cómo se eslabonan progresivamente las etapas de lucha, cómo el problema se resuelve, cómo se arría para siempre la bandera del imperialismo y cómo se levanta triunfadora la bandera de la Patria.

Frente a la negatividad apabullante de las elecciones coloniales presentamos ahora la positividad inmovible del retraimiento y el boicot a las elecciones.

1. Las elecciones son la división entre los puertorriqueños en beneficio del imperialismo. Más elecciones, más división. Más división, más daño para Puerto Rico y mayor bien para el imperialismo. La consigna del retraimiento y el boicot electorales es de suyo tan fuerte y clara que, desde el primer grado de unidad que produce es unidad tan pura y fuerte, tan depurada de ambiciones presupuestales, de gloria falsa, de figurantismos ridículos, que de por sí asegura a los núcleos iniciales un poder de cohesión y de combate incomparables al de grupos electorales. En el uso de la táctica del retraimiento y el boicot electorales el pueblo se asegura a sí mismo el desarrollo de un liderato verdadero y fuerte, probado en la lucha por su honradez, su capacidad de sacrificio y abnegación por el bien de todos, probado en su vigor de carácter y la valentía necesaria para enfrentarse al enemigo común. Además, jamás se ha visto un pueblo dividido unirse a base de palabras. El artículo de periódico, el discurso de tribuna, la conferencia, la hoja suelta, la radiodifusión, son factores valiosos de ayuda y ampliación del criterio de lucha. Pero el planteamiento electoral reduce necesariamente, en lo fundamental, el artículo de periódico, al discurso de tribuna, a la hoja suelta, a la radiodifusión, en instrumentos de propaganda. Nadie desmerece los valores de la propaganda. Pero la sola propaganda no es suficiente para independizar a un pueblo, ni para unirlo. En cambio, el planteamiento anti-electoral añade inmediatamente a la propaganda el elemento valiosísimo de la agitación. La agitación sostenida lleva inevitablemente a la acción. Y es en la acción que los pueblos desunidos se unen. Desde luego que sostenemos que la concurrencia electoral en Puerto Rico no es acción, ni siquiera acción política: es inercia colonial, es insuficiencia para deshacerse de los patrones establecidos e impuestos por el enemigo yanqui. El planteamiento de la táctica anti-electoral, pues, produce de inmediato un grado de unidad, de cohesión, de poder de luchas superiores, entre sus seguidores; amplía ese poder viendo el pueblo que esa táctica se deshace de un liderato falso y vacilante, para entrar y sufrir por el bien de todos y para enfrentarse al enemigo común.

El planteamiento anti-electoral garantiza al pueblo un liderato intelectualmente superior, pues, en contraste con la mentalidad del liderato electorero, el planteamiento anti-electoral requiere desde el momento en que se concibe un intelecto superior por su libertad de concepción que le capacita para concebir activamente a la patria

funcionando fuera de las cadenas coloniales con que el imperialismo amarra al país: un intelecto capaz de concebir de antemano libre a su Patria. Esta libertad, esta emancipación del intelecto nacional comenzará en el retraimiento, se vivificará y encontrará su plenitud en la lucha y su plena maduración nacional en la independencia.

2. El rechazo de la concurrencia a elecciones deposita íntegramente en las manos del gobierno de Estados Unidos, sin sombra de excusa alguna, el coloniaje de Puerto Rico. Paralizado el colaboracionismo sancionado electoralmente por el pueblo, Estados Unidos verá su prestigio internacional lesionado, su “democrática” hipocresía quedará al desnudo, y tendrá por vez primera que asumir una posición de responsabilidad ante los puertorriqueños y ante el mundo.

3. Rechazando las elecciones el pueblo puertorriqueño rechaza ratificar su estado de coloniaje, paraliza la maquinaria colonial y enrumba hacia la independencia.

4. Rechazando la participación en las elecciones el pueblo puertorriqueño niega la denigrante ciudadanía yanqui que el imperialismo le ha impuesto como un letrero infamante colgado a su pecho, reafirma la honrosa ciudadanía puertorriqueña y desmiente su alegada yanquización.

5. Rechazando la participación en las elecciones la nación puertorriqueña rechaza la alegación falsa de que el congreso de Estados Unidos es el depositario de nuestro destino y de nuestro poder político, reafirmando la verdad de que el pueblo puertorriqueño es el dueño único de su destino y la fuente única de poder político en Puerto Rico. Tal hecho asegura la soberanía puertorriqueña; anuncia un acto de soberanía; debilita el poder del imperialismo; y entra nuestra patria inmediatamente en función de fuerza libertadora mundial puesto que el debilitamiento del imperialismo que su acción libertadora produce es un factor de debilitamiento de la cadena mundial del despotismo imperialista encabezado por Estados Unidos.

6. Frente a la inutilidad absoluta de la participación electoral, que amarra al país dentro de la camisa de fuerza de las instituciones imperialista-coloniales, que hace vaciarse las energías anímicas de los puertorriqueños en el basurero de la historia, la lucha anti-electoral, la no participación en las elecciones y el boicot a las elecciones recoge y encausa las energías anímicas de todos los puertorriqueños como en una enorme represa de conciencia nacional, de ímpetu

revolucionario, y las transforma en fuerza motriz de nuestra historia y de la historia de la Humanidad, poniéndolas al servicio de nuestra independencia y al servicio de la libertad de las tres cuartas partes de la Humanidad que sufren bajo el despotismo de la cadena mundial del imperialismo encabezado por Estados Unidos. Puerto Rico es la vanguardia anti-imperialista de América y toda la América Latina es nuestra deudora de lucha. Las fuerzas que mueven la historia nos han colocado en esa posición y hemos de honrarla brillantemente. Nos debemos a nosotros mismos el deber ineludible de independizarnos del yugo imperialista de Estados Unidos ayudando de este modo a nuestras hermanas naciones de la América Latina a deshacerse enteramente del dominio del capital monopolista yanqui que limita sus soberanías, encoge sus actividades internacionales y lesiona su conducta histórica. Con el boicot electoral aseguraremos nuestra independencia; asegurando nuestra independencia levantamos el nivel político de lucha en toda la América Latina; nuestra lucha revolucionaria por la independencia misma enervará con nuestro ejemplo a los pueblos latinoamericanos empujándolos a una lucha anti-imperialista más profunda. Con el desarrollo de una lucha anti-imperialista más profunda en toda la América Latina debilitaremos al enemigo común de nuestros pueblos; ayudaremos a la final liquidación del imperialismo y el coloniaje en el mundo entero ayudando así a la organización de una sociedad universal verdaderamente libre, en una libertad eternamente superable, que es el verdadero ideal del hombre en la tierra y en cuya esfera luminosa se contienen los ideales sacrosantos de los padres de nuestra patria y de nuestra América: de Betances; de Hostos; de Bolívar; de Martí; de Artigas y de Morazán: La Confederación de las Antillas y la unidad latinoamericana.

Pero antes que todo este glorioso programa de acción histórica pueda empezar a funcionar hemos de recordar que el paso previo es la liberación del espíritu del pueblo. Y esa liberación comienza desatándolo de la inercia esclavizadora de las elecciones.

¡A preparar desde ahora, pues, el boicot electoral!

(Corretjer, Juan Antonio, *La Lucha por la independencia de Puerto Rico*, Primera Edición, 1949, páginas 106-121)

Orígenes Del Plebiscito (1967)

(Un documento secreto, los partidos políticos son hijos del espionaje y la traición)

El pueblo puertorriqueño, y aún los independentistas en su mayoría, han sido mantenidos en la ignorancia sobre un asunto de la mayor importancia en la historia de nuestra patria. En el fondo está el proyecto de celebrar un plebiscito en Puerto Rico y la organización de los partidos políticos bajo el régimen imperialista yanqui. Una red de mentiras y medias verdades, cuando no el total silencio, ha bajado el telón sobre este aspecto del drama puertorriqueño. A ello se prestaron siempre los organizadores de los partidos políticos y también los que han tenido en su mente proyectos ocultos de organización partidistas.

Un documento secreto

Cuando Puerto Rico iba a ser invadido por las tropas yanquis, al general Miles, jefe de la expedición invasora, se le entregaron ciertas instrucciones secretas. Estas instrucciones secretas, supletorias de las que se darían a conocer públicamente tal y como la tristemente célebre y muy repiqueteada proclama al pueblo puertorriqueño dirigida por el jefe invasor, dan la clave sobre la política de mala fe, intriga y ofensa contra los puertorriqueños.

Esas instrucciones secretas despachadas el 4 de febrero de 1898 por la Secretaría de la Guerra en Wáshington, dicen así:

Instrucciones Supletorias

“Esta Secretaría, de acuerdo con la de Estado y Marina, se cree obligada a completar las instrucciones que sobre la parte de la organización militar de la próxima campaña le tienen dada con algunas observaciones e instrucciones relativas a la misión política que

como General en Jefe de nuestras fuerzas recaerá en usted.

“El problema Antillano se presenta bajo dos aspectos: el uno relativo a la Isla de Cuba; y el otro a Puerto Rico; así como también son distintas nuestras aspiraciones y la política que respecto a ellas han de desarrollarse”. (Suprimimos la parte correspondiente a Cuba para concentrar en este momento, en lo puertorriqueño.)

“Puerto Rico es una Isla feracísima, estratégicamente situada en la extremidad oriental de las Grandes Antillas, y a mano para que la nación que la posea sea dueña de la vía de comunicación más importante del Golfo de México, el día que no tardará en lucir gracias a nosotros, en que sea un hecho la apertura del Istmo de Darién.

“Esta Isla tiene cerca de un millón de habitantes, de raza blanca, negra y mezclada, pero laboriosa y mansa. Esa adquisición que debemos hacer y conservar, será fácil, pues al cambiar la soberanía considero que tiene más que ganar que perder, por ser los intereses allí existentes más cosmopolitas que insulares”. (Se refiere a los grandes intereses comerciales franceses, ingleses, holandeses y alemanes radicados en Puerto Rico en aquel entonces. Los tres primeros operaron sistemáticamente como agentes de información y espionaje a favor de Estados Unidos desde mucho antes de la invasión.)

Los medios

Sigue diciendo el documento:

“Para la conquista habrá que emplear medios sumamente suaves, extremando en nuestra ocupación del territorio, con exquisito celo, el cumplimiento de todos los preceptos de la guerra entre naciones civilizadas y cristianas, llegando solo en casos muy extremos al bombardeo de algunas plazas fuertes.

“Para evitar conflictos, las fuerzas de desembarco lo efectuarán aprovechando en lo posible los puntos deshabitados de la costa sur”.

Proyecto de Plebiscito

“Recomiendo a Usted”—continúa la Secretaría de la Guerra instruyendo al General Miles—“muy eficazmente procure ganarse por todos los medios posibles el afecto de la raza de color, con

doble objeto: primero, para procurarnos su apoyo en el plebiscito sobre la anexión, y segundo, teniendo presente que el móvil principal y objetivo de la expansión de los Estados Unidos en las Antillas es resolver de una manera eficaz, rápida y humana, nuestro conflicto interior de razas, conflicto que cada día aumenta merced al crecimiento de los negros. Conocidas las ventajosas circunstancias para ellos en las Indias Occidentales (las Antillas), una vez éstas en nuestro poder, no tardarán en ser inundadas por un desbordamiento de esa inmigración.

“Resumiendo: nuestra política se concreta en apoyar siempre al más débil contra el más fuerte hasta obtener el completo exterminio de ambos”.

(Tomado al libro de Andrés Rodríguez Vera, Federación Obrera Panamericana, *Apuntes Sobre el Problema Político de los Países de Habla Española en América*, Editorial “La Democracia”, San Juan de Puerto Rico, 1924, páginas 14 y 15. El documento completo en la *Historia de España en el Siglo XIX*, de PiMargall.)

Los Medios

Copiado este documento, Rodríguez Vera intencionalmente dice de corrido:

“Los hombres capacitados para constituir gobierno en Puerto Rico se dividieron en dos grandes partidos políticos (el Republicano y el Federal) y ambos tenían en sus respectivos programas como aspiración la de laborar para que la Isla fuera admitida como un estado de la Unión”.

Rodríguez Vera, testigo presencial de los hechos, describe así el ambiente en que se celebran las primeras elecciones (de intención tanteadoras de un plebiscito) en Puerto Rico:

“Una serie de atentados y crímenes no presenciados nunca en la Isla se sucedieron en poco tiempo. . . y luego, por una serie de sucesos lamentables que patrocinó el gobierno de Estados Unidos la minoría, el partido que contaba con menos votantes y de menos responsabilidad moral y económica, ocupó el poder con la protesta de la casi totalidad de los habitantes de la Isla”. (*Obra citada*, página 15.)

Ese partido que representaba a la minoría contra la mayoría, “que contaba con menos votantes”, que ocupó el poder “con la protesta de la casi totalidad de los habitantes de la Isla”, era el Partido Republicano, dirigido por el Dr. Barbosa y que había reclutado a sus filas a grandes sectores de la población negra y mulata del país. (Recuérdese las instrucciones de la Secretaría de la Guerra al General Miles.)

Frente a éste, se había nucleado lo que Rodríguez Vera llama “La parte moral y económicamente más responsable del país”: es decir la burguesía criolla, acobardada y en plan de traición nacional, que acaudillaba Muñoz Rivera.

“Resumiendo: Nuestra política”—así terminan las instrucciones secretas de Wáshington al general Miles—“nuestra política se concreta en apoyar al más débil contra el más fuerte hasta obtener el completo exterminio de ambos”

En este caso, la liquidación de la población negra y mulata de Puerto Rico como fuerza política popular y coherente y la liquidación también de la burguesía como una fuerza política y económica coherente.

Tal ha sido el singular triunfo que los líderes de esos partidos políticos de Puerto Rico originados en el espionaje y la traición nacional, movida a su gusto por las instrucciones secretas dadas al general Miles y todavía vigentes, dieron y dan al imperialismo yanqui.

Tomado de El Socialista, 15 de julio de 1967.

¿Y después de las elecciones... qué? (1961)

Pregunta: ¿Qué es el retraimiento?

Respuesta: El retraimiento es el acto voluntario y consciente de no votar, por motivos patrióticos y políticos.

Pregunta: ¿Y por qué no votar?

Respuesta: El independentista puertorriqueño no debe votar por que las elecciones son un medio para mantener el coloniaje y vigorizarlo.

Pregunta: ¿Por qué las elecciones mantienen y vigorizan el coloniaje?

Respuesta: Por esto: Porque las elecciones son un instrumento creado para mantener el status del presente en todas partes. En Puerto Rico mantienen y robustecen el coloniaje, porque es el presente, el status actual.

Pregunta: Entonces, ¿las elecciones no sirven para cambiar el status?

Respuesta: Esa es la verdad; las elecciones no sirven para cambiar el status.

Pregunta: ¿De manera que si el pueblo de Estados Unidos quisiera cambiar su status, dejar de ser, por ejemplo, una república federal, como es, y convertirse en una Confederación, en la cual los estados tuvieran derecho a la secesión, no podría hacerlo mediante elecciones?

Respuesta: No. No podría hacerlo. Las elecciones se usan en Estados Unidos para conservar, para mantener y robustecer la República Federal; vale decir el statu quo, el status presente.

Pregunta: ¿Y eso mismo ocurre en Puerto Rico?

Respuesta: Sí, eso mismo ocurre en Puerto Rico. Las elecciones son para no cambiar el status, para no alterar el status colonial; para seguir siendo colonia.

Pregunta: ¿Entonces las elecciones no sirven para luchar por la independencia?

Respuesta: No sirven.

Pregunta: ¿Qué es lo que hace que las elecciones no sirvan para cambiar el status?

Respuesta: Su naturaleza.

Pregunta: ¿Qué quiere decir eso de su naturaleza?

Respuesta: Si usted quiere destruir una roca y la golpea con un martillo de goma, pierde el tiempo. La golpea con el martillo de goma y la roca queda intacta. Eso ocurre porque el martillo está hecho de goma y, al hacerse de goma, su naturaleza es de goma, y no fue hecho para destruir rocas. Pues las elecciones fueron hechas de tal manera, con una materia reformista, equivalente a la goma, con respecto a cambiar el status. Luchar por la independencia con elecciones es como golpear la roca con un martillo de goma. Y así como la roca no se rompe dándole con el martillo de goma, así tampoco el coloniaje se acaba dándole papeletazos electorales.

Pregunta: ¿Ha dicho usted reformista? ¿Qué es reformista?

Respuesta: Defensa del cambio social o político por medio de mejoras graduales y fragmentarias de tal naturaleza que conserven y fortifiquen el statu quo.

Pregunta: Pero es obligación votar. Está requerido por la ley. ¿No es verdad, por lo mismo que el retrainimiento es ilegal?

Respuesta: Votar no es obligatorio. No hay ninguna ley que obligue a los puertorriqueños a votar. Por lo tanto, no votar no es delito. El retrainimiento no es ilegal.

Pregunta: Luego, ¿no es verdad que practicar el retrainimiento fue lo que hizo que el Partido Nacionalista fuera perseguido por el gobierno, y lo que llevó preso a Don Pedro Albizu Campos?

Respuesta: No es verdad. El retrainimiento fue adoptado por los nacionalistas en Caguas en diciembre de 1935. Para en-

tonces ya hacía tiempo que el gobierno perseguía a los nacionalistas. Por ejemplo, el 24 de octubre de 1935, dos meses antes que estos adoptasen el retrainimiento cinco líderes nacionalistas habían perecido bajo las balas de la policía en Río Piedras. Albizu Campos no fue enjuiciado y encarcelado por predicar el retrainimiento; fue enjuiciado y encarcelado por una alegada conspiración insurreccional. El Partido no llegó a organizar el retrainimiento.

Pregunta: Sin embargo, no hay elecciones hasta 1972. ¿Para qué preocuparse del retrainimiento ahora?

Respuesta: Porque eso de votar es una rutina a la cual los norteamericanos han acostumbrado a los puertorriqueños para seguir manteniéndolos en coloniaje; es una mala costumbre de la cual tenemos que librarnos. Seguir en una rutina no es difícil. Por lo tanto, es mucho más necesario, mucho más justificado, mucho más razonable, predicar desde ahora, instruir desde ahora, al pueblo acerca de lo que es el retrainimiento, mucho más justo que inscribir un partido colonial.

Pregunta: Pero si no hay ley que obligue a los puertorriqueños a votar, ¿por qué votamos? ¿Por qué hay elecciones?

Respuesta: Lo primero: el voto no es obligatorio en Estados Unidos. Y sin embargo, allá se celebran elecciones cada cuatro años. En Puerto Rico, por lo mismo, colonia yanqui, tampoco es obligatorio el voto. Pero también hay elecciones cada cuatro años. Una ley del congreso de Estados Unidos establece que en Puerto Rico se celebren cada cuatro años elecciones. Para votar en esas elecciones, aquí, el Congreso de Estados Unidos exige que cada votante sea ciudadano suyo. De tal manera, obliga a cada puertorriqueño a desdecir su nacionalidad, su ciudadanía natural, que es la puertorriqueña, y a afirmar que no es puertorriqueño, que es yanqui. Así cada cuatro años, los puertorriqueños que votan confirman la ciudadanía extranjera que Estados Unidos les

exige para votar y autorizan a Estados Unidos a quedarse en Puerto Rico cada cuatro años más.

Pregunta: ¿Pero? . . .

Respuesta: Sí, lo segundo: Si bien eso es cierto, también es verdad que los puertorriqueños no estamos obligados a votar. No hay ley que haga obligatorio el voto. No hay ley que castigue por no votar. De modo que esto de votar es un hábito de obediencia al amo extranjero que los políticos de oficio han enseñado a este pueblo, para ellos lucrarse personalmente de sus consecuencias.

Pregunta: ¿Y el retrainimiento es lo contrario?

Respuesta: La desobediencia al amo es ya empezar a ser libre. Desobedecer es entrar el pueblo en su libertad de espíritu. Desobedecer al amo yanqui en la lucha por la independencia es ya empezar Puerto Rico a ser independiente. Así empezó el gran Mahatma Ghandi a ganar la libertad e independencia de la India.

Pregunta: ¿Puede decir por lo tanto que el retrainimiento es desobediencia ciudadana?

Respuesta: Es la verdad; puede usted decir que el retrainimiento es desobediencia ciudadana.

Pregunta: ¿Y es salirse de la costumbre de obedecer al amo?

Respuesta: El retrainimiento es salirse de esa mala costumbre de obedecer al amo. Sea libre usted y Puerto Rico será libre.

Pregunta: ¿Se ha tratado de independizar a Puerto Rico mediante el retrainimiento?

Respuesta: No. Hasta la fecha no se ha hecho un esfuerzo organizado verdadero para ilustrar al pueblo sobre lo que es el retrainimiento ni para llevar a cabo un retrainimiento independizador.

Pregunta: ¿Quiérese decir que el retrainimiento no ha fracasado?

Respuesta: Nunca. El retrainimiento nunca ha fracasado, pues ja-

más se ha llevado a la práctica metódicamente, como un gran movimiento colectivo; como lo que es. El retraining es un gran instrumento de lucha popular.

Pregunta: ¿Para el retraining se necesita la unidad?

Respuesta: Muy seguro. Se necesita la unidad de las fuerzas independentistas para ganar la independencia. Pero la unidad no es una palabra. Se puede corear "Unidad", "Unidad" y no ser en realidad más que una Nulidad, Nulidad. La verdad es que no hay y no puede haber unidad verdadera, valedera y útil entre elementos contrarios. Lo verdadero, valedero y útil, entre elementos contrarios sale del progreso. Del choque sale la luz. La vanguardia patriótica hay que formarla antes de que haya unidad verdadera y valedera entre las fuerzas independentistas. Esa vanguardia tiene que templarse en la posición retrainingista. No se puede forjar en la vacilación y la indecisión. La unidad será el resultado de la creación y el desarrollo de la vanguardia retrainingista. Lo primero es la calidad. No es verdad que por que siete es más que tres, el disparate de siete sea mejor que el acierto de tres. Y no es cierto ni honrado decirlo. Eso no es democracia. Eso es populachería.

Pregunta: ¿Quiere decir que los retrainingistas son mejores que los electoristas?

Respuesta: Lo que significa es que el retraining es el medio correcto para luchar por la independencia y no las elecciones coloniales.

Pregunta: Pero puede haber un término medio, se me ha dicho. Aunque sabemos que las elecciones no sirven para hacer la independencia, se debe organizar un partido aún cuando no se gane las elecciones. ¿Es esto correcto?

Respuesta: No. No es correcto. Es equivocado. Crear un partido electoral para perder elecciones es una equivocación. Los que tal cosa sostienen lo hacen como un acto de

resistencia inconciente a llegar a la posición retrainientista. Sin embargo, hay que reconocer, que los que tal cosa dicen ahora, sostuvieron, hasta hace poco, que el medio para independizar a Puerto Rico era ganar unas elecciones. Cuando sostienen ya que no, que las elecciones no sirven para llegar a la independencia, demuestran que han progresado en su trabajosa manera de explicarse la realidad. Tengamos la esperanza de que no ofrezcan más resistencia a aceptar la verdad. Esperémoslos en las filas del retrainimiento. A los que sinceramente crean eso, ya no los separa de nosotros más que el subconsciente. Que lo superen.

Pregunta: ¿Cuál ha de ser entonces la línea de conducta a seguir?

Respuesta: Independencia sin partido electoral.

¡¡Independencia sin elecciones!!

¡¡Independencia sin Partido Electoral y sin Elecciones!!

Ese es el camino hacia la unidad popular.

Esa es la línea.

*(Tomado de: **Diálogo Para Militantes de la Independencia**, A.P.U.)*

Memorándum del Doctor Julio J. Henna

Sr. D. Angel Rivero

Madrid

Mi Estimado Amigo y Compatriota:

Con sumo placer paso a contestar la siguiente pregunta que me dirige usted por conducto de mi antiguo secretario D. Roberto H. Todd:

Doctor, ¿tiene usted la bondad de aclararme la dualidad que resulta entre sus actuaciones en Wáshington, en 1898, en unión de Roberto H. Todd, claramente de finalidades anexionistas, y su anterior, francamente separatista? Cuando una comisión de patriotas, por indicación del Presidente del Partido Revolucionario Cubano, D. Tomás Estrada Palma, se presentó a mi casa a ofrecerme la Presidencia del Directorio Revolucionario de Puerto Rico, creí un deber informarles “que yo era anexionista por convicción, pero que para realizar ese ideal sería indispensable obtener antes la independencia de Puerto Rico de España”.

Prometí abstenerme de propaganda anexionista durante el término de mi Presidencia y dejar a la voluntad de los puertorriqueños la decisión final sobre la forma de gobierno que ellos escogieran una vez la Isla libre del Gobierno de España. La voladura del Maine en el puerto de La Habana presagiaba una guerra entre España y Estados Unidos, y motivó un viaje que hice a Wáshinton con el objeto de investigar y averiguar los proyectos de esta nación.

En mi primera entrevista con el Presidente McKinley, después de explicarle mi posición de Presidente del Partido Revolucionario de Puerto Rico, y de estar seguro que la guerra se efectuaría, indíquele que el Directorio me había autorizado para ofrecerle al Departamento de Guerra todos sus planes de invasión, siempre y cuando se nos prometiera que, una vez la Isla en posesión de las tropas americanas, los puertorriqueños, por medio de un plebiscito, determinarían su estado político.

“No habrá el menor inconveniente en que esto se lleve a cabo tal como usted lo ha explicado”, me contestó McKinley. Me suplicó también pasase a entrevistarme con Roosevelt, entonces subsecretario de Marina, a quien en presencia de los jefes del Ejército y de la Marina entregué y expliqué detalladamente nuestros planes; ofrecí mis servicios y los de los miembros del Directorio, hombres, guías, etc., etc., y pedí me nombraran comisionado civil—sin sueldo—y acompañar las tropas de desembarque. Esto lo hice con el objeto de asegurar a mis paisanos, por proclama y de viva voz, que no era la intención del gobierno americano, conquistar el país sino liberarlo, y que ellos decidirían luego, en un plebiscito, la forma de gobierno que debería regirlos en lo futuro.

Mis repetidos viajes a Wáshington, en una primavera fría, me causaron una pulmonía de la que escapé milagrosamente. Cuando en julio regresé a Wáshington, en solicitud de mi nombramiento de comisionado civil, el secretario de la Guerra rehusó ponerlo por escrito e insistió en que me embarcase sin documentos, asegurándome que el Gobierno americano siempre cumplía con sus compromisos. Rehusé terminantemente, embarcarme sin credenciales. El General Miles quiso e insistió en que lo acompañase como miembro de su Estado Mayor, a lo que le contesté: “que yo no podía formar parte de la invasión militar, porque implicaba obediencia ciega a jefes que tenían el derecho de obligarme, en caso de que algunos de mis paisanos se opusieren a los ataques de las tropas, a hacer fuego contra aquellos compatriotas.”

Desistí de mi proyecto, regresé a Nueva York muy descorazonado, tan pronto los americanos se apoderaron de la isla, convoqué el Directorio y pedí su inmeditata disolución; su objeto había terminado.

Dos años más tarde fui nombrado por la Cámara de Comercio, agricultores y clubes obreros de Puerto Rico, delegado para representarlos en los comités del Senado y Cámara de los Representantes, y tratar de obtener el mejor gobierno civil posible para la Isla, y pedí como pidieron los otros delegados, el cumplimiento de la proclama del General Miles cuando desembarcó en la Isla, pero sin resultado favorable. No satisfecho con la forma de Gobierno civil concedida por la Ley Foraker, que usted conoce, lancé un manifiesto de protesta al pueblo de Puerto Rico, documento que fue

publicado en muchos periódicos de la Isla y en el que aconsejaba a mis paisanos que no aceptaran esa ley y no fuesen a recibir al gobernador nombrado por este gobierno.

Mi manifiesto fue leído a tiempo por los jefes de los Partidos Políticos y el pueblo entero (conservo sus cartas); pero, en lugar de seguir mis consejos hicieron todo lo contrario: Fueron a recibir al gobernador: Organizaron sus colegios electorales: Votaron el personal de su legislatura, y por esos actos se anexan nuestros compatriotas a los Estados Unidos, probablemente sin darse cuenta de lo que estaban haciendo.

Ya ve usted, mi buen amigo, que yo cumplí al pie de la letra mi promesa de abstención completa de propaganda de anexión, y que fueron nuestros compatriotas los que la trajeron, a pesar de mi protesta. Mi proyecto original de anexión era por medio de un plebiscito, en el que se contaran los votos a favor y en contra. Ya terminada mi misión política, me retiré a mi casa a buscar consuelo en el bisturí y en el termómetro; esto no quiere decir que, si en el futuro y en algo pudiese servir a mis compatriotas, no estaría, si no que estoy siempre a su disposición porque esa Islita es para mí como una novia a quien su novio le escribía (recuerdos de cuando iba a la escuela en Ponce):

Es mi amor por tí
como tu sombra,
que mientras más te alejas
más cuerpo toma.

Yo no sé si el verso está correcto, pero éstos son mis sentimientos. Muy de veras su amigo y compatriota,

Dr. Julio J. Henna

*(En Crónicas de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico,
por el Capitán de Artillería Angel Rivero Méndez,
Apéndice 3, Página 578, Madrid, 1922)*

Un nuevo peligro para el independentismo (1971)

Al protestar el abuso de poder otra vez ejercido por el gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico, ahora, sobre la persona del Presidente del Partido Independentista Puertorriqueño, Licenciado Rubén Berríos Martínez, del Reverendo Luis Rivera, del cuáquero Don Baldepston, y los independentistas: Carlos Vázquez, Luis Avalo, Francisco Rodríguez, Humberto Tapia, Luis Alonso, Benjamín Pérez, Víctor Ayala y L. Flores Soto, es necesario calibrar políticamente el suceso en su verdadera significación para la lucha por la independencia. Y no es difícil. Significa una vuelta a prestigiar la lucha electoral del independentismo.

Eso es lo que tiene de importante. Es por eso mismo que se hace obligatorio entrar de lleno a examinar un método de lucha que pareció dejado atrás por el desarrollo histórico del Nacionalismo Puertorriqueño cuyo representante en las urnas coloniales fue, a partir de 1946, este mismo Partido Independentista aún orientado en esa misma dirección y aún aferrado a su mismo viejo programa de independencia de Puerto Rico “protegida” por Estados Unidos.

La cifra de la democracia

Con este título publiqué en *Propósitos*, de Buenos Aires, edición del 22 de agosto de 1952, un artículo en el que comentaba la entonces reciente escenificación inaugural del llamado Estado Libre Asociado. Reproducido en la edición del primero de septiembre del mismo año en el prestigiosísimo *Repertorio Americano*, el breve artículo ganó circulación continental. En Puerto Rico su circulación quedó reducida a los mil ejemplares de la revista *Prieto y Puya* (Edición de noviembre de 1952).

El artículo decía en parte. . . “El gobierno llamado de Puerto Rico se elige a sí mismo mediante un elaborado sistema de soborno en masa ideado en Wáshington y dirigido en la práctica por Luis Muñoz Marín. Sin música, los números elementales son éstos: el gobierno tiene 125 mil empleados insulares que electoralmente significan 375 mil votos seguros. Añádase una fracción de casi el total de los 17 mil empleados ‘federales’ que podrían, aún más

conservadoramente multiplicados, darle otros 25 mil votos, Y van 400 mil. Súmele, aún más conservadoramente todavía, la mitad de los pensionados de ambas divisiones—la ‘insular’ y la ‘federal’—y son 425 mil. Dejo de contar. Las cifras de votos, a base de las cifras básicas de empleados y pensionados, son conservadoras.

“El total suma una minoría del electorado puertorriqueño pero es una pluralidad del electorado que concurre a las urnas. Con esta pluralidad el gobierno se elige a sí mismo. Con esos votantes dirigidos por la traición de los líderes se hace en aritmética la cifra de la democracia en Puerto Rico.”

Hasta aquí lo del artículo a que hice referencia.

Ese cuadro que ocurre y que recurre a través de los años se mantiene hoy intacto. El gobierno se elige y reelige a su gusto, y el cuadro es solamente alterable en cuanto al partido a base del cual en un momento dado el gobierno deja de elegirse o reelegirse. De manera que, un partido independentista, gobernado por las leyes electorales del imperialismo, se verá enfrentado por toda esa máquina electoral macizamente movilizadas en su contra a través de todos los partidos afines al imperialismo.

Jamás podrá ganar unas elecciones.

Forma de organización

Pero no se trata de eso. No se trata de independizar a Puerto Rico mediante una victoria electoral. De lo que se trata—se nos dice—es de usar las elecciones como forma de organización de lucha por la independencia. ¿Será cierto? La historia de la lucha por la independencia prueba lo contrario.

En todas las naciones intervenidas militarmente por los imperialismos éstos han usado o han tratado de usar las elecciones como medio para desorganizar la nación intervenida. Usando las elecciones lograron—o trataron de lograr—debilitar y aún diezmar las fuerzas patrióticas que les enfrentaron. Usando las elecciones, allí en donde estabilizaron sus intervenciones, dislocaron la economía de la nación intervenida, se apoderaron de ella, institucionalizaron la intervención, echaron a andar un programa de asimilación cultural, pusieron a la nación intervenida camino de la desintegración. Puerto Rico no ha sido excepción.

En cuanto al origen, intención y carácter del sistema electoral implantado por el regimen interventor norteamericano en Puerto

Rico, nos remitimos al revelador documento que insertamos al final de estas notas. Lástima que tengamos que agradecer a un anexionista esa singular y no atendida advertencia. (Remítase a las páginas 64-66.)

Ni derrotismo ni desesperación

Nuestra fuerza independentista se ha rehecho de pasados infortunios. Su ascenso es evidente. Por lo mismo, es de incalculable importancia trabajar de manera que ese ascenso no sea encarado a la inevitabilidad de un descalabro electoral, inevitable no por falta de puertorriqueños que voten por la independencia, sí que por la naturaleza antindependentista del sistema electoral. Esta es la organización sistemática del proceso según el cual el gobierno colonial se elige y reelige a sí mismo sin admitir otro cambio funcional que el del partido a través del cual ese gobierno se autoelige.

Es necesario meditar profundamente en no producirle a los centros vitales del independentismo una situación en la que éstos sean afectados por un desaliento general. No debemos, de manera alguna, propiciar que el independentismo se enfrente a sí mismo con una situación ambivalente que lo conduzca, de un lado, al derrotismo; del otro a la desesperación.

El nuevo liderato del PIP se enfrenta a su mayor responsabilidad. Ha rebasado la congelación de los periodos entre elecciones pasando a un proceso agitativo. Este paso de la propaganda a la agitación lleva su presidente a cumplir una corta sentencia de cárcel—tres meses—lo que además de prestigiarlo le da tiempo para ampliar su influencia y la de su partido con miras a las elecciones de 1972.

Mientras mayores sean el entusiasmo y las esperanzas de ahora mayores riesgos de desilusiones más tarde.

Pues las elecciones son instrumento para mantener el statu quo, sin cambio alguno, o perfeccionándolo. Cabe decir perfeccionando la colonia. Este es el sentido de la falaz teorización sobre “culminación del Estado Libre Asociado.”

El ascenso independentista de ahora no debe detenerse hasta la independencia y el socialismo. Esto será tema de artículo próximo.

*(Tomado de **Correo de la Quincena**, Del 30 de noviembre de 1970 al 1ro de marzo de 1971, Números 123-129, Tomo VIII, Páginas 44-47)*

Atlanta: oferta y rechazo (1949)

Añadimos este documento como prueba definitiva de la manipulación imperialista de las elecciones en Puerto Rico y ejemplo de como debe tratarse.

A continuación el documento:

Finalizando esta nauseabunda fluoroscopia del presente colaboracionismo al servicio del gobierno yanqui, me viene a la memoria un recuerdo que oportunamente hice público, con el principal propósito de alertar a algunos de los que todavía creían para aquel entonces en las posibilidades de independizar a Puerto Rico en las urnas, y para información de nuestro pueblo en general. He aquí aquel recuerdo.

En septiembre de 1939, una tarde de domingo, recibimos los que entonces estábamos presos en Atlanta, la visita de un funcionario del gobierno yanqui. Según sus credenciales y sus palabras, había venido a vernos en misión de “su” gobierno. Puertorriqueño residente en Washington desde sus años de estudiante de abogacía, allí había residido y casado desde principios de siglo, y desde entonces servía a “su” gobierno en el Departamento de Estado o el de Justicia. Su nombre es Pedro Capó Rodríguez. Nos dijo traía instrucciones de “su” gobierno de reconocer que Estados Unidos estaba inevitablemente enfilado hacia una guerra, y reconocía lealmente que no podía enfrentarse a las responsabilidades de una guerra mundial sin la “solidaridad hemisférica”.

Y que la tal “solidaridad hemisférica” tenía un obstáculo en su camino: los errores “involuntarios” cometidos por Estados Unidos en Puerto Rico. El peor de los errores, decía él, era nuestro encarcelamiento. El gobierno, seguía diciendo, reconocía que no era aquella prisión nuestro sitio, si no Puerto Rico, en donde debíamos ocupar las posiciones de bien público que mejor que ninguno otros puertorriqueños merecíamos. Y él tenía autoridad de “su” gobierno para asegurarnos que el gobierno estaba dispuesto a ponernos pronto, inmediatamente en Puerto Rico, “sanos y salvos como entraron en Atlanta”.

Además, el gobierno hacía solemne promesa de “garantizar unas elecciones libres”, para que el Partido Nacionalista ganara las elecciones de 1940, substituyendo al desacreditado General Winship con

“una figura prestigiosa” que devolviera al gobierno el prestigio “perdido”. Y se comprometía además el gobierno a extender a Puerto Rico “una autonomía tan amplia, tan amplia, como que equivaldría a una independencia sin bandera”. Para ganar nuestra inmediata excarcelación, nuestro regreso inmediato a Puerto Rico; para ganar las posiciones públicas “que mejor que ningún otro puertorriqueño merecíamos”; para tener unas “elecciones libres que el Partido Nacionalista pudiera ganar”; y “una autonomía tan amplia, tan amplia, que equivaldría a una independencia sin bandera”, lo único, lo único que nosotros teníamos que hacer—nosotros, pobres presos en tierra enemiga, a miles de millas de nuestra patria—lo único sería declarar que “la independencia no está en issue” y pedir a nuestros amigos en América Latina que suspendieran la intensa campaña pro independencia de Puerto Rico que en aquellos tiempos agitaba a todo el continente hispanoparlante.

Me dijo Albizu Campos que le diera al Dr. Capó mi parecer. Y mi parecer fue que aquella era una proposición indigna, que sólo la independencia de mi patria podía resolver la cuestión pendiente entre Estados Unidos y Puerto Rico; que en las letrinas de Atlanta estábamos sirviendo al país, y que si Estados Unidos reconocía plenamente la independencia de Puerto Rico, yo, personalmente, propondría la disolución del Partido Nacionalista y me iría a vivir a mi pueblo natal de Ciales, y no saldría de allí ni para visitar al pueblo más cercano.

Dije otras cosas más. Posteriormente Albizu Campos, en el patio de Atlanta, al felicitarnos a todos, a mí, en aparte, me recriminó la innecesaria virulencia de mi actitud. Y yo me acordaba de lo que dicen en mi nativa montaña frontoneña: ¡Genio y figura hasta la sepultura! Todos los que estábamos presos en Atlanta asumieron igual posición patriótica. Fueron ellos, además de Albizu Campos y el que esto escribe: Clemente Soto Vélez, Juan Gallardo Santiago, Luis F. Velázquez, Pablo Rosado Ortiz, Julio Héctor Velázquez y Erasmo Velázquez.

El emisario del gobierno se retiró rindiéndonos honores pero advirtiéndome que su misión comenzaba en Atlanta, pero no terminaba allí; que vendría a Puerto Rico y entrevistaría a otros líderes puertorriqueños. Y efectivamente así lo hizo. Y vio a Muñoz Marín, y la independencia “no estuvo en issue”.

(Corretjer, Juan Antonio, *La Lucha por la Independencia de Puerto Rico*, Primera Edición, 1949, páginas 103-105)

Parte III

Golpe revolucionario...

Guerra popular

La intención malvada

-I-

El plebiscito no es forma para solucionar el problema político de Puerto Rico. El plebiscito es una forma oculta de anexión. Fíjese el elector en la posición asumida por las Naciones Unidas en el caso de Gibraltar: propone un plebiscito. En el caso de Gibraltar el plebiscito es un instrumento adecuado para resolverlo. Exactamente por lo que acabamos de decir. El plebiscito es una forma oculta de anexión. Si la población de Gibraltar vota a favor de España, se anexa a España. Si vota a favor de Inglaterra, pues a Inglaterra. En cualquiera de los casos, se anexa. Esa es la situación de Gibraltar: una zona territorial en litigio entre dos soberanos.

Ese no es el caso de Puerto Rico. Y como entre el problema a resolverse y el instrumento apropiado para resolverlo tiene que haber adecuada correspondencia, el plebiscito sirve para resolver el problema gibraltarinero y no sirve para el de Puerto Rico.

Cualquiera sea la fuente en la que se origine proyecto alguno de plebiscito sobre Puerto Rico—la impotente legislatura colonial;

el congreso de Estados Unidos, ladrón de nuestra soberanía; o las Naciones Unidas—el resultado será el mismo: se estaría usando un instrumento inadecuado para resolver nuestro caso: un instrumento anexionista. Y claro que es inadecuado por que Puerto Rico es una nación, no es una faja de terreno disputada entre dos o más soberanos. Puerto Rico no es Gibraltar. En cualquier plebiscito, la perspectiva independentista está negada a priori por la esencia anexionista misma del plebiscito.

No es necesario para entenderlo andar por las cumbres del peritaje en Derecho Internacional. Pero para que se vea cómo los peritos en Derecho Internacional así lo afirman, vaya la cita: “El plebiscito es un sistema empleado con frecuencia en los tratados de paz y por el cual los habitantes de un territorio determinado pueden decidir, por votación, cual haya de ser su adscripción política, ya sea a su antiguo Estado, o a otro vecino o anexionador. Ofrece numerosos ejemplos el Tratado de Versalles, en el que se ofreció esta oportunidad al Sarre, la Silesia y otros territorios que rodeaban a Alemania”. (Véase el *Diccionario de Sociología* de Fairchild Medina Echeverría.)

Esta opinión está respaldada por más de cien autoridades. “Algunos escritores—añade—objetan este sistema (el plebiscito) y sostienen que con él se oculta una anexión disfrazada.

“Pero si se realiza decorosamente no hay razón para que no sea justo. Como suele emplearse en momentos de tensión política, requiere un minucioso planteamiento y la inspección por autoridades independientes e imparciales.”

Consideremos estas dos últimas cuestiones por separado.

Primero: Como en cualquier plebiscito a aplicarse en Puerto Rico el planteamiento no es de disputa por un territorio entre dos soberanos reclamantes, el carácter anexionista del plebiscito se recarga a favor del invasor imperialista. No hay por lo tanto ocasión alguna de que sea justo con el pueblo puertorriqueño. El poderío militar y policíaco; el control absoluto del crédito; el monopolio casi secular de la educación y de los medios de información masiva; todo, en fin, responde a los intereses del invasor yanqui. El elemento de un factor eficazmente desenajenante faltaría. Solamente el despotismo extranjero saldría ganancioso.

Segundo: No hay manera decorosa de celebrar un plebiscito en Puerto Rico. Pongamos por caso lo que señaló recientemente

(en *El Mundo*, lunes 9 de agosto de 1972, página 16-A) el licenciado Fermín Arraiza (dirigente del Partido Socialista Puertorriqueño y su autoridad en Derecho Internacional.) Citamos de la entrevista que le hizo Bartolomé Brignoni: “Apuntó (Arraiza) que para que haya un plebiscito que reúna los requisitos del Derecho Internacional, es necesario que haya un reconocimiento previo incondicional del derecho absoluto de Puerto Rico de la soberanía de Puerto Rico por parte de Estados Unidos”.

No, decimos. Ese no es el problema. El verdadero planteamiento del problema sería que Estados Unidos reconozca, no el derecho absoluto de Puerto Rico a su independencia (eso lo ha hecho ya, inclusive en 1953 en las Naciones Unidas, cuando la administración Eisenhower dio a ese foro internacional la ocasión de dejarse engañar por el chantaje imperialista). La solución al problema, decorosamente planteado, sería que Estados Unidos reconozca la independencia de Puerto Rico (no el derecho a la independencia, sino la independencia), para poder entonces negociar, de soberano a soberano, algún tratado de mutua conveniencia.

Pero, ¿qué independentista puertorriqueño, una vez Puerto Rico soberano e independiente, cedería a Estados Unidos el derecho a celebrar en Puerto Rico un plebiscito que devolviera a discusión el futuro histórico y político de Puerto Rico? La soberanía es la independencia completa de una nación, para dirigir libremente su destino, es decir, su economía, su cultura, y sus relaciones internacionales. Y eso, eso es lo que queremos ganar. No lo ganaremos a través de un instrumento disfrazado de anexión. Y una vez ganado jamás cederemos a otro soberano parte de nuestra soberanía. Se escarmienta por cabeza ajena. Hemos escarmentado por cabeza cubana, rajada por la Enmienda Platt.

Deseamos creer que las Naciones Unidas se nieguen a cobijar semejante desatino. (Aunque el precedente que establecieron, dejándose deliberadamente engañar por la Administración Eisenhower, nada nos garantiza que no esté en disposición ahora mismo de repetir su indecorosa hazaña de 1953.) Lo que es de mayor posibilidad es que, con renovados recursos técnicos dilatorios, la ONU esté dispuesta a darle a Estados Unidos una nueva salida volviendo a respaldarle la farsa del ELA con nuevos fuegos artificiales de regodeo dentro de la legalidad imperialista internacional que aquélla, la ONU, representa.

Al fin y al cabo el plebiscito es una votación. Y ninguna causa

de verdadera importancia, de real cambio político, social, histórico, se ha resuelto jamás en votaciones. Será necesario recordarlo: la independencia de Puerto Rico es una de las cuestiones más importantes del mundo contemporáneo. No se va a resolver en votación alguna, ni colonial rutinaria, ni mediante el uso de una medida extraordinaria para la anexión como lo es el plebiscito. Tampoco en una votación de las Naciones Unidas.

El proceso de desenajenación previo que, mediante la liberación del espíritu del pueblo puertorriqueño lo llevará a la independencia es otro. Llegaremos a él más adelante en este escrito.

-II-

El carácter, anexionista por esencia, del plebiscito, lo tiene también el sistema electoral legislado por el congreso yanqui para Puerto Rico a partir de la Acta Foraker. (Recuérdese la advertencia hecha a tiempo por Henna.) Imposición del fermento revolucionario existente en Puerto Rico entonces, el gobierno imperialista reconoció, de hecho y de derecho, la ciudadanía puertorriqueña. Transcurridos dieciocho años, el sistema electoral había socavado la conciencia política del país al punto que fue capaz de imponer por ley la ciudadanía yanqui. El carácter descaradamente anexionista de la nueva legislación, denominada Acta Jones, todavía vigente con enmiendas, lo mostró el tristemente célebre *rider*, que cabalgando a última hora sobre el espíritu de dicha ley, impuso a nuestro pueblo el servicio militar obligatorio. Este rige aún en Puerto Rico como expresión de la más criminalmente grosera imposición anexionista en el Acta Jones enmendada, contenida en la llamada ley de relaciones federales que instrumenta, en el llamado ELA, la cláusula territorial de la constitución de Estados Unidos.

No se pase por alto lo que significa que la imposición de la ciudadanía es más rigurosa en cuanto al sufragio que al servicio militar obligatorio. Cualquier extranjero residente puede ingresar voluntariamente en las Fuerzas Armadas; pero no puede votar si no es ciudadano de Estados Unidos. Las elecciones en Puerto Rico son elecciones entre ciudadanos "americanos", lo mismo como electores que como candidatos o elegidos.

Los independentistas, cuando votan, automáticamente se convierten en anexionistas.

Gracias al sistema electoral anexionista los partidos electorales en su conjunto han instrumentado la asimilación casi total de la economía de Puerto Rico a la de Estados Unidos.

Hace nueve años que se celebró en Puerto Rico un plebiscito. Los partidos que comparten en las elecciones la coexistencia pacífica con el imperialismo, pero que a su vez combaten al Partido Popular, suelen tomar a relajo, se inclinan repetidamente a impugnar la validez del plebiscito de 1967. Seguramente no tiene validez alguna en cuanto se le juzgue desde nuestro punto de vista, como no tiene validez jurídica alguna ningún acto del imperialismo en suelo patrio. Pero desde el punto de vista de la legalidad imperialista el plebiscito, al favorecer al ELA, respondió efectivamente al carácter anexionista que es la esencia del plebiscito.

Está a la vista que Estados Unidos plantea al pueblo puertorriqueño el camino hacia la territorialidad incorporada a través de una serie de plebiscitos que cada cierto número de años vaya condensando los efectos de determinado número de elecciones rutinarias anteriores. Se aplica, a Puerto Rico, un programa de hawayización adaptado a las circunstancias diferentes que Puerto Rico presenta. Lo prueba ahora mismo con el proyecto de plebiscito que se anticipa se llevará a cabo en 1977.

Lo anticipa además con la acentuación del carácter plebiscitario anexionista de las elecciones a efectuarse el próximo dos de noviembre. El triunfo del Partido Popular Democrático significará en las circunstancias nacionales e internacionales presentes un espaldarazo tan fuerte al ELA como que ratificará aparentemente el status colonial vigente.

Si como continuidad un plebiscito posterior condensa el anexionismo esencial de las pasadas tres elecciones, ¡pues mayor ha sido el anexionismo esencial de las elecciones coloniales pasadas, y mayor todavía el específico de las próximas elecciones y del plebiscito mismo!

Y si por el contrario el PNP ganara a su vez las elecciones próximas, y encima el plebiscito, el resultado sería aún más determinante del rumbo tomado por Estados Unidos para llevar a Puerto Rico hacia la territorialidad incorporada.

Otro rasgo a tomarse en cuenta en el caso de que el PNP ganara las elecciones este año, sería la decisión washingtoniana de ir acostumbrando a los puertorriqueños al sistema de la sucesión de

gobiernos, que, si falsa en Estados Unidos, más falsa lo sería en Puerto Rico. Con la añadidura de que en Puerto Rico no solamente serviría para la perpetuación del gobierno de los ricos contra los pobres; también significaría la acentuación del carácter esencialmente anexionista de las elecciones.

¿Qué papel toca a los independentistas y socialistas en esa canallesca tramoya anexionista? El papel de la tristeza. Esperando a la puerta de los colegios electorales los aguarda Mademoiselle Sagán. La participación electoral de los independentistas y socialistas en la ejecución de esa intención malvada de los imperialistas, sería una ridiculez, ¡pero es una tragedia! En verdad es a la vez ridícula y trágica.

La ridiculez, la tragedia, ¡penosa compañía de los independentistas y socialistas en la tragicomedia electoral!

Relación: Chile

-I-

El nombre de Salvador Allende está vinculado a la reanudación de la relación antimperialista Puerto Rico-Chile desde 1936. Se sabe lo estrecha que fuera esta relación al iniciarse el ciclo betancino de la revolución puertorriqueña

Segundo Ruiz Belvis testimonió con su muerte esta relación sugerida por Vicuña MacKenna. Betances correspondió fijando a su bandera revolucionaria, hermana de la de Luperón, la estrella de Chile.

No se sabe, como se debía saber, que esa relación vuelve a anudarse en 1936, cuando en las calles de la capital y de las grandes ciudades chilenas, las masas populares son movilizadas para requerir del imperialismo yanqui el reconocimiento de la independencia de Puerto Rico y la excarcelación del liderato nacionalista. La movilización es vertical. Mientras líderes populares, estudiantiles, comunistas, sindicales como Elías Laferte, Salvador Ocampo, y otros, dirigían las manifestaciones masivas, en el Parlamento chileno se pronunciaban discursos y se formulaban peticiones, animadas por Marmaduke Grove y otros, al punto que la Cámara de Diputados reclamaba para Puerto Rico el reconocimiento de su independencia y la incondicional liberación de su liderato patriota prisionero.

Entre los jóvenes líderes chilenos que agitaron entonces por nuestra independencia y nuestra excarcelación se encontraba un joven de 28 años llamado Salvador Allende, quién al frente de una manifestación compuesta por centenares de estudiantes, vitoreó nuestra causa y en airado discurso condenó a nuestros déspotas yanquis, frente a la embajada de Estados Unidos en Santiago.

Con este agradecimiento en mis primeras palabras me dirigí por primera vez al líder socialista chileno, al entablar una amistad personal políticamente substanciada, veinticuatro años más tarde.

Otra vez la relación Puerto Rico-Chile se anudaba cuando, en el Segundo Congreso por la Paz y la Democracia, inaugurado en Caracas y sesionante en Maracay, las fuerzas de la avanzada antimperialista latinoamericana nos juntamos para derrotar el primer intento yanqui por aislar la Revolución Cubana. El factor Puerto

Rico fumigó el conciliábulo, respaldado principalmente por la delegación venezolana, y respaldada ésta por todas las delegaciones latinoamericanas, excepto la Costa Rica de Figueres. En una de las comisiones de trabajo estaba Salvador Allende.

Nos reencontráramos prontamente en La Habana, durante el Primer Encuentro de Amistad con la Revolución Cubana, semanas después. En La Habana, y en dicha ocasión, volvería a anudarse la relación Puerto Rico-Chile, porque en ese entonces, nos encontraríamos no solamente a Allende. Allí estaba también Salvador Ocampo. Y éste merece párrafo aparte.

Como uno de los más altos dirigentes sindicales chilenos, y representante de la central obrera chilena en la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) Salvador Ocampo vino a Puerto Rico en 1944. Habíamos discutido extensamente en Nueva York el problema de Puerto Rico y no nos era ajena la maquinaria imperialista para desbaratar la Confederación General de Trabajadores de Puerto Rico (CGT). Nuestra CGT se había unido a la CTAL y tanto Ocampo, como Lombardo Toledano, compartían mi opinión de que el imperialismo no toleraría una fuerza sindical organizada en Puerto Rico como era la CGT, tan pronto la rendición alemana signara, con su último disparo, el contrataque anticomunista, antiobrero, y colonialista del capital monopolista yanqui. Esa honda y honesta preocupación trajo a Puerto Rico a Salvador Ocampo. Lo que vio, lo que oyó, no lo ha olvidado jamás el chileno. Salió de Puerto Rico convencido de que desgraciadamente, el desmantelamiento ideológico del independentismo general de la época, y del economicismo todo—enajenante en las filas del sindicalismo—aseguraba a Wall Street una fácil victoria en la patria del líder revolucionario que encendió en su bandera lareña la estrella de Chile.

Pero desde el Santiago de Chile de 1960, cuando Salvador Allende había ido a buscarme al humilde hotelito en el que me alojaba, y las alegrías victoriosas compartidas en Maracay y La Habana ese mismo año, voló el tiempo. En sus alas, llevó a Salvador Allende al Palacio de la Moneda. Una circunstancia favorable me dio la oportunidad de usar la tribuna de Lares, el 23 de septiembre de 1970, para corresponder en la medida mayor de mis esfuerzos, a los muchos y generosos servicios que Allende nos había prestado, con unas

palabras de admonición al amigo entrañable y al respetado compañero. Fue allí, en la misma tribuna de Lares, el 23 de septiembre, viendo brillar en la bandera betancina la estrella de Salvador Allende, y conociendo, como conocía, su manera de pensar, que dirigí al amigo lejano y triunfante, mis terribles, dolorosas palabras: “Si quiere como sabemos que quiere, hacer de Chile un país socialista, arme al pueblo y fusile a cuanto traidor le salga al paso, si es que no quiere pagar con su vida cualquier demora ante el enemigo.”

Chile, otra vez, nuevamente Salvador Allende, nos daban la oportunidad de servir a la revolución chilena, y a la revolución independentista puertorriqueña. Porque ante mí veía ya como el triunfo electoral de Allende en Chile hacía brillar con nuevos fuegos fatuos los ojos del liderato puertorriqueño presente en la tribuna. Veía cómo ya, al simple espectáculo de unas elecciones en Chile, se avivaba todo el ilusionismo mesocrático del endeble y vociferante independentismo reformista. Estaba otra vez ante mis ojos el panorama desolador en el que la simulación de todos los idearios anima la desorientación táctica y revive las ambiciones y las rivalidades políticas en todo el ámbito de una nueva generación. Recordé el desmantelamiento de que me habló el otro Salvador; Salvador Ocampo.

Poco después, para corresponder a la invitación que se me hiciera a su inauguración presidencial, ratifiqué extensamente mis pensamientos, en carta enviada por mano de un amigo mutuo, que lealmente la entregara y lealmente me trajo respuesta.

Ya Salvador Allende se unió a las cenizas de Segundo Ruiz Belvis. Todos sabemos lo ocurrido. Sabemos lo que ahora padece el pueblo chileno. Los asesinos de Salvador Allende, imperialistas yanquis y chilenos yanquistas, han impuesto a Chile un régimen de exterminio.

Allende nos ha hecho, con su muerte trágica, un máximo servicio. El es el máximo exponente de la forma en que no se debe luchar contra el imperialismo; de la manera en la que no se debe luchar por la independencia de los pueblos; del modo en que no se debe luchar por la liberación nacional y el socialismo. El es el máximo exponente moral de que las elecciones solamente sirven como un entretenimiento de las masas, que en forma idiota, aparentemente incruenta, como ha ocurrido en Puerto Rico, o en me-

dio de un mar de sangre, pagan luego a precio tan caro, la diversión de las elecciones.

Invirtiendo los valores, en Puerto Rico, los líderes del PIP y el PSP, que conocen la tragedia chilena, en vez de enseñar a las masas la lección de Chile, con lo que servirían a Chile y a Puerto Rico, no la enseñan, o por mejor decir, la enseñan al revés.

Nosotros repetimos a nuestra clase obrera, a los independentistas, a los socialistas: ¡Escarmentemos por cabeza ajena!

No votemos, no votemos en elecciones ni en plebiscitos
NO VOTEMOS.

Preparémonos para lucha larga, dura, sangrienta; para una guerra de liberación nacional que lleve a los trabajadores de las calles, las fábricas y los campos, a la toma revolucionaria del poder.

-II-

“Los dos prisioneros más torturados por los fascistas chilenos son Luis Corvalán, hijo, y Manuel Cabieses.”

Estas palabras vienen de uno de los chilenos mejor enterados de la situación interna de Chile, ahora lo mismo que cuando me las comunicó.

A partir de entonces ambos lograron, por su valentía su desdén ante el dolor, su capacidad de sufrimiento—es decir, por la fortaleza de sus convicciones—y por la bien coordinada conjunción de factores a su favor, salir del infierno fascista.

El más débil—físicamente, se entiende—apenas logró empezar a soportar el horror—es otro horror—del destierro, y murió.

Cabieses lo sobrevive.

¿Por qué viene Manuel Cabieses con tanta emoción a mi recuerdo?

Conocí a Manuel Cabieses en Caracas en 1960, en ocasión del ya referido Congreso de Maracay. El enemigo hacía circular en doble juego intrigas y provocaciones; y una de las patrañas urdidas y echadas a correr por los corredores en vísperas del Congreso murmuraba que el Almirante Wolfgang Larrázabal se había negado a respaldar

la independencia de Puerto Rico. Enseñé a Miguel Otero Silva la firma del Almirante. Este, su íntimo amigo, la reconoció inmediatamente. Y de inmediato, también, hizo que el Documento se publicara en *El Nacional*, y sugirió a un joven y ya notable periodista chileno, redactor de ese periódico, que me entrevistara. La memorable conversación apareció en la primera plana de *El Nacional*. El periodista que me entrevistó fue Manuel Cabieses.

Tiempo después regresó a Chile.

Y ya no supé más de él hasta que un día recibí un ejemplar del periódico *Punto Final*, correspondiente al 16 de febrero de 1971. *Punto Final* era uno de los mejores semanarios de la América de Sur. Su director Manuel Cabieses. Reproduzco el editorial de *Punto Final* por razones que diré más tarde.

“El día 27 de enero se dictó sentencia, en San Juan de Puerto Rico, condenando a siete meses de prisión a la destacada militante de la Liga Socialista Puertorriqueña, Consuelo Lee de Corretjer.

“Consuelo Lee es la compañera del Secretario General de la Liga Socialista Puertorriqueña, Juan Antonio Corretjer, destacado intelectual, autor de numerosas obras literarias y políticas. Su volumen, *Pedro Albizu Campos*, está dedicado a quién fuera su maestro en la lucha por la independencia de Puerto Rico.” (se refiere a mi colección de ensayos y conferencias sobre Albizu, publicada y circulada, en dos ediciones, por la Editorial El Siglo Ilustrado, de Montevideo, JAC.)

“A ambos el gobierno colonial de su país, y las autoridades norteamericanas, les vienen haciendo procesos judiciales, en diversas ciudades de la Isla, acusándolos de conspiración, tráfico y tenencia de armas, etc.

“Al mismo tiempo los esposos Corretjer han sido objeto de atentados por pistoleros profesionales que han intentado matarlos en la calle. Naturalmente, estos hechos han quedado impunes.

“Las autoridades procuran obviamente suprimir el único grupo marxista leninista que actúa intensamente en Puerto Rico, denunciado el colonialismo.”

“Se solicita de todas las fuerzas progresistas latinoamericanas hacer llegar expresiones de protesta a las embajadas latinoamericanas y al Departamento de Estado en Washington, y comunicarlos a la Liga Socialista Puertorriqueña, Apartado 283, Guaynabo, Puerto Rico.”

* * * *

No sé cómo llegó a conocimiento de Manuel Cabieses la noticia. Pero sí conozco la repercusión de esa breve, sincera nota periodística, en la que se contiene, inclusive, una fineza, que dice tanto de su autor, como su contenido político mismo.

De lo que no tengo dudas es de que todo el trabajo de zapa hecho contra la Liga Socialista Puertorriqueña a través de toda la izquierda revolucionaria en la América Latina (y en esos momentos muy especialmente en Chile) quebró, la espina dorsal de una victoria imperialista con el conocimiento que tuvo, y que se tiene, sobre lo que se tiene que hacer, y lo que se debe hacer, y de cómo se debe actuar, en la defensa de la independencia y el socialismo en Puerto Rico.

Porque ciertamente. *Punto Final* era como el órgano extraoficial del Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile. Era por lo mismo *Punto Final*, y el MIR en Chile quienes repetían a Salvador Allende, con patriótica con revolucionaria, con marxista leninista constancia, que armara a los obreros, que enfrentara a tiempo, mientras había tiempo, a los traidores chilenos yanquistas y a los espías de la CIA, antes de que tuviera la clase obrera de Chile, y el pueblo chileno todo, que padecer las consecuencias de confiar el destino de un pueblo al albur de elecciones. Lo mismo que fraternalmente habíamos dicho en la plaza de Lares y lo mismo que le habíamos escrito, con franqueza cariñosa, en la carta que mano amiga puso en las de Salvador Allende.

Vuelve a anudarse la lucha de nuestros dos pueblos ahora que el azote imperialista busca nuevas y más perniciosas maneras de doler sobre nuestras costillas. El MIR, golpeado, herido, sangrante, no se rinde. Sigue combatiendo. Y otra vez cierto elemento bueno, pero débil, parece unirse a los profesionales del oportunismo para buscar lo que ellos llaman “una apertura liberal”, a la situación chilena.

Sabemos lo que eso quiere decir: una rendición al imperialismo por la clásica avenida electorera. Una nueva entrega al anticomunismo, y a los enemigos de la clase obrera, gracias a las bien controladas elecciones.

¡Con lo que ha sufrido Chile! ¡Con lo que se sufre! ¡Con lo que se combate en Chile! ¡Con lo que se muere y como se muere matando en Chile!

No. Eso sería traicionar a los que viven combatiendo y mueren matando. Eso sería traicionar lo que significó la muerte de Enríquez ¡Sería más! Sería, es también cierto, traicionar la memoria de Allende. Porque si un significado y una importancia tiene su muerte ejemplar son esto: ¡que jamás se replantee en Chile la situación que por confianza en el medio electoral ahora padece, ni la fuerza de exterminio que por igual razón hoy combate la resistencia chilena!

¡Hacia ésta, y por ésta, y para ésta, vaya nuestra agradecida solidaridad! ¡Agradecida hemos dicho, porque de resistencia como la que dentro de Chile muere matando depende en parte que el imperialismo nos respete en Puerto Rico: de que, en parte no sueñe con establecer impunemente, atrincherado detrás de mequetrefes aquí nacidos una imitación de lo que durante tantos años ha hecho en casi todos los otros países latinoamericanos!

DeGaulle y las naciones oprimidas por Francia en Europa

La teoría del plebiscito nació con Bonaparte en Francia. No hay mejor ocasión de demostrar el carácter anexionista del plebiscito cuando se aplica a una relación entre el estado centralizado y naciones oprimidas por ese mismo estado como lo ocurrido en el último de los plebiscitos degaullistas: el que lo puso definitivamente fuera del gobierno.

Dentro de la tradición nacionalista tradicional francesa Charles DeGaulle debió pertenecer a la tendencia política de la mayor intransigencia en relación a la succión de las naciones —Cataluña, Bretaña, Gascuña, Provenza—soberbiamente incluidas dentro del estado republicano francés.

Contradictoriamente nos encontramos a DeGaulle tratando de encarar ese problema mediante un plebiscito que resolviera, con la autodeterminación, una relación descentralizada. La victoria de Degaulle en dicho plebiscito señalaría el comienzo de una nueva concepción del estado capitalista de la burguesía francesa. Era de hecho, el comienzo del fin, en cuanto al contenido nacional opresor, de ese concepto gobernante de la burguesía francesa dentro de Francia misma.

Se planteó el plebiscito. La fiera lucha de la gran burguesía francesa centró enorme importancia de su contrataque contra la política de descentralización estatal. Los resultados fueron los ya conocidos. DeGaulle perdió el plebiscito y se retiró del gobierno; y Cataluña, Bretaña, Gascuña, Provenza quedaron en la misma situación colonial anterior al plebiscito.

Aprovecho la ocasión para preguntarme por qué DeGaulle contrarió la tendencia normal del centralismo estatal burgués de su país hasta el punto de añadir un elemento de decisiva discordia a su política dentro de su misma clase y dentro del ya enconado militarismo francés.

DeGaulle fue, en la Francia del siglo XX, el mayor representante de lo que se ha llamado el militar político autoritario. Graduado en Saint Cyr, combatió a la órdenes de Petain en la Primera

Guerra Mundial. Verdún fue su tremenda experiencia de joven oficial. Quiso su destino que fuese él mismo quien tuviera que enfrentarse a su antiguo comandante, lleno de gloria entonces, y de ignominia en la Segunda Guerra Mundial.

Los sufrimientos de Verdún deben haber revivido en él recuerdos políticos muy graves; pues sabía él hasta donde el colonialismo de los políticos franceses, dirigidos por Clemenceau y Poincoiré, fue responsable de la prolongación de la guerra. Son muchos los críticos militares imparciales—entre otros, los jefes alemanes de aquella guerra, como Von Kluck, Ludendorf, Hindenburg—quienes sostuvieron mucho después de acabada la contienda, que el contrataque del General Foch en Fere-Champenoise en la primera batalla del Marne (septiembre de 1914) puso la victoria prácticamente en las manos de Francia; pero el hecho de que tanto Foch, como el comandante en jefe del ejército francés, Joffre, fueran de la Cataluña bajo dominación francesa, causó el debate que demoró la oportuna, urgente y decisiva ofensiva francesa, dando tiempo de reponerse al ejército alemán, prácticamente en desbandada. (Consúltese las *Memorias* de Von Kluck y Ludendorf.) Tanto a Joffre como a Foch se les acusó de no hablar francés en sus hogares; y a Foch, inclusive, de rodearse casi exclusivamente de oficiales catalanes; y hasta de celebrar en lengua catalana sesiones de su Estado Mayor. Estos recelos causaron que al vencedor del Marne se le trasladara al sur de Francia como instructor de infantería; y la sustitución de Joffre por un inepto como Neville, quién llevó al ejército a la desastrosa ofensiva de Chemín-des-Dames, al trágico sitio de Verdún, y la guerra de desgaste prolongada hasta cuatro años después.

DeGaulle sabía todo esto; y lo sabía en términos de veterano de Verdún.

No es extraño que el sensitivo político que compartía su vida interior con el militar y el autoritario, tomara muy en cuenta el problema de las naciones oprimidas dentro del mismo estado centralista francés; al mismo tiempo que percibiera el proceso de definitiva descolonización que nuestro Hostos señaló como la principal tarea del siglo XX; y cuyo total sentido le había enseñado Argelia.

Me he extendido en esta explicación pues me consta que se trata de un proceso histórico casi completamente ignorado en el

independentismo puertorriqueño. Lo uso para señalar la importancia decisiva que en un momento determinado puede tener el problema colonial de Puerto Rico para el imperialismo yanqui; para acentuar en la conciencia independentista nuestra propia importancia—en cuanto a nosotros importancia significa responsabilidad. Y por encima de todo para ilustrar, con un tipo de problema diferente al que habitualmente se asocia el “plebiscito”, la negatividad total, la inutilidad total, que para los movimientos de liberación nacional tiene el plebiscito al igual que el sistema electoral, en esencia y en todas partes, anexionistas, asimilistas, como se ha probado en el caso de las naciones europeas colonizadas por España, Francia, Inglaterra—es decir, Cataluña, Bretaña, Provenza, Vasconia, Galicia, Córcega, Irlanda, Escocia, Gales, etc.

Este proceso plebiscitario degaullista, triunfante, tampoco habría resuelto el problema de la soberanía de las naciones oprimidas dentro del estado francés; y sirve para ilustrar la servidumbre en que quedaría Puerto Rico si se aplicara, como quieren los Populares, al establecimiento de una imposible relación autónoma de Puerto Rico en el estado federal imperialista.

El plebiscito degaullista confirma el carácter anexionista—“ocultamente anexionista”—de todo plebiscito.

Lo que prueba la Argentina

La muerte en combate de Mario Roberto Santucho, Comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo, trae con nueva pasión a nuestro entendimiento, algo más allá de los elementos dramáticos y los señalamientos políticos y revolucionarios inmediatos que sirvieron de fondo a la muestra de coraje revolucionario en su mente heroica y útil. “Hay muertos que apenas dejados en la tumba reaparecen en la historia”—nos enseñó Hostos. El camarada Santucho es uno de esos muertos útiles, que siguen sirviendo cuando ya su brazo combatiente ha dejado su fusil, y otro lo recoge, para levantar nuevamente la mira contra el corazón de la tiranía.

Pero la real presencia del camarada Santucho en el actual proceso histórico de la Argentina estriba en un significado por contradicción. La guerrilla argentina que hace más de diez años inició con heroísmo ejemplar y muerte sin precedentes, mi querido amigo Jorge Ricardo Massetti, ha sido una constante exposición positiva de la incapacidad de la burguesía argentina de gobernar mediante los medios tradicionales burgueses: la “democracia representativa”, electoralmente funcionante, que en todas partes encubre la explotación descarada de las grandes masas populares.

Se adujo (guardo en mi poder una carta muy inteligente, muy pensada, muy seria, de mi muy estimado Héctor Agosti) en círculos de la intelectualidad izquierdista de la Argentina, que comparar, para méritos de las posibilidades militares de la revolución latinoamericana, la situación del granjero argentino con la del campesino boliviano, era cerrar los ojos a la realidad, descaminar el prisma hasta no ver. Es cierto: hay un abismo entre la vida del campesino boliviano y el granjero argentino. Las posibilidades y formas de la organización militar revolucionaria serán distintas. En esencia, el problema es el mismo.

A contrapelo, la posición asumida por el pensamiento fidelista, concretado en la Conferencia Tricontinental, disintiendo, reafirmaba la misma posición al desahuciar la guerrilla en Uruguay y Puerto Rico.

Un teórico de la guerra de la altura de Abrahán Guillén descuartizó esa teoría en cuanto al Uruguay se refiere. Y la

insurgencia tupamara vino a corroborar su sabiduría. Pero volvamos a la Argentina y dejemos al Uruguay para más adelante. (En cuanto a Puerto Rico sea dicho, ya hemos planteado nuestra posición repetidamente, substanciada en el señalamiento bolivariano de que “el débil, para triunfar, debe librar una larga guerra”).

A lo que deseamos referirnos con premura es que la situación argentina prueba con creces que solamente con elecciones puede gobernar la burguesía explotadora. Deseamos señalar de una vez por todas cómo es una insensatez colonial y un absurdo marxista sostener que el uso de las elecciones pueda ser útil al proceso descolonizador de Puerto Rico. Esa corrección hecha al pensamiento independentista, por el liderato del PIP y el PSP, de que aunque es cierto que no se puede independizar a Puerto Rico con elecciones, pero (¡ah pero de los peros!) no obstante la inserción electoral del independentismo “ayuda” a llevar más allá la lucha, es absolutamente irracional. La inserción del independentismo en las elecciones robustece el sistema electoral, que es exactamente el instrumento sin el cual el capital monopolista yanqui, y sus afinidades coloniales, no puede gobernar en Puerto Rico. La inserción independentista en las elecciones, por el contrario, legitima, refrenda, la definición yanquista electoral de los invasores. Por el contrario, el más mínimo esfuerzo independentista, hecho desde afuera y sin contacto alguno con un proceso electoral, robustece, agranda, vitaminiza, la proyección independizadora. Un humilde pasquín plantado en una pared en desafío a la ley que penaliza tal acción con seis meses de cárcel (¡Vaya la “Libertad de palabra”, burguesa, capitalista, yanquera y colonial!) va más allá que cualquier actividad electoral o en alguna forma relacionada con elecciones.

Lo que prueba la Argentina tan útil para Puerto Rico, es eso. No se trata, en la patria del “Che”, de Massetti y de Santucho, de un país con una economía feudal como la de Bolivia. Se trata de la primera nación moderna en el mundo de habla hispana, con un granjero más parecido al “farmer” yanqui, que a un campesino de Cochabamba; con una economía de mayor semejanza con la italiana que con la del Ecuador. Y sin embargo, va para medio siglo que la burguesía argentina prácticamente ha agotado su capacidad de gobernar “pacíficamente”, a través del instrumento tradicional de dominación explotadora en todas partes: esa “democracia repre-

sentativa”, movida por el sistema electoral, anticuado, inadecuado, “obsoleto y obsolescente”, para hacer bien a cualquier pueblo.

En la Argentina, el sistema electoral ha sido llevado por el capitalismo, desesperado por sobrevivir, al fascismo y la dictadura militar. La única fuerza libertadora democrática ha sido la guerrilla revolucionaria. Repetimos, el sistema electoral burgués a ningún pueblo conviene.

Y mucho menos a país como Puerto Rico, en el que en las elecciones no solamente NO SE DISCUTE EL PODER, sino que ni siquiera SE DISCUTE EL GOBIERNO.

Cualquier momento es oportuno para cobrar, o recobrar, el criterio político. Ojalá una sacudida patriótica opere este bien en los partidos electorales de Puerto Rico.

La experiencia tupamara

Durante varios años la organización revolucionaria uruguaya, Los Tupamaros estremeció a su país, a todos los países latinoamericanos. Como uno de estos países, Puerto Rico fijó su atención en el fraterno movimiento uruguayo. Pero a diferencia de los otros países latinoamericanos, los revolucionarios puertorriqueños tuvimos razones adicionales a las que substanciara la atención de nuestros otros hermanos desde México al Cono Sur.

La razón es obvia. Distinto a los otros miembros de la familia hispanoamericana de naciones, Puerto Rico es una colonia. Como Ernesto Guevara solía decir a los jóvenes hispanoamericanos que al visitarlo decíanle que la situación de sus países es la misma, o peor, que la de Puerto Rico, “No. Puerto Rico vive ahora la parte más difícil de la revolución”, siempre les dijo.

Esa diferencia en el punto de partida obliga al revolucionario puertorriqueño a un escudriñamiento de la experiencia de combate en los países de su América con una avidez difícil que se dé en los otros.

Además, se nos había singularizado, junto al Uruguay, como una de las naciones hispanoamericanas en la que la guerrilla quedaba deshauciada. Y como el deshaucio no venía de enemigos, sino de hermanos, nuestros oídos fueron alertados con una nueva y ávida sensibilidad.

Ocurrió prontamente que cayéramos en cuenta de que en la estrategia global de las dos tendencias más fuertes en la izquierda internacional, en enfrentamiento con el imperialismo yanqui, habíamos sido relegados a zona de piquetes y elecciones.

Va sin decirse que ninguna de esas clasificaciones pueden ser aceptadas por la Liga Socialista Puertorriqueña.

Sabemos que Puerto Rico no estará libre de la amenaza imperialista mientras quede sin hacerse la revolución a escala latinoamericana. Pero eso es verdad también con respecto al Brasil o México, y respecto a cada una de las otras naciones hermanas, incluyendo a Cuba. El gran fenómeno de la segunda mitad del siglo XX ha sido el colapso de los regímenes coloniales. Pero el más grande y profundo y consecuente suceso de ese tormentoso proce-

so histórico será nuestra segunda guerra de independencia, esta vez contra el imperialismo yanqui. Esto, que he dicho y predicado desde la adolescencia; desde cuando en Las Segovias Sandino batía a la infantería de marina yanqui, lo repetimos ahora con la sobria mirada de la larga experiencia y la observación del proceso histórico en su desenvolvimiento universal.

Pero este frío entendimiento de la realidad no significa para nosotros que “Puerto Rico será lo último”, como le oímos decir a Carlos Franqui en 1959. Y no es que nos amparemos en el bello decir de Franz Fanon—“los últimos serán los primeros si se abren paso a tiros”. Es algo más. Es la experiencia.

Cuando, en plena Segunda Guerra Mundial, se derrumbó voluntariamente, el antimperialismo en aras de la lucha contra el fascismo, fue un periódico puertorriqueño (*Pueblo Hispano*), el único refugio en el que, sin faltar un momento a la lucha antifascista, y sin faltar a un solo principio revolucionario, mantuvo en alto el estandarte de la revolución puertorriqueña; el derecho de Puerto Rico a la independencia sin esperar a que terminara la guerra; y a la obligación de resistir el servicio militar obligatorio impuesto por el imperialismo a su colonia llamada Puerto Rico. Parejamente, así también defendimos impertérritamente los derechos del antimperialismo en todas nuestras naciones; al punto de que expresáremos nuestro endoso y solidaridad y defensa a la insurrección guatemalteca que derrocó al “westpointer” mayordomo de la United Fruit en Guatemala, Jorge Ubico, en 1944—hecho que se consideró como una herejía en aquellos azarosos, turbulentos y confusos años.

Recordamos aquellos años de la segunda mitad de los cuarenta, cuando Estados Unidos abusaba a sus anchas su monopolio de la bomba atómica; sembrada de déspotas afines la inmensidad de nuestro territorio antillano y continental; desbarataba gobiernos y arrojaba del Palacio de Miraflores, pecho de caballo, a un venezolano del prestigio de Rómulo Gallegos; montaba un guatemalazo que no era únicamente contra Guatemala, y hacía y deshacía en América sin que la libertad tomara una pistola y le saliera al paso.

Pues en esos momentos fue Puerto Rico quién contestó, tiroteando al imperialismo desde Jayuya a Washington, en octubre de 1950. Y exactamente, el día mismo en que su testaferría diplomáti-

ca imponía en Caracas el aislamiento de la Guatemala de Arévalo y Arbenz, revolucionarios puertorriqueños regaron de pólvora y plomo el Congreso imperialista en Wáshington.

Lo que queremos probar es que si bien es cierto que ninguna de nuestras naciones ganará la total seguridad de su independencia más que ganándole una guerra de independencia a Estados Unidos—cosa que ocurrirá inevitablemente—ni Puerto Rico ni ninguna otra tienen que sentarse a esperar porque “alguien se tire adelante”. Si nos ponemos a esperar a una hora fija, para que todos nuestros pueblos se alcen en armas, desde México hasta Buenos Aires y Santiago, ¡pues ya podemos sentarnos! Del mismo modo que un revés, por grave que sea—como el que sufrimos en Chile, por ejemplo—quiera decir que todo el campo revolucionario latinoamericano tiene que replegarse y esperar a que desde algún lugar nos hagan la nueva señal para el ataque.

De ahí que estemos muy alerta a cualquiera manifestación de la Revolución en nuestra América. De ahí que observáramos atentamente a un movimiento como el de los Tupamaros, tan cercano a la toma revolucionaria del poder y, a las vistas, aún antes de lograrlo, con la potencialidad posible de nuclear alrededor suyo a las principales fuerzas revolucionarias del Cono Sur.

Súbitamente, el desastre.

El desastre, que no ocurrió para nosotros cuando se hizo visible para todos. Porque para nosotros el desastre ocurrió el día en que supimos que los Tupamaros se habían unido al titulado “amplio frente”, tan amplio como para llevar dentro de sí mismo todas las posibilidades de la derrota. ¡Los Tupamaros unidos a fuerzas electorales! ¡El desastre!

El desastre ocurrió, como después lo vieron todos.

Y ocurriría en Puerto Rico algo peor que en el Uruguay si las fuerzas revolucionarias puertorriqueñas respaldaran a los electores, cosa que, por cierto, no ocurrirá

Las organizaciones revolucionarias “legales”

El movimiento independentista puertorriqueño ha sido siempre un movimiento tolerado por el imperialismo, hasta tanto llega a un punto de su desarrollo, bien sea en números, en influencia, o en actividad. Cuando se desarrolla hasta ese punto, es reprimido sin contemplaciones. Es este tipo de organización que actúa públicamente la que titulan “legal”. (Significativamente la policía siempre nos llama, con más respeto, subversivos; y la prensa imperialista llama a nuestras publicaciones, “clandestinas”).

No quiere esto decir que no es reprimido a tiempo en el que se le tolera. Por ejemplo: el control de crédito bancario ha sido un arma contundente para evitar la adhesión de los comerciantes al independentismo. El soborno masivo—los “cupones” en este momento—, es otra manera de combatir la independencia. (En Estados Unidos lo usan para reprimir a la izquierda, a aún al pobrecito movimiento sindical que le sirve hasta lo imposible.)

La forma más efectiva de represión que el imperialismo ha impuesto al independentismo es el sistema electoral. Cuando un partido independentista se organiza como fracción electoral es porque ya su liderato organizador se amedrentó políticamente por corazón ajeno (en parte por lo menos). El régimen lo utiliza para llevar la independencia al matadero electoral; y lo utiliza además para reprimir cualquier otro partido independentista que se organice con propósitos menos colaboracionistas. El Partido Liberal fue usado para reprimir al anticolaboracionista Partido Nacionalista. El PIP ha sido sistemáticamente usado para reprimir al PSP. Y el PSP para reprimir al PIP obligándolo a ser más conservador, más tímido, más timorato.

Los partidos electorales han sido sistemáticamente usados para desfondar las finanzas de los revolucionarios. Baldorioty y Muñoz Rivera jugaron un papel muy efectivo en este proceso en contra de Betances. Más efectivo aún fue en este sentido el Partido Liberal, primero, y el PIP, después, en relación con el Partido Nacionalista.

Si se recuerda que el Nacionalista fue siempre un pequeño partido y se sabe que su influencia llegó a pesar sobre la mayoría de la población—ejemplos: la huelga de la caña en enero de 1934; la

masividad influida y movida en plena represión brutal: la Masacre de Río Piedras (octubre de 1935); el proceso judicial de 1936; la Masacre de Ponce, 1937—se entienden mejor las palabras de Betances: “Si el pueblo quiere, con cincuenta hombres basta”. Es decir, cincuenta hombres pueden convencer al pueblo. Pero con su ejemplaridad revolucionaria.

Yo doy testimonio que la irradiación masiva que llegó a tener el Partido Nacionalista en aquellos estremecedores años, fue la obra de menos de una treintena de hombres y mujeres, mal armados, casi desarmados o desarmados, pero resueltos, y, sobre todo, DEDICADOS. Si la falta de fondos mancó hasta la extenuación la capacidad combativa entonces, ello se debió principalmente al acaparamiento económico del Partido Liberal.

Si el Partido Nacionalista pudo hacer tanto, fue porque su líder, y los más allegados a su líder, entendieron a cabalidad el papel positivo de un partido independentista “tolerado”, dicho sea, agitar, agitar y agitar hasta agotarle la tolerancia al régimen. Para poder llegar a ese punto de eficacia, tuvo que retirarse de las elecciones.

Los partidos electorales no pueden hacerlo: su ola agitadora, encrespada y turbulenta que sea, acaba por morir mansamente a los orillas del Tribunal Electoral.

La Liga Socialista Puertorriqueña sabe cual es su deber: agitar, agitar, agitar, hasta producir el estallido.

Recordamos cuánto de lo positivamente ocurrido en el campus de la UPR fue efecto de esa agitación .

Por ejemplo: el 26 de septiembre fue atacado el Cuartel del ROTC en el campus. El 2 de octubre el liderato de la Liga Socialista Puertorriqueña fue arrestado y sometido a un proceso “criminal” en el que fue condenado a largos años de presidio. Ese proceso, aún pendiente en el Tribunal Supremo colonial, quiere ahora mismo el gobierno precipitarlo nuevamente, mediante un recurso reglamentario absurdo.

La Liga Socialista nunca ha faltado a su deber de organización “tolerada”, y antes, durante y después del proceso, ha cumplido plenamente su deber de agotar la tolerancia al régimen.

No importa cuáles sean los resultados de ese, o de otros procesos, la Liga Socialista Puertorriqueña seguirá adelante.

Y no hemos terminado.

La Huelga Universitaria de 1948

La huelga de los estudiantes universitarios comenzada el 12 de abril de 1948 tiene una categoría única. Fue la primera huelga de ese tipo en el mundo colonial. (Para entoces, el 75 por ciento de la humanidad vivía en el más brutal coloniaje o semicolonaje.) Otra cosa: hasta donde mi conocimiento llega, ninguna de las grandes huelgas con que se inició, históricamente, el movimiento universitario—la de los estudiantes de la Universidad del Plata, en la Argentina, y la de San Marcos en el Perú—tuvo el respaldo popular con que contó la huelga universitaria del campus colonial de Río Piedras. Dicho en redondo, ninguna huelga universitaria anterior a la puertorriqueña de 1948 tuvo ese respaldo en el grado que la nuestra. Tendrían que pasar 20 años, y que ocurriera en Francia, para que tal marca fuese superada.

Digo nuestra en el sentido patriótico de la palabra; porque yo no era ni estudiante ni profesor en la UPR. Nunca lo he sido. Pero digo NUESTRA por su origen patriótico, independentista. Su causa inmediata fue el enarbolamiento de la bandera patria en substitución de la bandera imperialista en el asta de la Universidad. (Solamente esa bandera era permitida.) Ese hecho culminó en la expulsión de los cuatro dirigentes universitarios de mayor importancia: tres de éstos, Juan Mari Brás, Jorge Luis Landíng y José Gil de Lamadrid, eran miembros del PIP; Pelegrín García, del Partido Nacionalista. La bandera puertorriqueña había sido izada como homenaje a Albizu Campos, recién regresado a Puerto Rico. Una invitación a Albizu Campos, hecha por el estudiantado para que les dictara una conferencia había sido prohibida por la administración. El “rector” de la UPR era Jaime Benítez, “careta” de Rexford Tugwell, el imperialista del “brain trust” de Roosevelt, y exgobernador de la colonia. Tugwell había permanecido en Puerto Rico para dirigir tras bastidores la transición política a la reforma colonial “gobernador electivo-gobernador electo”.

Por donde quiera que se le tomara el origen de la huelga fue de auténtica raíz patriótica. Jamás habría sido posible—ni en origen ni en magnitud—exclusivamente a base de sus rasgos exterior-

res—regreso de Albizu, expulsión de cuatro estudiantes—sin que Puerto Rico viviera en aquel año un gran auge independentista particularmente reflejado en el estudiantado universitario.

No es desconocido que ese auge existía. Tampoco se desconoce que desbaratar ese auge fue encomendado políticamente a Muñoz Marín y su Partido Popular, bajo la dirección de Rexford Tugwell y con la protección del FBI, la policía y la Guardia Nacional.

El fundamento estratégico, tan vulgar, de ese contrataque político en la UPR lo expresó Benítez al arranque de la huelga: culpó a quien él llamó “el representante de Hitler y Mussolini” (Albizu Campos) y el de Stalin (el autor de estas páginas), como verdaderos líderes de la huelga. La acusación era ridícula, y su propósito inmediato era intimidar a los padres de los estudiantes. Otro, jugar a los pipiolos y reformistas en general contra las posibilidades revolucionarias a que la mala fe de la alusión se dirigía.

En realidad, ya Héctor Agosti lo había señalado en su percatador ensayo sobre el movimiento estudiantil en Argentina. Sin un movimiento popular en el que apoyarse, cualquier huelga estudiantil está condenada al fracaso. La razón más elemental es que siempre la administración puede recurrir a un “lock out”: la universidad se cierra y los huelguistas quedan fuera del campus. La administración puede aprovecharse de una estratagema coincidente. Volcar el cierre dentro de unas vacaciones reglamentarias. El único recurso disponible a los huelguistas es entonces el apoyo popular. Todo eso ocurrió en la huelga del 48. El único recurso disponible—indispensable aún sin estos recursos administrativos—es el apoyo popular. Si hay hecho que pruebe que la huelga del 48 contó con el respaldo popular que necesitaba, eso queda probado con la coexistencia de un auge independentista en el país, que apoyó y sostuvo la huelga hasta donde dieron sus límites.

Sus límites estuvieron dentro del independentismo: el sector electoral, fuera del campus, compuesto por el PIP y sus afinidades, frenaba el impulso revolucionario que ampliaba las posibilidades huelgarias. El sector revolucionario, limitado por la muralla pipiolar y por sus propios intereses extrauniversitarios (intensificados por la contrariedad pipiolar), no pudo desplegar su actividad ni la influencia de Albizu en la juventud que (en el campus y fuera del campus) siempre estuvo dispuesta a batirse. Como ocurriría el Once

de Marzo de 1971, estudiantes de todos los sectores (incluyendo “populares”) enfrentaron con igual valentía y sin sectarismo alguno, a las fuerzas represivas, en el campus y en las calles de Río Piedras.

El PIP iría a sus primeras elecciones en noviembre ese año. Buscaba su fracaso electoral con tanto ahinco que sacrificó la primera huelga estudiantil en el mundo colonial y la más importante ocurrida hasta entonces en el mundo. ¡Y todo por echar papelitos en una cajita!

La Hermandad de Veteranos

Al terminar la Segunda Guerra Mundial un factor explicable fortificó el ya existente auge independentista. Este factor fue el regreso de cerca de setenta mil puertorriqueños reclutados a las fuerzas armadas imperialistas. El regreso del Regimiento 65 de Infantería, compuesto totalmente por puertorriqueños, fue una demostración independentista. Sentimientos de ausencia forzosa, vejaciones; el avivamiento de conciencia producido por la alianza con la Unión Soviética; las esperanzas animadas por el malvado engaño Roosevelt-Churchill llamado Carta del Atlántico; la confianza propia que da el conocimiento en el manejo de las armas crearon ese clima patriótico en la tropa colonial.

Como resultado de esa actitud del veteraniado colonial se organizó la Hermandad de Veteranos. Su principal organizador fue José Tejada, independentista, quien ingresó en el PIP al organizarse dicho Partido en octubre de 1946. Tejada fue también dirigente de la huelga universitaria del 1948. Perteneció al grupo de pipiolo que peleó bravamente sin hacer reparo alguno, porque a su lado se enfrentara a la policía un estudiante de otra organización. Esa, ciertamente, no fue la actitud de su partido, que por fin acabó por neutralizarlo.

Tejada organizó con gran efectividad la Hermandad de Veteranos. Pero cometió dos errores: asumir una posición liberal frente al gobierno y sectarizar, en la práctica, la dirección de la Hermandad. Ambos errores le llegaban directamente de su partido y de afinidades momentáneas del mismo. Cualquiera de los dos errores ponía en riesgo de liquidación a la Hermandad. Bastaba que el gobierno se percatara del peligro que la Hermandad representaba. Prácticamente estaba liquidando a la Legión Americana, y esto era ya síntoma lo bastante grave como para atraer el contrataque gubernamental.

El Binomio Tugwell-Muñoz Marín le cayó encima inmediatamente. Por la apertura demoliberal se metieron los agentes enemigos. Con la falsa bandera de la fraternidad puertorriqueña lograron que la Hermandad invitara a Muñoz Marín a hablarle a la gran asamblea de la Hermandad en el Sexto Escobar. La trampa electorera

de que esta gran maniobra le ganaría votos populares al PIP fue en verdad la tribuna usada por Muñoz Marín. El discurso de Muñoz Marín fue un triunfo de la demagogia sobre la demagogia. Fui una de tres personas que advertimos con tiempo a Tejada lo desastroso de dicha invitación. En vano. Tejada, todo corazón, se había dado por entero a su partido. La comparecencia de Muñoz Marín tocó a fondo en la fibra dolorosamente oportunista del colonizado. “Ustedes serán veteranos por cierto tiempo”, les dijo. Pero seres humanos, padres de familia, lo serán toda la vida. Para cuando se acaben los “derechos del veterano”, él , Muñoz Marín, el Partido Popular, les abría nuevos horizontes.

La papeleta electoral, cargada de torpeza y traición, disolvía, a partir de ese momento, la Hermandad de Veteranos.

¿Podría un partido antielectoral caer en semejante desatino? Un dirigente antielectoral, aún menos inteligente y menos valeroso que José Tejada, ¿habría invitado a Muñoz Marín a hablarle a la Hermandad?

La contestación más elemental, es ¡NO!

Un Manual Para Derechistas

Lenin, arrastrado por un júbilo triunfal bebido en circunstancias específicas, escribió el último de sus ensayos de gran influencia. Es un tratado táctico de enorme importancia, y no pudo él vivir para ver cómo, una etapa inmediata del desarrollo histórico, transformaría su genial pensamiento en el aperitivo predilecto de cuanto oportunista ha pasado por el movimiento revolucionario internacional. En una palabra, Lenin, sin proponérselo, escribió un manual permanente para derechistas: un esquema fijo (nada más antidialéctico, pero en eso lo convirtió la pronta muerte de su autor, para dos generaciones de enfermos endémicos con esa fea enfermedad del determinismo de derecha.

En su documentada *Historia de la Rusia Soviética*, Tomo III, Cap. 25, el historiador inglés E. H. Carr, relata el electrizante momento en el que Lenin confiaba a su posteridad conceptos que ya no podría él mismo rectificar, como siempre hizo en el pasado con la energía moral que dinamizó su autocrítica. A continuación el análisis de Carr:

“Con esta creencia en el paralelismo de las revoluciones firmemente enraizada en su mente, era difícil no considerar la experiencia bolchevique como la fuente principal de instrucción para los comunistas occidentales.

“En este estado de ánimo de fe y esperanza en la conquista total, se convocó el segundo Congreso de la Comintern para el verano de 1920 y Lenin escribió en abril, a modo de preparación para él, un folleto titulado *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo [de Europa -JAC]*. El último de sus grandes escritos, y considerado entre los más influyentes, es por ello que reviste particular importancia el resaltar las circunstancias que lo inspiraron. Fue escrito en un momento de legítima autosatisfacción por haber terminado la guerra civil con una victoria que sobrepasaba todo lo esperado; la triunfante justificación de la teoría y la práctica del bolchevismo daba pie al tema, que se desarrollaba en el folleto desde la primera a la última frase, de que la experiencia rusa debía servir como faro y ejemplo para los movimientos revolucionarios de otros países. Fue escrito en un momento en el que el período de dos

años de aislamiento ruso con respecto al mundo exterior acababa justamente de iniciar su terminación y, por tanto, Lenin disponía todavía de pocas fuentes de información y aún menos de contactos directos que trajesen ante él las realidades de la situación política, especialmente de los movimientos de izquierda, en Occidente; contemplaba la evolución europea en el espejo distorsionate de todo lo que había pasado en Rusia desde su dramática vuelta al Petrogrado en abril de 1917. Finalmente estaba escrito en el credo, en el cual confiaba, que la revolución proletaria, después de triunfar en Rusia, estaba a punto de extenderse sobre Europa Occidental. Los argumentos y recomendaciones del folleto estaban escritos con destino a ese breve intervalo necesario para que tal pronóstico se consumase. Sólo más tarde, lo que Lenin había concebido como expedientes tácticos a corto plazo, fue invocado y aplicado para un período mucho más largo de lo que nunca pensó Lenin.

“Partiendo de la premisa de que algunos rasgos de la Revolución rusa eran susceptibles de ser reproducidos a escala internacional, Lenin resumió la historia del bolchevismo para demostrar cómo el partido había tenido que vérselas con dos enemigos principales: el oportunismo socialdemócrata por la derecha, y el anarquismo pequeño-burgués por la izquierda. Los ataques de Lenin a la oposición habían sido dirigidos principalmente contra las derechas; una vez en el poder, los dirigió contra el extremo opuesto. Lenin creía que el peligro desde la derecha, aunque más grave que el peligro desde izquierda, había sido sustancialmente superado; la Segunda Internacional era uno de sus últimos coletazos. Por consiguiente, se concentró en el peligro menor pero más actual del ‘Izquierdismo’. Los dos principales casos de ‘Izquierdismo’ en la historia del partido habían sido la oposición a la participación en la Duma de 1908 ; y la oposición al tratado de Brest-Litovsk en 1918; en ambos casos la oposición se había basado en razones de ‘principios’ en contra del ‘compromiso’. Lenin la emprendió en sus ataques contra el ala izquierda del movimiento socialista alemán (y también contra el inglés) por rechazar la participación en las elecciones parlamentarias y en los sindicatos: estos mismos errores ‘izquierdistas’ fueron ejemplificados en el sindicalismo francés, italiano y americano. Las líneas de actuación para el próximo congreso fueron establecidas de manera clara y precisa, siempre con la

premisa de que el objetivo fuese persuadir a los ‘izquierdistas’ y no romper con ellos. La línea seguida a lo largo del pasado año de inflexible hostilidad hacia los socialdemócratas de derecha, pero de suavidad hacia las desviaciones de izquierda, entre aquellos que todavía podían ser incorporados a un frente común contra ella, no la abandonó Lenin; en un apéndice del folleto llegó a admitir, con los ojos puestos en Alemania, que los comunistas de izquierda tenían en ocasiones más éxito que los ortodoxos en conseguir el apoyo de las masas. Pero el tono era notablemente más duro que el verano y otoño anteriores, la insistencia en la disciplina y la conformidad era más enfática y las condiciones de aceptación estaban expuestas más rigurosamente. La participación en los parlamentos y en los sindicatos, que había sido tratada por Lenin y la Comintern en el otoño de 1919 como un asunto secundario por el que no merecía la pena discutir, ahora se convirtió en una obligación imperativa.

“Lenin se metió también en algunas generalizaciones más amplias. En un capítulo titulado ‘¿Compromisos, no?’, citaba un texto de Engels en el cual se dice que los comunistas tienen que estar dispuestos a pasar ‘por todos los estados y compromisos creados, no por ellos, sino por el curso de la historia’ en el camino hacia su meta. En respuesta a los izquierdistas que pretendían permanecer en los principios puros, declaraba que ‘toda la historia el bolchevismo, tanto antes como después de la Revolución de Octubre, está LLENA de maniobras, de conciliaciones, de compromisos con otros partidos, incluyendo a los partidos burgueses’. Pero el ejemplo más detallado que se daba en el folleto sobre las tácticas de maniobra y compromiso revelaba algunas de las dificultades prácticas. Este era el famoso pasaje en el cual se recomendaba a los comunistas británicos el ‘ayudar a los Hendersons y Snowdens a derrotar juntos a Lloyd George y a Churchill.’ Se debía proponer un compromiso a los Hendersons y Snowdens bajo la forma de un ‘acuerdo electoral’ para una campaña en común en contra de ‘Lloyd George y los conservadores’, y , para una división de los escaños ganados—de acuerdo con algún principio que Lenin no establecía—entre los laboristas y los comunistas. Todo esto se debía conseguir sin embargo, bajo condiciones que permitiesen a los comunistas ‘la más absoluta libertad para condenar a los Hendersons y

Snowdens'—al igual que los bolcheviques habían permanecido durante largo tiempo asociados a los mencheviques en un solo partido mientras continuaban condenándolos sin ninguna limitación. Y para que esta propuesta de compromiso, incluso tan limitada, no pareciese en conflicto con la actitud, abordada en otra parte del folleto, de inflexible hostilidad hacia los socialdemócratas de derechas, Lenin aconsejó a los comunistas británicos el 'explicar de forma popular' que él 'apoyaría a Henderson con su voto como la cuerda sostiene al hombre que va a ser ahorcado', ya que cuanto más se aproximasen los Hendersons al poder, más cerca estarían de su 'muerte política', pues quedaría patente su verdadero color político ante las masas trabajadoras. Este cálculo astutamente imaginado para una alianza táctica temporal en pro de objetivos específicamente limitados con fuerzas que había que condenar y finalmente destruir, podía haber parecido plausible para un liderazgo que tuviese tras de sí a una masa diciplinada dispuesta a seguir sus instrucciones sin ninguna crítica ni discusión. Pero recomendarlo como táctica política en la campaña electoral británica, donde tanto los procedimientos como los fines habían de ser calurosamente debatidos en el seno de los partidos y entre los partidos mismos, tenía necesariamente que provocar una sonrisa en los políticos con práctica.

“El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo revelaba inconcientemente por vez primera el punto flaco del armazón bolchevique—el compromiso resultante de la suposición de una estrecha analogía, inatacable, entre los procesos revolucionarios y las tácticas revolucionarias en Rusia—pueblo que había pasado casi directamente de la autocracia a la revolución proletaria, y países donde el proletariado contaba con una larga etapa de adoctrinamiento en la teoría y práctica de la democracia burguesa. Cuando un diputado anarquista, durante un debate en el VTsIK, señaló en 1918 que, a pesar de que el proletariado ruso no tenía 'conciencia estatal' el proletariado occidental 'se siente poseedor de un fragmento del poder como una parte del mismo Estado que está ahora defendiendo', Lenin contestó con desusada aspereza que ese punto de vista del trabajador occidental era 'tan estúpido que no sé cómo podría serlo más'. Los bolcheviques, en su avidez por negar la existencia de diferencias nacionales innatas, estaban a

veces tentados de ignorar la realidad de las diferencias nacionales que tenían profundas raíces económicas y sociales. Subestimaban de manera insistente la proporción de trabajadores que en los países occidentales habían obtenido beneficios utilizando los procedimientos democráticos y para los que no era fácil olvidar la validez de dichos procedimientos. Lenin, en realidad, nunca comprendió por qué ‘el reformismo’, que no significaba nada en Rusia, era un persistente y victorioso rival, en Europa Occidental, de la doctrina de la revolución; por qué la acción ilegal, que era aceptada como algo evidente por los trabajadores rusos, suscitaba tan fuertes prejuicios en Occidente; o por qué la disolución de la Asamblea Constituyente, que no levantó más que leve indignación entre los obreros rusos, había impresionado a un gran número de trabajadores occidentales.

“La confusión se agudizaba particularmente en la cuestión de las relaciones entre la dirección del partido y las masas, que se suscitaban intermitentemente desde la controversia en el partido, de 1903. Lenin se mostró siempre muy atento al papel de las masas en el movimiento revolucionario. Era el socialismo utópico el que creía que la nueva sociedad sería creada por ‘gente especialmente virtuosa criada en un marco especial, a modo de estufa’. Los marxistas sabían que había que construirla a partir de ‘la masa de material humano, retorcida por siglos y milenios de esclavitud, servidumbre, capitalismo, pequeñas economías individuales y guerra de todos contra todos por un lugar en el mercado, por más altos precios para las mercancías o la mano de obra’. Pero esta concepción de las masas como material revolucionario traía consigo una visión particular sobre las funciones del liderazgo. Si el liderazgo no tenía sentido sin un apoyo de las masas, las masas eran impotentes sin una dirección. En *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin declara vigorosamente que plantearse la cuestión de la ‘dictadura de los dirigentes o la dictadura de las masas’ de esa manera era prueba ‘de una increíble e intrincada confusión de pensamiento’. Significaba meramente el separar dos cosas que formaban parte de una unidad revolucionaria indisoluble. Este concepto había surgido de un estudio de las condiciones rusas y fue brillantemente aplicado entonces, como lo demostró el éxito de la política bolchevique. Lo necesario en Rusia era crear una conciencia revo-

lucionaria entre las masas de los trabajadores, hasta entonces políticamente inconcientes; y para este propósito el imprimir una dirección revolucionaria fuerte y disciplinada era de primerísima necesidad. La misma concepción de ‘las masas’ como una gran reserva de proletarios oprimidos y desorganizados, que adquirió una importancia creciente en el pensamiento bolchevique, reflejaba el atraso del obrero industrial ruso característico. Pero el mismo concepto no era aplicable, o lo era sólo en aspectos muy lejanos, en países donde el problema no era el imprimir una conciencia revolucionaria sobre tabula rasa de las masas políticamente inconcientes, sino el penetrar y transformar una conciencia política altamente desarrollada en la tradición democrático-burguesa. Esta tarea era diferente a todo aquello con que se habían encontrado los bocheviques rusos, y mucho más sutil y complicada; la incomprensión de esta diferencia explica el por qué las recetas prescritas a Occidente por los bolcheviques, y luego por la Comintern, resultaban a menudo inadecuadas e inaplicables. Tuvieron que pasar muchos años para que se alcanzase una situación en la cual las decisiones uniformes tomadas desde Moscú eran automáticamente aplicadas por los dóciles partidos comunistas sin apenas considerar su validez a la luz de la opinión y las condiciones locales. Pero los primeros e insidiosos comienzos hay que buscarlos en el período en que Lenin escribió *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* y en que se celebró el segundo Congreso de la Comintern.”

Milicias Obreras (1975)

Una hoja suelta del Comité de Base de Obreros Telefónicos levantó recientemente gran revuelto. Repercutió por radio, la prensa y la TV. Todo porque al analizar las lecciones de “una huelga pasada” en la hoja suelta se planteó la consigna de “milicias obreras”

Examinamos esa consigna de manera lejana al estridentismo alarmista y mal intencionada con la que lanzó a ojos y oídos el comunicacionismo patronal, yankista, imperialista, antiobrero y anti puertorriqueño.

Al contrario. Analizamos la consigna con el entendimiento de la buena fe del Comité de base de la Telefónica al lanzarla. Pero particularmente al modo en que el marxismo-leninismo analiza las consignas.

El conjunto de consignas expresado en determinado momento revela no solamente por dónde va el proceso revolucionario histórico que las trasmite. Demuestra, además, adonde se dirige. En un sentido más profundo indica hacia donde se dirige. Puesto que la táctica se funda en la ley de auge y repliegue del proceso revolucionario, esta consigna táctica de “milicias obreras” que el Comité de Base de la Telefónica lanzó, parece echada a volar por encima de la realidad en que el proceso revolucionario puertorriqueño camina.

Rutina y revolución

Esa es la práctica habitual con que la presentación de consignas se juzga. Esa mentalidad de rutina es contrarrevolucionaria. Se aleja tanto de Marx y Lenin cómo se alejaron Lenin y Marx de la rutina de su época. Marx fue Marx porque no fue hombre de rutina. Por la misma razón Lenin fue Lenin. De nada está tan lejos el marxismo-leninismo como de la rutina.

Otro aspecto del asunto es que se escoge rutinariamente la consigna de acuerdo a las conveniencias del sector particular que las lanza. Sutilmente, el particularismo arrastra hacia el sectarismo. Y ya sabemos su parentesco con el oportunismo.

Con esta quiebra sectaria se anula la esencia del análisis marxista. Se asegura que el examen se hace de acuerdo a toda la realidad a la vista. Pero en la verdad no se hace si no mirando a la conveniencia particular de la organización analizante.

Es de importancia en este caso observar que el Comité de Base de la telefónica no es organización partidaria. Y aún que de los tres firmantes de la hoja suelta solamente uno tiene matrícula partidaria. Los uno que los tres trabajan para un mismo patrono y los tres son independentistas. Con este doble factor de unión sus opiniones y actividades encajan en el proceso revolucionario histórico cabal y perfectamente.

No sabemos a través de qué proceso de pensamiento llegaron a la consigna de “MILICIAS OBRERAS”.

Pero creemos que su presentación encaja dentro de un análisis de la sociedad puertorriqueña si se hace desde el punto de vista, no de una organización revolucionaria en particular sino en vista al estado general de la sociedad puertorriqueña actual.

No es secreto el estado de deterioro del movimiento sindical. El fenómeno no es puertorriqueño a solas. Es un hecho internacional. De manera que desde el punto de vista del proceso revolucionario histórico el movimiento sindical es un anacronismo.

Acompaña a este hecho otro. Ninguno de los sectores organizados independentistas puede organizar la revolución, no obstante cuanto se evoque a Betances y Lares y a Albizu y Jayuya; y a Marx, Lenin, Mao y “Che”. La razón es obvia: *los que pueden no quieren y los que quieren no pueden*. Y de ese modo los unos nos anulamos a los otros. La revolución queda por hacerse.

Del otro lado, el régimen también está en crisis. No solamente en Puerto Rico. Lo está en todas partes. Pero lo está en dónde más nos importa: en Puerto Rico y en Estados Unidos.

Y ese deterioro del régimen en Estados Unidos y en Puerto Rico hace correcta la consigna de “milicias obreras” lanzadas por el Comité de Base de los Obreros Telefónicos. Es correcto adelantarse a los sucesos, poner de antemano a disposición de la clase trabajadora y el pueblo en general ideas correctas de organización revolucionaria.

Violencia En Puerto Rico

La violencia, arrojada fuera de cauce, protagoniza diariamente la noticia puertorriqueña. Es la violencia mala, negativa, irracional e inútil, del hampa armada. Y el estado, como violencia organizada que es, es insuficiente para contender contra ella. La razón es profunda e insuperable, excepto mediante la revolución. Porque la violencia organizada del estado y la violencia organizada del hampa brotan de la misma fuente impura de la explotación del hombre por el hombre ocurrida en nuestro caso en la doblemente caótica sociedad colonial. Solamente una violencia que surgida de esa misma fuente impura se purifique negándola, podrá sacar de las entrañas puertorriqueñas la fuerza necesaria para librarse de ella.

Dentro de esta observación de la violencia capitalista y colonial que el país padece, no pasemos por alto otras de sus manifestaciones. Miremos hacia el homicidio, el suicidio, el atentado a la vida, la agresión individual, que ocurren diariamente también pero sin contacto con el aparato organizado del crimen mafioso o de la agresividad policial. Añádase la tasa de agresiones a la propiedad privada que no tienen ejecución mafiosa; que surgen naturalmente de la pobreza, la ansiedad, el hambre. El complejo completo de la violencia en Puerto Rico señala hacia la necesidad de la revolución.

Al mismo tiempo, ciérrase los ojos al hecho real de la transformación material de la sociedad puertorriqueña producida bajo la mano brutal del capital monopolista yanqui y de su brazo garantizador el Pentágono, para que se caiga en la desorientación, por patriota que uno sea. La clase obrera tiene sus aliados naturales pero tiene sobre todo su propia fuerza, que es en la que reposa la fuerza y la capacidad de desarrollo de la nación.

La experiencia colonial

Acaba de morir en Dublín el insigne patriota Ramón de Valera. Su nombre repercute en el corazón del patriotismo puertorriqueño reproducido, como en caja de resonancia, por la recordación albizuista.

Cuando Ramón de Valera asume la dirección suprema, a la muerte de Michael Collins, del movimiento independentista irlandés, hereda la selección de dos designios que se cruzaron para poner a Irlanda camino de la independencia. Uno se llama James Connolly y el otro Pádraic Pearse. Hubo entre éstos una competencia de la pureza patriótica. Connolly era comunista y era católico Pearse. Pearse puso en la Insurrección de 1916 sus “Voluntarios Irlandeses”, brazo armado del nacionalismo irlandés. Connolly, su “Milicias Obreras”, brazo armado del tradeunionismo irlandés. Juntos combatieron y, Connolly y Pearse murieron fusilados por el imperialismo inglés, momentáneamente victorioso. Connolly fue el jefe militar de la insurrección. Dejó al proletariado de los pueblos coloniales un ejemplo vital y una obra teórica militar de valía. Se le juzga el verdadero fundador de la República Irlandesa.

De Valera optó por alejarse del designio de Connolly. A ese alejamiento se debe, en grandísima parte, que muera tantos años después dejando a Irlanda dividida y aún en desangre interno en su secular lucha por la unidad nacional y la verdadera independencia.

Los independentistas puertorriqueños tenemos que mirarnos en la experiencia libertadora triunfante de los pueblos coloniales. Ho Chi Minh la protagoniza hasta la dimensión del símbolo. Giap es el que mayor reconocimiento militar ha logrado. No es para dejarse a un lado a Kim Il Sung. Por honda, particular razón histórica sus pueblos y el nuestro han sido ligados contradictoriamente por el mismo brazo opresor.

La Coyuntura Internacional

Todo parece indicar que nos apartamos en demasía del tema original. No es cierto. Es que nos encontramos ante una situación que nos exige apartarnos de la rutina. La consigna de “milicias obreras” que el Comité de Base de la Telefónica lanzó, no es un disparate táctico. Es, léase bien, un propósito de predisponer a los trabajadores de esa empresa, y la clase trabajadora en general, a pensar en objetivos de rompimiento con una manera de pensar colonialmente rutinaria. Invita a los trabajadores a levantar sus ojos de la práctica rutinaria sindical, que es como invitarlos a quitar los ojos del suelo. Los invita a la vez a apartar sus ojos de las elecciones

coloniales como forma política de la actividad anticolonial. Movimiento sindical, negociaciones obrero patronales, consejos asesores, tanto como elecciones coloniales, son partes del todo en que se contiene la coexistencia pacífica con el imperialismo. Hay que romper con todo eso. No se rompe sino rompiendo. El desgarrón duele, pero cura.

Un movimiento internacional de crecientes proporciones a favor de la independencia de Puerto Rico, se desarrolla ante nuestros ojos. Nos toca ahora decidir si lo vamos a ver con ojos de idiotas o con mirilla revolucionaria. Idiotas seremos si es que no caemos en cuenta de cómo a lo más que la presión internacional puede obligar a Estados Unidos es a reconocer instrumentar la “autodeterminación” política de los puertorriqueños. Y esa “autodeterminación” instrumentada por presión internacional solamente puede funcionar a través de la acción congresional yanqui, mediante la organización de un plebiscito. En esas condiciones—“el plebiscito es una forma oculta de anexión”—no nos llevará a la independencia. Nos llevará a la “autonomía”.

No sólo a eso. Nos llevará a la “autonomía” solamente en el grado en que una fuerza revolucionaria armada opere en Puerto Rico. O a la independencia si es que la magnitud de la lucha armada puertorriqueña en Puerto Rico y en Estados Unidos se desarrolle a grado capaz de empollar una política yanqui, parecida a la que Argelia engendró en Francia.

De lo que no podemos apartar el pensamiento es en esto: para Estados Unidos la independencia de Puerto Rico es cuestión de reconocerla. Para nosotros ponerlo en posición de hacerlo. Pensemos en términos de milicias obreras si es que pensamos seriamente en la independencia. La consigna lanzada por el Comité de Base de la Telefónica es letrero puesto ante nuestros ojos para que no miremos con ojos de idiotas. Miremos la realidad nacional y el movimiento internacional con mirilla revolucionaria.

(Correo de la Quincena, Volumen XII, Núms. 216-236, del 15 de noviembre de 1974 al 15 de septiembre de 1975; Editorial I, págs. 3-5, 20, publicado por Liga Socialista Puertorriqueña, Guaynabo, P.R.)

Coincidencia con Thaelman

A tiempo en que trabajo este libro un artículo de periódico atrae mi atención. Buena coincidencia. Indica que el 18 de este mes de agosto se han cumplido 32 años del asesinato de Ernst Thaelman por los nazis. Thaelman fue el gran dirigente de los comunistas alemanes. Se inició en las grandes luchas revolucionarias alemanas que parecieron señalar a Alemania como el próximo país europeo en seguir el ejemplo ruso. El golpe de estado revolucionario de 1919 fue ahogado en sangre; muchos de sus líderes asesinados. En la orgía reccionaria perdieron la vida dirigentes de la envergadura de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

La ola insurreccional no había sido detenida, sin embargo. Brotes y grandes combates se produjeron después del fracasado episodio. Thaelman fue el dirigente insurrecto más destacado en la sublevación de Hamburgo. En esta ciudad, en respuesta al llamamiento de los comunistas, los obreros se sublevaron el 23 de octubre de 1923. Trescientos milicianos, dirigidos por Thaelman, durante tres días y tres noches, combatieron en el suburbio obrero de Hamburguen Bermek, contra mil policías y soldados perfectamente armados. La sublevación de Hamburgo, quedó aislada, y por lo mismo, vencida. Oportunistas de derecha, como Brandler y Telheimer, montaron todo un andamiaje teórico, con montañas de clásicas citas marxistas, para justificar no hacer un llamamiento general insurreccional a la clase obrera alemana.

Cierto autor dice que estos acontecimientos “aleccionaron” al Partido Comunista Alemán. En cuanto a su reorganización, a la expulsión de Brandler y Telheimer y la exaltación, en 1924, de Thaelman a la presidencia del Partido, no se puede negar que refejan lecciones bien aprendidas.

Por desgracia, el partido se desvió hacia la lucha parlamentaria. Se desvió tanto, que ya para las elecciones presidenciales alemanas de 1925 Thaelman se enfrentaba al Mariscal Hindenburg,

obteniendo una votación montante a 1,871,815 votos. Para 1932, esa votación había subido a mas de cinco millones de votos a favor de Thaelman.

Al mismo tiempo, Hitler, respaldado por los monopolios internacionales y el estado mayor alemán, se abría paso electoral hacia la Cancillería. La lucha de clases se ha ahondado. Hindenburg entrega el poder a Hitler. Desarmada ideológicamente, la clase obrera alemana está de antemano derrotada. Lo ocurrido, incluyendo el asesinato de Thaelman, es cosa conocida. Realmente, es cosa de asombro que Thaelman, detenido desde casi a raíz del triunfo hitlerista, no fuese asesinado hasta 1944, casi a la hora misma de la total derrota militar de la Alemania nazi.

La recuperación capitalista alemana, después de estar al borde del colapso tras el caos de la derrota en 1918, tuvo repercusiones de trágica dimensión universal. La desviación de derecha del Partido Comunista Alemán, con su tuerca parlamentaria y su barrena sindicalista, resultó suicida.

¡Lástima de grande hombre, Ernst Thaelman, emburujado en un error de derecha que llevó su partido al exterminio y a él mismo a la muerte!

Mal camino, para patriotas, revolucionarios y comunistas, el camino de las elecciones. Mal camino para los pueblos.

Golpe de Estado Revolucionario y Guerra Popular

El retrainimiento puede usarse como el primer paso hacia el golpe de estado revolucionario. Puesto que equivale a una huelga general de votos, está desde un principio politizada. Y si la huelga general, transformada en huelga revolucionaria puede también equivaler (como parte de una situación determinada), a la antesala del golpe de estado revolucionario, puede el retrainimiento de la misma manera ser juzgado y usado.

La posibilidad no queda descartada como generalización. Pero en la misma forma en que a la huelga general transformable en revolucionaria no se llega en avión (ni siquiera en paracaídas) sino a pie y descalzo, tampoco el retrainimiento podría ser usado en dicha forma sin que se siga a pie firme la estricta reglamentación que el golpe de estado revolucionario exige.

Por lo tanto, en el caso específico de Puerto Rico presente, el retrainimiento como primer paso en la técnica del golpe de estado revolucionario, no está en el marco de nuestras realidades presentes.

Nuestra posición seguirá siendo la que hemos sostenido: el camino de la toma revolucionaria del poder es la guerra popular prolongada. Solamente este proceso puede llevarnos al triunfo. No será corto ni barato. Durará y costará lo que impongan las posiciones antípodas, pero suntuosamente armonizadas por la historia, de la época en que vivimos: la decadencia del imperialismo y la liquidación del coloniaje: caudalosos afluentes principales del inmenso sistema fluvial del socialismo a escala de mundo.

Una posición singular debe acentuar nuestra lucha: contar solamente con nuestros propios recursos; no contar con nadie sino con nosotros mismos.

Esto no debe tomarse como señalamiento particularizado por el pensamiento de Mao Tse Tung. Coincidimos por una razón que no tenemos que ocultar. La lucha entre la Unión Soviética, la República Popular China y sus aliados del campo socialista contra

Estados Unidos el campo capitalista internacional, exigirá todavía irracionales sacrificios doctrinarios de los que hemos sido testigos durante más de cuarenta largos y dolorosos años. No nos las echemos de super inteligentes: pero es prudente escarmentar por cabeza ajena. El héroe y el discreto deben andar juntos, como en el libro de Gracián.

Insistir, insistir hasta hartar en este principio es para nosotros, pueblo durante tanto tiempo expuesto al mimetismo colonial y a la dependencia en lo ajeno, algo esencial. No solamente tiene un contenido práctico, basado en la experiencia observable en cabeza ajena. Es además un depurador ético: un método efectivo para la descolonización total del espíritu del pueblo. Los primeros descolonizados estamos obligados a serlo nosotros, los independentistas y socialistas. Todavía queda algo de eso en general en el conjunto del independentismo y el socialismo, y el depurante hay que aplicarlo sin reservas. Tal proceso de descolonización lleva, lógicamente, al punto en evitar que la admiración justa por los que ya triunfaron, pueda llevarnos a la mas alta forma de la admiración que es la imitación, a veces ridícula en figuras o entonación de lenguaje o en el deliberado calco de los ademanes de un pueblo recién visitado. Son debilidades coloniales a las que hay que salirle al paso.

Que los medios propios con que contamos o están disponibles son suficiente debe ser común denominador de todos los participantes en la creación y desarrollo de un Frente de Liberación Nacional y de un Ejército Popular que conjuntamente lleven a cabo la guerra popular prolongada.

Ese es el camino hacia la independencia y no hay otro. “Los débiles, para vencer, se ven obligados a librar una larga guerra”, dijo sabiamente Simón Bolívar.

Y ésta es la fórmula final única para la unificación de las fuerzas independentistas y socialistas puertorriqueños dispersas todavía a la hora en que se escriben estos párrafos.

La tendencia a unirse evidente en las fuerzas antielectorales es buen síntoma.

***Apéndice:
Análisis de la
Situación
Actual***

[1970]

La Liga Socialista Puertorriqueña propone:
**Congreso Estudiantil y Congreso Independentista
Contra el Voto Presidencial**

C O N T E N I D O

Página

1- Actualidad de este documento	118
2- Resistencia al S.M.O.	119
3- El fracaso universitario	120
4- La actividad independentista	121
5- El momento escogido	122
6- Status de tratado	122
7- La treta del voto presidencial	123
8- Del voto presidencial al territorio incorporado	124
9- El problema real	125
10- Acercarse a la clase obrera	126

ACTUALIDAD DE ESTE DOCUMENTO

El 9 de septiembre de 1969, en discurso pronunciado en el Teatro del Recinto Universitario de Río Piedras, nuestro camarada Juan Antonio Corretjer, Secretario general de la Liga Socialista Puertorriqueña, planteó, de dramática manera, el grave problema con que se intenta enfrentar al pueblo puertorriqueño entrampándolo en el llamado voto presidencial.

El 23 de septiembre de ese mismo año, en ocasión de conmemorarse el centésimoprimer aniversario de la Proclamación de la República, el camarada Corretjer renovó su denuncia al dirigirse a la multitud patriótica que rodeaba la tribuna en la Plaza de la Revolución en Lares.

El 4 de enero de 1970 el Comité Central de la Liga Socialista Puertorriqueña, aprobó, entre otros acuerdos:

1- Mandatar al Secretario General para que pronuncie un discurso el 23 de septiembre de 1970, en la Plaza de la Revolución en Lares; y en caso que en dicha fecha el camarada Corretjer estuviese preso, un dirigente de la Liga Socialista Puertorriqueña leyese en Lares su discurso.

2- Mandatar al Secretario General para que nuevamente imprima y circule el Documento aprobado por el Comité Central el 4 de enero de 1970.

En obediencia a ese segundo mandato la Liga Socialista Puertorriqueña publica a continuación su pronunciamiento del 4 de enero de 1970.

Si queremos entender lo que actualmente ocurre en Puerto Rico, procedamos como el científico en el laboratorio. Aislemos, experimentalmente, un tiempo definido, perfectamente señalable, de la actual experiencia. Este preciso período parte de un hecho y una fecha: el plebiscito de julio de 1967. Va hacia otro, sin fecha fija todavía: el voto presidencial.

Al ascenso independentista que se inicia sutilmente al mediar la década de los 50, que ahonda dentro del pueblo, que se internacionaliza: Estados Unidos contesta lanzando “un torpedo en el corazón de la nacionalidad”: el plebiscito. Cuando, una y otra vez, señalamos previsoramente el carácter anexionista del plebiscito, reconocíamos una realidad en la historia ratificada por la observación científica. Era, por lo tanto, lógicamente previsible que la celebración del plebiscito redundaría en una intensificación del

estoicismo tradicional. Lo era, también, que para que tal resultado se produjese el plebiscito tendría además que provocar, necesariamente, una división a fondo de las fuerzas colonialistas para reorganizarlas luego bajo el mando de sus elementos más sórdidamente ligados al imperialismo.

Ambos hechos se han sucedido el uno al otro. Están a la vista: el aparentemente sólido, indestructible Partido Popular se divide en la cesura aritmética indispensable para su derrota. El Partido Estadista Republicano se divide, subdivide y finalmente se desdobra en el Partido Nuevo Progresista. Efecto inmediato del plebiscito, este divisionismo produce un nuevo auge de la reacción estadoista, no ya a base de la mecánica electoral cuyos resultados dieron una victoria plebiscitaria al ELA. El imperialismo acepta una inevitable humillación de la estadidad en el plebiscito seguro que se desquitará produciendo el desarrollo de un movimiento asimilista como factor predominante en su política colonial.

RESISTENCIA AL S.M.O.

La resistencia al servicio militar obligatorio en esta década, al contrario de lo ocurrido en ocasión de las dos primeras guerras mundiales, ha contado con un factor internacional propicio, más fértil aún que cuando la guerra de Corea: el movimiento internacional contra la agresión yanqui en Viet Nam, y específicamente su amplia y honda manifestación en Estados Unidos. En el ascenso independentista de la década, la base de resistencia al servicio militar obligatorio se amplía.

Entre los sectores más prontamente movilizados a esa resistencia predomina el estudiantado, y en éste, de manera más notable, el de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras.

En el recinto de Río Piedras, claro está, funciona un ROTC, centro de formación de oficiales para el ejército de Estados Unidos. Y en los terrenos mismos de la Universidad tiene establecido sus cuarteles y su campo de tiro.

Lo fundamental en una escuela militar es enseñar a matar, preferiblemente, matar a traición. En el eufemismo militarista esto es lo que se llama elemento de sorpresa. Ni que decir que tal concepto choca a toda violencia con el humanismo universitario. No es raro que una inmensa mayoría del claustro de profesores y el estu-

diantado rechacen la presencia del ROTC en la Universidad, como, efectivamente, lo rechazan.

A esta discrepancia básica hay otras, de razón mayor dentro de la circunstancia puertorriqueña. El ROTC, como escuela militar norteamericana, es la presencia más grosera del militarismo extranjero en la Universidad.

Todo lo que hay de puertorriqueño en la población universitaria (salvo el número circunstancial de simuladores al contrario, y la inevitable cifra mínima de descastados) se irrita frente a ese hecho. Ni que decir como esta irritabilidad se manifiesta de manera más pronta en el amplio sector independentista estudiantil y profesoral. Avivado por la presión neosimilista, estos sentimientos focalizan. Y a expensas de la provocación judicial que la condena de Feliciano Grafals significa, se produce un hecho histórico tan altamente significativo y patrióticamente tan placentero como la toma por asalto del cuartel general del ROTC. Las llamas de ese incendio alumbran el camino que da a una verdadera universidad y a una vida auténticamente universitaria. Porque nadie se haga de ilusiones: esa universidad no existe todavía. No existirá, realmente, mientras las ideas de la alta burguesía norteamericana sean las ideas dominantes, como actualmente lo son, en la organización básica e la Universidad de Puerto Rico. Nuestra libertad académica nacerá al aliento de la independencia de Puerto Rico; reflejará la imagen de Puerto Rico libre. Hasta que ese día llegue, la Universidad será siempre un espejo en el que se mirarán con malos ojos la conciencia puertorriqueña y la usurpación norteamericana.

EL FRACASO UNIVERSITARIO

La disputa que ahora se ha intensificado en la universidad no es otra cosa que eso: el acceso del estadoismo al gobierno colonial intensifica la actividad de sus afinidades sobre la Universidad. La reacción asimilista no se conforma con la regencia de cualquier ocupante de rectoría que no sea persona de su partido. A sus ojos, la universidad tiene que estar totalmente en sus manos: ser un megáfono estadoista. En su ceguera tradicional no es capaz de ver que la universidad, sea cual sea la política perentoria de la incumbencia administrativa, es por necesidad, yankizante, reaccionaria, capitalista, anti-independentista, anti-comunista; como que estará gobernada,

no por un Abrahán Díaz González u otra persona semejante a él , sino por las ideas dominantes de la gran burguesía imperialista norteamericana que gobierna todo el sistema universitario bajo la bandera de Estado Unidos. Con matices diferentes, Díaz González dirigió la administración universitaria de Río Piedras con las mismas ideas que los rectores de Harvard, Emory o Cornell dirigen esas universidades norteamericanas. En la universidad de Puerto Rico culmina todo un sistema de enseñanza encaminado a desnaturalizar a los puertorriqueños, a descartarlos, a yankizarlos; a hacerlos buenos servidores profesionales de los grandes intereses capitalistas. El fracaso de la universidad de Puerto Rico, que es un fracaso, no ha de ponerse en manos de Díaz González, ni de Jaime Benítez, ni de sus antecesores, Juan B. Soto, Carlos Chardón, Mr. Benner. Somos los puertorriqueños todos como sociedad hispanoamericana, como nación hispanoamericana, los puertorriqueños como conciencia, quienes hemos hecho fracasar a la universidad de Puerto Rico en su mendaz misión anti-histórica de producir la completa colonización de la mentalidad profesional en las generaciones de sus educados. Desde 1903 hasta el día de hoy, generación tras generación, Puerto Rico, expresado en el campus ha vencido a Estados Unidos, representado por la administración.

LA ACTIVIDAD INDEPENDENTISTA

La actividad independentista, nacional e internacional, ha sido contestada por Estados Unidos con el plebiscito y sus resultados, porque Puerto Rico no tenía poder (decimos poder y no fuerzas) para evitarlo. La fuerzas disponibles podían ser transformadas en poder sólomente mediante un programa básico de frente nacional fundado en las necesidades de los trabajadores y en la organización militar independentista. Solamente una organización marxista-leninista, con suficiente desarrollo para ejercer su hegemonía en ese frente nacional y subordinar a sus órdenes el aparato militar revolucionario, podría haber ideado tal programa, transformando las fuerzas en poder.

Nuestra Liga Socialista Puertorriqueña hizo los mayores esfuerzo posibles por desarrollarse a tiempo para desempeñar el papel que históricamente le correspondía. Porqué no pudo es una de las más negativas consecuencias, en el mundo colonial, de la política

coexistencial de los actuales gobernantes revisionistas soviéticos con el imperialismo yanqui, al reflejarse patéticamente en el divisionismo independentista puertorriqueño. El verdadero auge independentista, que consiste en el avance de las ideas del marxismo revolucionario en la juventud de todos los sectores patrióticos, sufrió entonces su primera frustración. El independentismo no marxista tomó su cargo y echó sobre sus hombros la totalidad de la lucha anti-plebiscitaria, culminada en el grandioso mitin del “Sixto Escobar”.

EL MOMENTO ESCOGIDO

Un hecho adicional contribuye al carácter anexionista del plebiscito del 1967: el momento en el que se lleva a cabo: apenas un año antes de las elecciones coloniales regulares. La celebración de una consulta pública—plebiscito, referéndum—en fecha tan cercana a una elecciones generales repercute normalmente en el fortalecimiento de la oposición. ¿No lo sabía Muñoz Marín? ¿No lo sabían los sociólogos que siempre lo acompañan? Esto es ya imposible. Tal hecho señala hacia una confabulación general hacia el asimilismo.

Si el plebiscito determina una vigorización del estadoísmo mediante la división del “populismo”, y el triunfo electoral del Partido Nuevo, éste último va a la vez a dirigir la política colonial hacia los designios de los nuevos incumbentes del gobierno colonial. Si hay una prueba necesaria que desmienta las expresiones anti-asimilistas de Ferré ahí están, en lo inmediato, la ofensiva por tomar para sí la universidad de Puerto Rico aplastando el movimiento estudiantil; y en la perspectiva, el proyecto del llamado “voto presidencial”. (Quiérese decir, que el electorado puertorriqueño vote en las elecciones en las que se elige al presidente y al vicepresidente de EE.UU.)

Esa pretendida extensión imperialista del “voto presidencial” es asimilista hasta la médula, y tiene por objeto inmediato saldarle cuentas a Puerto Rico sobre dos asuntos:

STATUS DE TRATADO

Legalizar (dentro de la legalidad imperialista, se entiende) la imposición del servicio militar obligatorio a los puertorriqueños, excluyendo a su vez al congreso federal de todo compromiso, explícito e implícito, sobre status político. Tal exclusión es una nece-

sidad para Estados Unidos, puesto que dentro de la legalidad imperialista, el status actual de Puerto Rico es un *status de tratado*. (Esta es la interpretación inalterada y vigente hecha por el Tribunal Supremo de Estados Unidos.) Por lo tanto, dentro de la teoría imperialista más superficial, el congreso sigue siendo el depositario de la soberanía de Puerto Rico, puesta en sus manos por el Tratado de París.

En la imposición del servicio militar obligatorio a los puertorriqueños, Estados Unidos tropieza, ante sus propias leyes, ante el propio criterio de su pueblo, con un obstáculo muy grave. La ley del servicio militar obligatorio impone al pueblo tributo de sangre y vida. Es por lo tanto, una ley de contribuciones; y, por lo mismo, se origina por disposición constitucional, en la Cámara de Representantes del congreso federal. De ahí surgen dos conflictos para la legalidad imperialista: (I) se impone dicha ley a los puertorriqueños que no están representados por el congreso con lo cual Estados Unidos se acusa a sí mismo de tiranía. (“La imposición de contribuciones a los no representados es tiranía”, concepto raíz de la declaración de independencia y de organización del estado norteamericano.) Como acusatorio índice de fuego, ante todas las noticias de la tierra, está el ataque el ataque a tiros a dicha cámara de representantes llevado a cabo por un grupo de nacionalistas puertorriqueños el primero de marzo de 1954. (II) Como la ley, para serlo, tiene que también ser aprobada por el senado, que es la rama legislativa en que se ratifican o rechazan los tratados internacionales, el congreso, que legisla sobre servicio militar a los puertorriqueños sobre la supuesta autoridad que ilegalmente le concede el Tratado de París, queda automáticamente envuelto, mediante cualquier compromiso al caso, en la cuestión de fondo del status político de Puerto Rico.

LA TRETA DEL VOTO PRESIDENCIAL

De modo que, para irresponsabilizar al congreso en la imposición del servicio militar obligatorio, se inventa la treta del “voto presidencial”. Sofisticadamente se pretende legalizar (dentro de la legalidad imperialista, repetimos) la imposición del servicio militar obligatorio, poniendo a los puertorriqueños a votar en la elección del comandante en jefe de las fuerzas armadas de Estados

Unidos, que es, constitucionalmente el presidente de Estados Unidos. Esta maniobra tiende a hacer más irresponsable de lo que actualmente es, el irresponsable régimen colonial que padecemos. Profundiza el carácter colonial de Puerto Rico, perfeccionando su forma verdadera que tuvo equivalente en la organización del Imperio Británico: una colonia de la Corona (Crown Colony). Esto lo hace posible el contenido monárquico que Hamilton dio a la presidencia de los Estados Unidos. Los casi ilimitados poderes del presidente de Estados Unidos son posibles porque el presidente es un monarca electo. (La eliminación del Colegio Electoral no alteraría tal carácter monárquico de la Presidencia; más bien modernizaría la práctica medieval de las monarquías apoyadas en el pueblo.)

Automáticamente, reforzaría el contenido militarista de nuestro coloniaje. Al ampliar “legalmente” los poderes del Presidente sobre Puerto Rico, como Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, vigoriza el dominio del Pentágono sobre Puerto Rico, base de operaciones de dichas fuerzas armadas. Y ésta es otra razón por la cual el llamado “voto presidencial” hace más irresponsable aún de lo que ahora es, el irresponsable régimen colonial que padecemos.

Puesto que entre sus poderes constitucionales, el Presidente puede hacer la guerra sin consultar al Congreso, el Presidente de Estados Unidos, un gobernante extranjero, dispondría de la vida de la juventud puertorriqueña, a su simple antojo. El servicio militar se haría entonces obligatorio en la forma que una promulgación presidencial determinara.

DEL “VOTO PRESIDENCIAL” AL TERRITORIO INCORPORADO

El voto presidencial lleva en sus entrañas otro propósito de perversidad anexionista. Aprobado el voto presidencial, los puertorriqueños que voten a su favor, podrían estar votando, sin saberlo, por la incorporación territorial. Bastaría que un día el Tribunal Supremo de EE.UU., al interpretar cualquier cuestión llevada a su consideración desde Puerto Rico, dictaminara que el ELA con voto presidencial equivale a convertir a Puerto Rico en Territorio Incorporado.

La estadidad es revocable. Le fue revocada a los estados sureños después que se les derrotara en la Guerra Civil. Lo que el criterio constitucional yanqui determina irrevocable es la incorporación. Esto es así porque no hay “estados”; sino uno solo: el federal.

EL PROBLEMA REAL

Ese es el problema real que el independentismo encara, no el de la sucesión rectoral de Díaz González. Repetimos: sea quien sea el rector de la Universidad en Río Piedras, registrarán la universidad las ideas de la clase dominante yanqui: ideas capitalistas, reaccionarias, anti-independentistas, anti-comunistas, imperialistas, tal como le corresponden a la superestructura ideológica del capitalismo monopolista.

Tal situación es necesario cambiarla independizando a Puerto Rico y substituyendo el estado colonial con la democracia socialista.

Rumbo a la independencia, camino al socialismo, ahora, la primera pelea frontal es contra el voto presidencial.

La Liga Socialista Puertorriqueña por lo tanto propone, a todas las organizaciones estudiantiles y patrióticas:

(1) La celebración de un magno Congreso Estudiantil contra el Voto Presidencial.

(2) La celebración de un grandioso Congreso Independentista contra el Voto Presidencial.

Con la celebración de estos actos masivos deberá quedar abierta la campaña organizada contra el voto presidencial. La Liga Socialista Puertorriqueña estima que tales actividades culminarán, en continua actividad, abriendo las puertas por donde salgan de Puerto Rico, para no volver, las fuerzas retrógradas y malignas que ahora lo atan a la ignominia del coloniaje.

La Liga Socialista Puertorriqueña entiende que la lucha por la independencia de Puerto Rico es forma específica de la lucha de clases. Entenderlo así, saberlo así, y desconocer al mismo tiempo la urgencia inaplazable de incorporar a la contienda activa la clase trabajadora, sería inconcebible. La tarea que estos congresos tendrían que desempeñar sería la organización y aplicación de un plan sistemático para que la idea independentista penetre, organizadamente, en los trabajadores. Es en los trabajadores que están la fuerza y la capacidad de desarrollo, de la nación.

Los trabajadores están en las fábricas, en las explotaciones agrícolas, en los arrabales, en las uniones, y—parte de la contradicción fundamental de toda la sociedad capitalista—en las filas de los desempleados. Esas son las fuerzas en las que se contiene la capacidad de desarrollo de la nación.

ACERCARSE A LA CLASE OBRERA

De ahí que tan pronto una organización independentista se acerca sistemática y asiduamente a una de estas fuentes generadoras de la nación, el gobierno arroja contra ésta sus fuerzas represivas. Es a esa luz que ha de mirarse la agresión lanzada por el gobierno contra la Liga Socialista Puertorriqueña. Un año de trabajo de la Liga Socialista Puertorriqueña entre los trabajadores del arrabal desencadena inmediatamente, desde el principio, la trampa gubernamental contra el liderato de la Liga Socialista Puertorriqueña. Los analistas del independentismo no marxista lo saben. Es su deber decirlo a la base popular del independentismo. Y es su deber no para hacernos un favor a nosotros, los dirigentes socialistas ahora enfrentados a la maquinaria judicial del gobierno. Es para facilitar el desarrollo del independentismo. Porque solamente cuando el independentismo tenga un entendimiento cabal de en donde está la fuerza, y en donde la capacidad de desarrollo de la nación, será que saldrá de la aproximación retórica a las masas y se estará dispuesto a enrostrar los trabajos y los riesgos que aproximarse prácticamente, conscientemente, a los trabajadores, conlleva. Y es necesario que los independentistas sepan en donde están las fuerzas que harán la independencia, y además los riesgos que acercarse a ellas imponen. Porque a las puertas del arrabal, hogar de clase trabajadora: de las fábricas; y a las puertas de las uniones obreras, escuela elemental en donde la clase trabajadora aprende las primeras letras de su inmenso poderío, están las fuerzas del despotismo emboscadas en la ley: los fiscales, la policía, los chotas, los calumniadores: la planificación de ranchos judiciales y toda clase de intimidación. Y cuando éstos resultan insuficientes se lanza contra los organizadores el puñal y la pistola del hampa, la locura del narcómano armado por la misma policía. Finalmente, la masacre. Por ello, los analistas de las agrupaciones patrióticas deben aclarar a todo el independentismo en dónde están las fuerzas en las que se contienen la capacidad de desarrollo de la nación, que en estos momentos es, políticamente hablando, el desarrollo del independentismo; y al mismo tiempo prepararlo para los obstáculos y los peligros que debemos encarar. Nadie se haga la ilusión de llevar la bandera de la independencia a la clase obrera sin recibir el castigo físico de la represión imperialista. Independentista que

vaya a buscar a los trabajadores al arrabal y a las fábricas, vaya preparado para enfrentarse a todo eso; en un instante cualquiera, los agentes represivos abusarán de él como un muñeco de paja.

Para llevar adelante planes tan necesarios, el independentismo ha de librarse de la influencia que el imperialismo derrama en su seno; eliminar o atenuar hasta lo humanamente posible, la fricción inter-organizacional, o sea, el sectarismo; acabar con el anti-comunismo, tenaz política imperialista para dividir a los independentistas en todas sus colonias; matar de una vez la infección que significaría suponer que la policía y la cárcel eliminen la imaginada competición entre algunos sectores independentistas poniendo fuera de circulación a los dirigentes de unos u algunos sectores, etc. En una palabra, elevando la organización independentista del plano político al ideológico.

Estos Congresos que la Liga Socialista Puertorriqueña sugiere al estudiantado y al independentismo en general podrán ser puntos de concentración desde los cuales marche masivamente la Patria al encuentro de su independencia.

*Por el Comité Central de la Liga Socialista Puertorriqueña,
Juan Antonio Corretjer,
Secretario General*

Por el Comité Regional del Norte, Carmen María Pérez

Por el Comité Regional de Sur, Milton Urbina

Por el Comité Regional del Interior, Carlos Martínez

Por los Cuadros Universitarios de la LSP, José Marcano

*a 4 de enero de 1970
Cerra 628, Bajos, Pda. 15,
Santurce, Puerto Rico*

